



T
O
D
D
O
P
O
R
E
L
L
A

P A O F L O R E S P .



TODO
POR
ELLA

PAO FLORES P.

TODO POR ELLA

© Paola Flores, 2020

Diseño de logo: Paola Flores

Imagen: PIXABAY, uso comercial.

Edición y maquetación interior: © Paola Flores

Primera edición: abril 2020

Sello: Independently Publisher

© **TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.**

Esta novela es de mi propia imaginación, nombres, características, descripciones, lugares, sucesos, son usados de manera ficticia. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia, es una historia llena de clichés, de romance, acción y suspenso.

Obra protegida por derechos de autor.

Maximiliano Rogers y Mila Davis, son almas gemelas que se encuentran en algún punto de sus vidas donde no creían en el amor. Cruzan una línea donde la gente que más aman en su vida les da la espalda teniendo consecuencias trágicas.

Una cláusula, un secreto y un corazón que no ha olvidado tendrá que luchar en silencio para enseñarle el camino a casa al otro... a quien ha olvidado como llegar.

Para mi familia.

Prólogo

La noche era fría y empezó a llover, Maximiliano tomó el codo de Mila y le ayudó a subir al Bentley.

—Espera. ¿Qué te pasa? —preguntó Mila al ver a Maximiliano con su quijada tensa y sus ojos centellando rabia.

Maximiliano ignoró su pregunta, cerró la puerta, rodeó el auto hasta llegar a su lugar, encendió el auto y arrancó a toda velocidad provocando que ella se recargara al respaldo de su asiento.

Después de varios minutos de silencio ella habló.

—Voy a volver a preguntar, Maximiliano. ¿Qué es lo que pasa? —Maximiliano se giró un poco para mirarla al mismo tiempo que se detuvo en el semáforo en rojo.

—¿Fue muy agradable la conversación con el hijo del embajador? —Mila entendió el motivo de su actitud. Celos, muchos celos de parte de él. Llevaba días con esa actitud y no entendía el por qué.

—¿Hablas en serio, Maximiliano? —preguntó irónica, pero el semáforo cambió a verde y este aprovechó para acelerar y evitar responder. Mila puso los ojos en blanco y se dedicó a mirar por la ventana, perdida en sus pensamientos.

Maximiliano al ver que Mila se quedó callada y pensativa, se dio cuenta de su actitud de macho alfa. «*No otra vez, malditos celos*» apretó sus manos al volante y aceleró perdiéndose entre el tráfico.

Mila sintió un escalofrío, giró hacia Maximiliano quien seguía manejando a toda prisa, era como una sensación de alerta. Ella intentó animar la situación e ignorar.

—Sabes que te amo, ¿verdad? —Maximiliano quien siguió con la mirada hacia el frente, suavizó su rostro.

Después de unos segundos de silencio, accedió hacer las paces.

—Si. ¿Lo sabes tú? —el giró un poco su rostro para mirarla. Ella asintió, levantó su mano, dejó un beso tronado en su palma y lo aventó en el aire dirección a él, haciendo que Maximiliano sonriera, levantó la mano para atraparlo y ambos se guiñaron el ojo coquetamente.

Así de simple la tensión se esfumó en segundos. Maximiliano tomó la interestatal para llegar a las afueras de la ciudad. Tomó la mano de Mila y dejó un beso en su mano.

—¿Qué es lo que ibas a contarme al finalizar la cena de beneficencia, nena?

Mila sonrió felizmente, era el momento de hablar. Y en el momento de levantar su rostro y mirar hacia Maximiliano, un auto del lado de él se estampó contra ellos, provocando girara sobre el aire y después cayeron al lago. Los gritos de Mila y Maximiliano se apagaron.

El agua era fría, la noche silenciosa, después a lo lejos se escuchó las patrullas, gritos de la gente del exterior y ambulancias.

Maximiliano abrió los ojos y de inmediato buscó a Mila, el agua estaba entrando por sus pies, la cabeza de ella estaba contra la ventanilla, su cabello rubio cubrió su rostro.

—¡MILA! ¡MILAAAA! ¡NENA! ¡MILA! ¡DESPIERTA! —con dificultad intentó quitar el cinturón de seguridad de Mila, pero ella siguió inconsciente, el agua subió a gran velocidad, el

auto se siguió deslizando más allá.

Una mano y después dos más agarraron a Mila y con dificultad la sacaron del auto, Maximiliano siguió atascado, el agua llegó a su cuello, la desesperación aumentó junto con el pánico. Cerró los ojos rogando a Dios que ella estuviera bien. El otro hombre intentó desatascar el cinturón, pero parecía imposible ya que su pierna estaba aprisionada. La respiración la contuvo cuando el agua llenó el espacio, intentó ayudar al hombre que peleó con el cinturón, pero Maximiliano lo detuvo.

¿Ese sería su destino?

El hombre se aferró a salvarle la vida, pero Maximiliano aceptó que muriese ahí, dentro del auto, ahogado, pero sabiendo que Mila pudo salir. Dejó de luchar al ver que sus posibilidades eran nulas, se maldijo dentro de él al pensar que debió de tener más tiempo para disfrutar la vida, de Mila, su alma gemela, su todo. Pero ahora era tarde...

...Y la oscuridad finalmente lo abrazó.

Capítulo 1. Desde las sombras

Maximiliano

Dos años después...

—Señor Rogers, el auto está listo. —Levanto la mirada al escuchar la voz de Marco, está de pie frente al escritorio con sus manos al frente y entrelazadas.

—Ya estoy terminando—miro la hora y puedo sentir como mi corazón se acelera—¿Estamos a buen tiempo? —Marco arquea una ceja sorprendido. Asiente lentamente luego baja la mirada a su reloj.

—Tenemos diez minutos extras, por si quiere...—duda en seguir y el sonrojo llega a sus mejillas—usted sabe. Asiento en silencio. Me levanto de mi silla con cuidado, tomo mi americana y le entrego mi maletín, salimos del edificio, el auto espera con Scott y la puerta abierta. Entro y me acomodo en el asiento, estoy nervioso. Marco se reincorpora en el tráfico de Washington, el clima es agradable y las nubes amenazan con estropearlo.

Tomo mi móvil y llamo a mi madre.

—Hijo, ¿Ya vienes? —suena demasiado ansiosa.

—Si. Solo llego y te entrego la documentación para que la firmes—Suspira.

—¿No puedo persuadirte de que te quedas a cenar con nosotros?

—Sabes mi respuesta.

—¿Algún día nos vas a perdonar? —Me quedo en silencio, aprieto el puente de mi nariz, no quiero despertar el dolor del pasado.

—Solo te entregaré la documentación, necesito tu firma...—El silencio invade nuestra conversación. Vuelve a suspirar.

—Está bien. Solo diré que te amamos, lamentamos lo que ha sucedido hace dos años atrás, si pudiera regresar el tiempo atrás, créeme *hubiera* actuado diferente.

—Él *hubiera* lamentablemente no existe. Llego en veinte minutos.

—Está bien, te espero—dice finalmente rindiéndose.

Termino la llamada, miro hacia el frente y el corazón late frenético. El Bentley llega a su destino. Encuentro la mirada de Marco por el retrovisor, quien ha terminado de hablar por su móvil.

—Me han confirmado que sigue adentro. —asiento sin decir nada. Miro mi reloj muy nervioso, la garganta se seca, el pulso se acelera mucho más. Cierro los ojos e intento tranquilizarme, «*Toma el control, Rogers*» agarro aire y lo suelto despacio. Levanto la mirada y me concentro en el lugar, el restaurante.

Y antes de que otro pensamiento llegue a mi mente, ella aparece. Hermosa, radiante y sana. Su cabello castaño cae por encima de sus hombros, viste unos pantalones ajustados, camiseta gris con el número 12 en números grandes centrado en la parte delantera y sus convers. Está hablando con alguien, pero no puedo mirar con quien, ya que la gente que transita en ese momento por la acera se cruza, ella mira hacia nosotros por breves momentos y siento como su mirada atraviesa el auto.

—¿Ella nos puede ver? —pregunto nervioso.

—No. He tintado los vidrios como usted ha ordenado y el resto de la flota.

—¿Y la gente que...? —no termino la pregunta cuando ella se acerca a la acera. Mira a su alrededor y luego regresa su atención a la mujer que acaba de aparecer a su lado.

—Es Katherine Sullivan—informa Marco al notar mi curiosidad.

—Gracias.

Sigo observándola, se cruza de brazos y sigue conversando animada con la rubia a su lado. Su sonrisa se ensancha y comienzan a caminar hacia nosotros. Es la única forma de poder mirarla desde mis sombras y en silencio.

—No se preocupe, no pueden vernos. —Dice Marco al tiempo que mira que me recargo bruscamente al respaldo de mi asiento y puedo apostar que hasta Scott ha dejado de respirar.

Pasan de largo entretenidas en su conversación. Suelto el aire y dejo caer mi cabeza hacia atrás.

Cada vez que la miro me quedo un poco tranquilo.

—Vamos, mi madre me espera—sé que sueño derrotado.

Mi giro para intentar alcanzar a mirarla de nuevo, pero ella se ha marchado y como cada vez que tengo la oportunidad de mirarla, mi corazón se estruja del dolor por no tenerla a mi lado.

Las puertas de hierro forzado se abren cuando el auto está llegando, Marco entra sin detenerse. Cruzamos el gran jardín y la fuente de piedra que adorna la mansión. Se estaciona a un lado del BMW blanco de mi hermana Lauren y me doy cuenta de que del otro lado está el auto de Ian.

—Mejor estaciona en la entrada, solo bajaré unos momentos no voy a tardar.

—Sí, señor Rogers—enciende de nuevo el auto y se estaciona a unos cuantos metros de la entrada. Con cuidado subo las escaleras de piedra, arreglo mi corbata, nervioso, me detengo frente a la puerta y repaso lo que diré y el tiempo que me voy a tardar, sin tocar el timbre o una invitación entro a la casa de mis padres.

Las voces van incrementando cuando más avanzo hasta el comedor, al llegar mi madre nota mi presencia, sus voces callan.

Mi madre, Elsa, abre los ojos por la sorpresa de estar ahí sin antes llamar, se levanta a toda prisa y se acerca a mí.

—¡Hijo, ven, toma lugar! —suena emocionada. Niego al mismo tiempo que repaso la mesa con vista de ojo de águila.

Mi padre Ernest de un extremo de la mesa, mi hermana Lauren de un lado y mi hermano Ian frente a ella. Los tres están en silencio.

—Gracias, madre, solo revisa y firma, necesito irme.

Ella suspira nostálgica.

—Vamos al despacho—sin decir más, camino detrás de ella. Entramos y le entrego la carpeta, mis dedos aflojan la corbata al sentir ansiedad. Ella rodea el escritorio y se sienta en la silla, abre la carpeta, la hojea rápido y levanta su mirada hacia mí—¿Estás seguro? —asiento en silencio. Han pasado dos años desde el accidente y lo único que quiero en estos momentos es volver a tener todo el control de mi empresa, he comprado las acciones de todos, en estos momentos solo falta el 20% de las acciones de mi madre. ¿Cómo no podría estar seguro? ¡Es mi empresa, yo la levanté de la nada y por ser mi familia la hice parte de ella! Suelto el aire cargado de frustración. Ella toma una pluma, empieza a firmar todos los papeles. Al terminar cierra la carpeta y la desliza hacia mi dirección. La tomo y antes de volverme hacia la salida del despacho, ella me detiene. — Necesitamos hablar—arrugo mi ceño. Niego en silencio, ninguna palabra sale de mis labios. No quiero pelear de nuevo con ella.

—Tengo que irme—ella suaviza su rostro y sonrío. ¡No, no sonrías, maldita sea! Pongo los ojos en blanco, ella ríe y tira de mi brazo para que tome asiento en el sillón de la sala que se

encuentra dentro del despacho. Tomo asiento y ella se sienta a mi lado, me mira en silencio, como si estuviera pensando lo que dirá a continuación, ruego dentro de mí a todos los santos por haber que no toque el tema de mi pasado, el *accidente*. No quiero romperme ni mostrar lo que cargo por dentro.

—¿Cómo has estado? —su pregunta me sorprende.

—Bien, ¿Y tú? —respondo nervioso. Sé que hay algo por ahí escondido preparándose para salir atacarme y ahogarme en la oscuridad.

—Bien, preocupada por mi hijo—arrugo mi ceño. ¿A qué viene eso?

—Tengo entendido que tú hijo Ian se encuentra bien, al igual que Lauren—ella niega con una hermosa sonrisa en sus labios.

—Sabes a quien me refiero. ¿No te has cansado de alejarte de nosotros? Por qué yo desde hace casi más de dos años que sí.

—No empieces madre. —me pongo de pie y comienzo a caminar por el despacho. Intento no romperme, no gritarle todo lo que tengo dentro de mí.

—¿Dónde está tu bastón, Maximiliano? —me detengo. ¿Cómo sabe que uso bastón?

—No sé de qué...—se levanta bruscamente como si el demonio se le hubiese metido en el cuerpo. Sus ojos centellan de furia.

—¡Basta! ¡Basta de esconderte! ¡De fingir! ¡A ti te duele, a nosotros mucho más! ¡He perdido a mi hijo pequeño! ¡Y no te atrevas a ocultarme lo del bastón! —señala con el dedo índice en mi dirección.

—¡No me escondo! —replico furioso pasando mis dedos por mi cabello. (Un tic de frustración) Lo había dejado en el Bentley, no me gustaba usarlo, pero mi rodilla no había quedado del todo bien, solo cuando no soportaba el dolor, lo usaba.

—¡Si te escondes! ¿Crees que por ocultar el bastón me hará pensar que estás bien? ¡No estás bien! ¡Soy tu madre, Maximiliano Rogers!

—Y cuando más te necesité, ¿Dónde estabas, madre? —digo en un tono bajo cargado de ira. Ella abre sus ojos como platos, sus hermosos ojos grises se cristalizan.

—Eso no es justo...—me responde con el nudo en su garganta.

—¿Y para mí sí? ¿Sabes el dolor que me causó el que mi propia familia rechazara a Mila? ¿Todo lo que hicieron para alejarnos? ¡Dime! ¿Dónde estaba la madre amorosa, la madre que apoyaba por sobre todas las cosas a sus hijos?

—Yo... —detiene sus palabras, las lágrimas caen finalmente, sus labios tiemblan y lo intenta ocultar.

—Yo la amaba con toda el alma y no tienes idea del daño, la ira, el odio que cargo desde entonces—susurro con dolor, ahora mis lágrimas amenazan con salir.

—Ella...—levanto el dedo índice en dirección a ella para detener sus palabras.

—¡No te atrevas a hablar mal de ella y mucho menos delante de mí! —grito furioso. Necesito irme de aquí.

—Maximiliano, por favor—me alcanza a tomar mi brazo. No la miro, sigo con la mirada en la puerta del despacho.

—Nunca entenderás nuestros motivos. —me giro para mirarla.

—La felicidad de tu hijo debió haber estado por encima de esos motivos, ahora...—cierro los ojos con ira y al abrirlos la miro detenidamente y pongo la mano sobre la suya—... ¿Valió la pena esos motivos? ¿Vale la pena ver a tu hijo *muerto en vida*? ¿Sin el amor de su vida? ¿Hundido en las sombras y destruido? —alcanzo su mano, la suelto del agarre lentamente.

—Ahora lo sé, cariño, y no me cansaré de pedirte perdón—se cubre su boca para callar un jadeo por su llanto.

—Lamentablemente no hay vuelta atrás—camino a la puerta y antes de salir me detengo. — Esto es lo que queda de tu *hijo pequeño*, un hijo destruido por su propia familia y tendrás que vivir con ello el resto de tu vida—Cierro la puerta detrás de mí, acelero el paso para evitar cruzarme con el resto de la familia. Al salir, Marco abre la puerta y entro por fin, acaricio mi rodilla al sentir las punzadas de dolor.

—Vámonos. No quiero estar más tiempo en este lugar...—Marco sale de la mansión, dejando todo lo que una vez amé...

A mi familia.

Capítulo 2. Sueños Húmedos

Mila

"Sus labios recorren mi piel, centímetro a centímetro, mi piel se eriza al grado de obtener un dolor placentero, siento como la humedad se hace presente en mi centro. Mi cuerpo tiene vida, me retuerzo, gimo, jadeo y vuelvo a retorcerme entre las sábanas de la cama.

— Eres exquisita, Mila — su voz es ronca y sexy, sus labios encuentran mi humedad en mi sexo y comienza a jugar con su lengua.

— ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! — las sensaciones que produce son indescriptibles, el calor sube y después se arremolina en el centro de mi vientre, estoy a punto...—Solo dime tu nombre...

—Soy yo, t...—y cuando está a punto de decir su nombre, llego a mi clímax..."

Despierto de golpe, reincorporándome como un resorte mientras el sudor se desliza por mi piel, cierro los ojos y puedo sentir aún los últimos espasmos de mi orgasmo, me toco y efectivamente...

—Otra vez...—me dejo caer sobre la almohada, miro el techo y revivo en mi mente una y otra vez su silueta en la oscuridad. La forma en que dice mi nombre, el éxtasis al darme el placer es como si el conociera cada tramo de mi piel, como un mapa...

Estaciono el auto en el estacionamiento de a lado, tomo mi bolso y mi móvil. Miro el reloj y llego justo a tiempo para la junta del personal. Salgo del estacionamiento y antes de girar para entrar veo el auto de mi padre frente al restaurante, un hombre vestido de negro y lentes oscuros se baja y abre la puerta, le ayuda a mi padre a bajar con cuidado, al verme su sonrisa se expande por casi todo su rostro. Le regreso de la misma manera ese gesto, corto la distancia para evitar que el haga esfuerzo en venir hasta mí.

—Vaya, ¿Qué hace el señor Davis en mi trabajo? —lo saludo de beso en ambas mejillas.

—¿No puedo venir a ver a mi única hija? —dice en un tono irónico. Pongo los ojos en blanco y le hago señas de que entremos al restaurante.

—Vamos, ¿Ya has desayunado? —Él niega—Entonces ven, desayunemos juntos.

Lo llevo a la mesa que se encuentra en el lado de la calle con vistas al tráfico de la mañana, Alejandro, el mesero nos toma el pedido.

—Veamos entonces...—lo miro detenidamente, me recargo en el respaldo de la silla y me cruzo de brazos arqueando al mismo tiempo mi ceja, con aire intrigada. —Si has venido hasta acá eso quiere decir que es algo serio, ¿O me equivoco?

Él sonrío a medias, baja la mirada y luego mira a través del gran ventanal.

—Solo quería verte un poco más—su mirada se encuentra con la Lauren—No me basta una vez a la semana y solo una hora, ¿No crees, pequeña?

Pongo los ojos en blanco.

—Lo siento, el restaurante me ha tenido absorbida junto con el que vamos a abrir en un mes en

la calle principal...

—Sabes que puedes contratar personal para que se encargue de ello, ¿Por qué no lo haces?

—Por qué no tendría el orgullo de decir que estuve al mando de mi propio negocio, sabes que me apasiona esto, no quiero estar llevándome todos los méritos cuando no he metido mis manos en ello, eso debes de saberlo de sobra. Cambiemos de tema, ¿Por qué mejor no me cuentas como llevas con el divorcio con mi madre?

Él se tensa, llega el mesero y nos deja el jugo de naranja, mi padre espera que el mesero se retire para poder hablar.

—Ella no ha querido verme, sé que no fui el mejor esposo, pero...—se detiene y desvía la mirada hacia el exterior—sé que tengo defectos e hice cosas que ella nunca aprobó, pero sabe Dios que lo hice para un bien. Bueno, basta de mí, no quiero arruinar tu día con mis problemas. ¿Cómo va el restaurante?

Nos metemos en el tema del negocio, le cuento mis futuros proyectos y lo emocionada que estoy. Él me cuenta como está la empresa de exportación de la familia y los beneficios que ha ganado debido a un contrato con una empresa de California.

Llega el desayuno y entre pláticas sacamos otros temas y como hace mucho tiempo no teníamos, la pasamos bien.

La alarma de mi reloj pita tres veces, eso me recuerda que tengo que tomar la pastilla para el dolor de cabeza, busco en mi bolso y al fin de unos minutos las encuentro, pillo a mi padre con el ceño arrugado mirando mis pastillas.

— ¿Todavía sigues tomando pastillas? —sorprendida por su pregunta y en la forma que lo pregunta asiento lentamente.

—Aún sufro de las jaquecas, el doctor Sullivan me ha recetado unas nuevas, hacen maravillas, la ventaja es que solo dos veces al día tengo que tomarla, ¿Pero por qué te sorprende?

Tomo el jugo que queda de mi copa para tomar la pastilla, el sigue mirando la pequeña caja que he puesto a un lado de mi plato.

—Creí que habían cesado esos dolores...—su tono es bajo, levanta su mirada y sus ojos marrones me contemplan— ¿Por qué no me has contado eso?

—Padre, basta. Solo son pastillas para el dolor, la próxima semana me toca chequearme. Desde el accidente de hace dos años, no han encontrado el motivo del dolor.

Su rostro se contrae.

—Lo sé, solo pensé que ya no lo tenías, llama a Víctor, tengo pendientes que hacer en la oficina.

Le hago señas al hombre de la entrada, e inmediatamente se acerca y le ayuda a mi padre.

—Bueno, espero verte el fin de semana, ¿Si irás verdad? —asiento con una sonrisa.

—No me perdería tu cena de cumpleaños por nada del mundo.

Nos despedimos en la acera, el auto desaparece entre el tráfico de las once de la mañana. Me quedo viendo por donde se ha marchado, cuando me vuelvo para entrar, de nuevo está el Bentley estacionado a varios carros de la acera. Había días en que el auto permanecía aproximadamente una hora diario, uno de los chicos del restaurante solo justificaba que el auto era de uno de los dueños de las oficinas que estaban a unos cuantos locales, era obvio ya que el estacionamiento de varios locales era exclusivo a clientes. Miro de nuevo el auto, estoy tentada en preguntar realmente de quien es, ¿Por qué no, Mila? Me abrazo a mí misma, y ladeo el rostro. Puedo ver movimiento en el interior, así que eso confirma que hay alguien dentro del auto.

¿Y si es un secuestrador o acosador? ¿Tuyo, Mila? Me regaño mentalmente de que esto a mí no

me incumbe, ¿Y qué si se estaciona siempre en ese lugar? Pero es casi a diario...para mí en lo personal es sospechoso.

Mis piernas se mueven en su dirección y ya estoy formulando en mi cabeza lo que voy a preguntar. Me acerco a la puerta del piloto, doy un toque con mi nudillo contra la ventana tintada, al no obtener respuesta, doy otro toque, el vidrio se baja y descubro a un tipo de traje negro.

— ¿Sí? —estoy a punto de hablar, pero una imagen atraviesa por mi mente. Es él, pero viste un traje veraniego, usa lentes de sol y está algo borroso. — ¿Está bien señorita? —asiento saliendo de mis pensamientos.

—Sí, disculpe... ¿Nos conocemos de algún lado? su y rostro me es familiar—su rostro palidece y después niega. —Oh, no sé por qué me es familiar, bueno, disculpe, ¿Espera a alguien?

—Sí, señorita, estoy esperando a mi jefe—dice dudando de su respuesta.

— ¿Dónde trabaja su jefe? —lo interrogo.

—En el edificio de la esquina, es que siempre encuentro este lugar desocupado, suerte, ¿no? —asiento, dudosa. Él se da cuenta y me sonrío, y es una sonrisa cálida, familiar y en lugar de sentirme incómoda, es lo contrario.

— ¿En qué trabaja tu jefe? —pregunto curiosa.

—Es empresario, lo demás es confidencial. Lo siento.

—Oh, lo siento, no suelo ser tan curiosa.

—Sí, lo sé—se calla bruscamente luego intenta acomodar su respuesta—me refiero a que hay gente curiosa otras no, y... —su móvil suena. —Lo siento tengo que responder.

— ¡Claro! Bueno, ten un buen día—él sube el vidrio y yo me encamino de nuevo al restaurante. Antes de entrar miro en dirección al auto blindado, pero éste está incorporándose al tráfico.

—Bueno, después de todo, tiene dueño el auto. — entro al restaurante y se ha llenado. Se escucha de fondo las pláticas de los comensales, paso por la barra y reviso el inventario, después entro a la oficina, me dejo caer en el sillón. La puerta se abre sin tocar primero.

—Mila Davis, el chef no me permite hacer el pedido del salmón con don Rupert. Dile algo o voy a tumbar su rostro de un puño, ¡Siempre es así! Es como si estuviera poniendo trabas para hacer mi trabajo.

Dexter está de malas. Suelto un suspiro, luego me aprieto el puente de mi nariz.

—Tú eres el gerente general de este restaurante, tienes que ejercer autoridad, ya sea en la parte de enfrente como en la cocina, deja hablar con él.

—Siempre es la misma, Mila. José Montenegro debería de estar fuera de este lugar, no me importa que tan bueno sea, él quiere sabotearme y no pienso permitirlo. Sé que me veo como una vieja chillando, pero es por demás, él insiste e insiste...

Detengo su queja. Me levanto del sillón y me encamino a la cocina, Dexter viene detrás de mí. Empujo las puertas de vaivén y la cocina está viva. Los ruidos que provoca es música para mí, las personas van y vienen de un lado a otro, se escucha el choque de las ollas, las cucharas, las ordenes de los cocineros, el ruido de la parrilla, la plancha...

— ¿Ya te ha ido a correr contigo? —espeta furioso José, mi chef.

—Necesitamos el salmón, y lo vamos a comprar con Rupert—confirmo, él hace una mueca discreta.

—jefa...—intenta decir algo.

—Con Rupert—remarco. Salgo de la cocina y escucho como José le reclama a Dexter.

Me siento en el primer asiento de la esquina de la barra, Cristal, la bartender está contando las botellas de vino, muerde la orilla de la pluma y después empieza a escribir en su carpeta.

Mi mirada viaja alrededor del restaurante, puedo ver familias terminando sus desayunos, otros tomando café acompañados de una plática, luego risas, niños comiendo su desayuno, y no sé por qué la nostalgia me golpea en el centro de mi pecho.

— ¿Qué piensas? —Cristal me pilló en silencio.

—En nada, tenemos mucho trabajo—corto y ella rápido desvía su mirada hacia la carpeta que tiene en manos.

Regreso a mirar a la gente y me detengo en la mesa que está en un rincón. Un hombre de traje gris oscuro y muy bien parecido, se cruza con mi mirada y me la sostiene, no sé qué es lo que pasa que no dejo de mirarlo, él se levanta y cruza las mesas sin dejar de mirarme, el calor empieza a crecer en mí cuando se acerca a un lado mío.

— ¿Eres la dueña del lugar? —sin decir nada, asiento en silencio, intento buscar alguna palabra, pero no salen. Es como su magnetismo me envolviera y tirara de mí. —Quiero hacerle saber que los gofres que hacen aquí, son exquisitos.

Sonríe.

—G-Gracias—balbuceo como una tonta, intento reponerme cuando bajo la mirada y al levantarla él se ha girado y se encamina a la salida, el corazón late frenético. Mi garganta se ha secado con solo decir "Gracias" como una tonta.

—Ese tipo sí que quita el aliento—dice Cristal al ver mi reacción.

Sí que lo quita y de repente, la forma en que sonrío y su tono de voz, me erizan la piel, es como un recordatorio de algo que no puedo recordar.

Es como un Deja vú...

Y viene a mí...

El hombre de mis sueños húmedos.

Capítulo 3. Un recordatorio Maximiliano

Cierro la puerta doble de cristal detrás de mí, el corazón me martillea con fuerza a punto de salir de mi pecho. ¡Hemos hablado! La piel se me ha erizado cuando su mirada me siguió desde que me puse de pie hasta que llegué a ella en la barra.

¿En serio, Rogers? ¿Los mejores gofres? Mierda, pude haber dicho más, Marco me espera en la acera, murmura algo en su manga del saco, se presiona el *chícharo* (*Micrófono*) que tiene discretamente en el oído.

—Señor Rogers, tenemos problemas—el maldice entre dientes por lo bajo, miro en su dirección, un auto blindado está estacionado en la esquina de la calle, hay un hombre de seguridad que espera afuera del auto, se inclina para escuchar algo y luego camina hasta nosotros.

—Buenas días, señor Rogers, el señor Davis quiere hablar con usted—me señala el auto y maldigo para mis adentros.

—No tengo nada de que...—el tipo me interrumpe.

—Insistimos. —maldigo de nuevo, Marco asiente y al irse el tipo hacia el auto estacionado, los hombres de seguridad que están protegiéndome como civiles dan señal.

—Listo, están en posiciones señor Rogers—asiento y lentamente camino hasta allá, pienso por un momento tomar mi bastón y caminar con el cuándo el dolor empieza aparecer, pero no quiero verme así, vulnerable enfrente de Raymond.

Llego al auto, se baja el vidrio tintado y me muestra en el interior a un hombre ya con varios años encima, las arrugas se han instalado por todo su rostro.

—Rogers—dice en forma de saludo, su quijada es tensa, y yo estoy igual.

—Señor Davis—digo intentando ser cortés.

— ¿Qué haces aquí? ¿Sabes que no estás cumpliendo la cláusula? —me lanza una mirada cargada de ira, pero no por eso voy a agachar la mira, lo miro y finjo no saber de qué habla.

—Solo he venido a desayunar, y hoy me he dado cuenta de que Mila es la dueña del restaurante —sigo mi intento de fingir en no saber absolutamente nada—Por eso he salido antes de tiempo, puedes mandar a unos de tus "perros" a cerciorarse que no me he terminado mi desayuno.

—Ya me han confirmado, pero no creo por nada del mundo que no sepas que es el restaurante de Mila, y no te creo nada de que no estés al tanto de lo que hace mi hija después de dos años.

—Bueno, no es mi problema si "*usted*" no me cree. —su mirada centella una ira contenida.

—Otra situación como esta, sabes que es lo que va a pasar, Rogers.

—Lo sé perfectamente desde que me hizo firmar esa maldita cláusula cuando estuve vulnerable en una puta cama de hospital.

— ¡No te atrevas a decir que no fue lo mejor! ¡Ella murió por unos minutos y como padre tenía que protegerla de ti, y lo sabes maldita sea! ¡Y no voy a tolerar que se repita esto! ¡Si vuelvo a verte merodeando de nuevo a mi hija, te voy a matar Rogers! ¡Te voy a matar maldito!

El vidrio se sube antes de que conteste algo, cuando estoy a punto de golpear el vidrio el guardaespaldas se interpone, y pone una mano en mi pecho, Marco lo manotea para que no toque.

Estoy que trino de la ira, pero sé perfectamente como ocultarla, el de seguridad camina rodeando el auto en dirección del lado del copiloto y después el auto empieza a moverse y antes de que se retire de la acera comienzo agitar mis dedos en señal "Adiós hijo de puta" acompañado

de una sonrisa mucho más sarcástica.

—Señor Rogers—meto las manos en mis bolsillos y me vuelvo hacia Marco quien está observándome.

—Sé que he ido lejos, pero para mí vale la pena, sabes lo que significa Mila en mi vida, Marco.

—Pero está arriesgando a que el señor Davis vuelva todo en su contra, perderá lo poco que ha obtenido, tiene que tener más cuidado.

Puedo notar su preocupación.

—No te preocupes, tendré más cuidado—el asiente, pero sé que no está tranquilo. Subo al auto y sin dejar de mirar el restaurante hasta perderlo de vista, me despido en silencio. Una despedida prometiendo acercarme más a ella sin meterme en problemas.

— ¡Vamos, Rogers! ¡Puedes dar más! —Timothy, mi entrenador personal está al final de la maquina donde estoy haciendo poco a poco de ejercicio de mis piernas, reforzando mi pierna. El recordatorio de todo lo que perdí, el recordatorio diario de que tengo que seguir luchando, de seguir intentando entrar en su vida y traerla de nuevo a mi lado.

— ¡Agrrrr! —gruño. Una última y estoy a punto de derrumbarme. El dolor se intensifica y estoy a punto de golpear todo lo que tengo a mi alrededor:

¡No es hora de rendirte Rogers, no es hora y nunca!

— ¡Deja de soñar despierto! ¡Tienes más fuerza de lo que tú crees, Rogers! ¡Dame cinco más! ¡Anda! —grita cerca de mí, Timothy sabe mi historia, sabe la historia de Mila y yo, sabe lo de hace dos años del accidente, sabe la frustración que siento sobre mi rodilla, pero, aun así, aquí está gritando que me levante. — ¡Cinco más! ¡Dame cinco, Rogers! ¿O quieres que ella mire el maldito bastón cuando regrese?

Eso me inyecta adrenalina, ira, frustración, pánico, coraje. Hago las cinco flexiones en un tiempo récord. Dejo caer la cabeza en el respaldo de la silla y cierro los ojos con la respiración agitada, sudor corriendo por todo mi cuerpo y siento el pulso a todo lo que da dentro de mi cabeza, el corazón agitado y quiero llorar.

Sí, quiero llorar. No he quedado bien desde el accidente, son dos años que intento recuperarme, pero por más que intento no.

— ¿Te sientes bien? —la voz con la que pregunta me irrita más y abro los ojos.

—Si. Es solo que me desespero que esta...—doy un manotazo a mi rodilla mala— ¡No queda! ¡Se aferra a quedar así! ¡Son dos putos años! ¡Dos putos años que estoy en esto de rehabilitación! ¿Cuándo veré los resultados?

Timothy pone sus manos en la cintura y me mira.

—Sabes que todo tiene su tiempo, tienes la cirugía y las has pospuesto por terco y cabrón. Si realmente quisieras recuperar tu rodilla, te someterías. No me mires de esa manera, sabes que tengo la puta razón, Rogers.

Camina hasta el mueble y toma dos toallas, una la tira en mi dirección y la tomo en el aire, él se seca con la otra, agarra dos botellas de agua y me lanza una.

—El que quiere, puede. —murmura y sé que lo dice para que lo escuche a propósito.

—Cinco cirugías en dos años, ¿Otra más? ¿Y si no queda? Otro calvario.

—Sería la última, lo sabes.

—No. Quiero que busques un mejor plan de entrenamiento, necesito...—Marco aparece detrás de Timothy del otro lado del vidrio, me hace señas de que necesita hablar conmigo. Le hago señas de que entre...

Marco entra y cruza sus brazos detrás de él.

—Señor Rogers, tiene visita. Está en el lobby esperando respuesta.

¿Visita? Abro los ojos de la sorpresa, no tengo ningún compromiso y tampoco espero a nadie y menos en mi espacio personal.

—¿Quién es? —pregunto intrigado.

—La señorita Lauren Rogers—mi estómago se contrae por la sorpresa y el pánico.

—¿Lauren? ¿Qué mierdas hace ella aquí? —pregunto empezando a enfurecerme.

—Solo ha pedido hablar con usted urgente, que no tardará mucho—eso es preocupante ahora. Lauren, mi hermana menor era una de las personas que apoyaban mi relación con Mila, un día para otro se puso en contra de nosotros, nunca pregunté el motivo, Mila y yo nos alejamos de las personas que querían separarnos, era lo mejor. Menos problemas y teníamos más tiempo para los dos. Aunque para Mila fue más doloroso ya que había encontrado en ella una amiga, de hecho, la única amiga que tuvo en ese tiempo.

—Qué suba y que me espere en el despacho, iré a ducharme rápido—Marco asiente y se retira. Timothy termina de recoger sus cosas y nos despedimos quedando para el día de mañana a la misma hora.

Entro a la ducha, me quedo un minuto o dos como mucho dejando que el agua caiga sobre mi nuca y el ruido contra las baldosas me relajen. Cierro los ojos, repaso las imágenes de hoy, como ella almorzaba con su padre, la sonrisa que le entregaba. Su cabello castaño ahora es su nuevo color, recuerdo que insistía en preguntas de que opinaba acerca de mudarse de rubio a castaño, solo sonreí: *"De cualquier color de cabello te amaré igual"* Ella ladeó el rostro y me dio esa sonrisa que solo es para mí, un guiño divertido y después de tocarnos, hicimos el amor, al terminar estaba boca abajo y desnuda entre nuestras sábanas. *"Definitivamente un día me haré castaña, pero no sé cuándo, tal vez cuando sienta que necesite un cambio"* Y efectivamente ha necesitado un cambio.

Me pongo un chándal, una camiseta de algodón blanca y descalzo abandono mi habitación, bajo las escaleras despacio y me dirijo nervioso hasta el despacho, encuentro a Marco afuera esperando con ambas manos enfrente de él.

—Está esperando—asiento, me abre la puerta y entro. Encuentro a una pequeña rubia de espaldas en un vestido color melón y en unas zapatillas de tacón de aguja altas.

—¿Qué hace aquí, Lauren Rogers? —pregunto cuando la puerta se cierra a mis espaldas, ella se gira y nos miramos en silencio.

—Vengo hacer las paces—intenta suavizar su rostro y las lágrimas comienzan a caer como si fuesen una presa que acaba de romper sus grandes muros, ella sonrío e intenta detenerlas, pero fracasa. Me conmueve, pero no lo muestro.

—¿Hasta hoy es que quieres hacerlo? —Su rostro se transforma en uno cargado de culpa—Creo que es demasiado tarde, ¿No crees? Se aferraron en destruir lo que tenía con Mila y tú les ayudaste. Incluso cuando ella creía en ti, cuando te consideró la hermana que nunca tuvo.

Aprieto los dientes mientras digo esas últimas palabras. Cierro los ojos intentando no romper mi máscara, llegar a ella, tomar ambos brazos y agitarla hasta hacerla responder cada pregunta que siempre han rondado dentro de mi cabeza. Pero no, tengo que ser fuerte, por Mila y por mí, no

quiero demostrarle absolutamente NADA.

—Sé que hicimos mal en separarlos, pero nuestra familia tenía que hacerlo, detrás de todo hay un por qué. No te cierres, me duele aún ver que nuestro distanciamiento se deba aún a lo de hace dos años, sabes...—La interrumpo llegando en grandes pasos hasta ella, la tomo de ambos brazos y la levanto un poco de su lugar, su mirada gris es de miedo, pero no me importa ser yo el quien lo provoque en estos momentos, tiene que saber que mi perdón nunca lo va a obtener, no hoy, ni mañana.

—Ella...—aprieto los dientes con ira, sus lágrimas siguen cayendo mientras nos miramos —...ella confiaba en ti. Eras su única amiga, Lauren. Eras parte de su vida y el apoyo que le demostrabas a ella le daba felicidad y se la arrebataste de un golpe. ¿Cómo crees que ella se sintió cuando la traicionaste? ¡Lloró! ¡Lloró encerrada en el baño! —aprieto un poco más mi agarre. Ella niega cerrando al mismo tiempo sus ojos.

— ¡Ella...Ella no te amaba! ¡Ella se veía con otro! ¡Yo lo vi con mis propios ojos! —grita con sentimiento, del mismo llanto está hipando e intenta seguir hablando— ¡Ella no te merecía! ¿Por qué crees que toda la familia estaba en contra de ella? ¡Ella te era infiel! —La suelto de golpe y la tomo del brazo bruscamente cargado de ira, camino hasta la entrada, ella balbucea algo que no entiendo mientras tiro de ella hasta el elevador, presiono el botón bruscamente y las puertas se abren, al hacerlo la empujo al interior y ella se desvanece llorando en el suelo— ¡Yo solo lo hice por ti! ¡Entiéndeme! —grita entre llantos. Las puertas amenazan con cerrarse, con una mano detengo la puerta y desde mi lugar sin moverme me siento sobre mis talones evitando mostrar una pizca del dolor al hacerlo frente a ella, la miro con toda la ira que contengo.

—Ella me amaba como no tienes idea, hubiese dado la vida por mi si fuese necesario y yo por ella. —Ladeo el rostro y la miro mientras se limpia sus mejillas—Y es algo que nadie de ustedes dícese: FAMILIA, lo va a entender. Mucho menos tú que no sabes del significado del amor así que no me digas que te entienda, por qué lo que has hecho a mis espaldas, es: T R A I C I Ó N y tienes el título colgado en tu frente. Lo que según viste, fue una trampa por parte de su padre—ella abre los ojos de la sorpresa—Me has decepcionado, Lauren Rogers, como no tienes idea y créeme, no quiero volver a ver tu rostro de nuevo por aquí, ya que, desde esa vez, he dejado de tener ...una hermana.

Ella suelta el llanto más fuerte al escuchar mis últimas palabras, me reincorporo y retiro la mano de las puertas del elevador cerrándose sin antes dejar una imagen de ella cubriéndose el rostro con ambas manos y llorando con más fuerza aún.

Me quedo de pie frente a las puertas metálicas. Suelto un puño en ellas y siento como mi corazón se estruja del dolor. Cierro los ojos e intento tranquilizarme.

— ¿Se encuentra bien, señor Rogers? — La voz de mi ama de llaves a mi espalda me hace abrir los ojos.

—Quiero que empagues todo lo que tengo, nos regresamos... no quiero más visitas de ellos, no quiero que nadie tenga esa ligera oportunidad de venir a mí. El resto solo cúbrelo de mantas, después veo que haré con el lugar.

—Sí, señor Rogers. En estos momentos empiezo a empacar. —Se escuchan sus zapatillas discretas retirarse.

— ¿Qué quiere que haga señor Rogers? —la voz de Marco llega a mí.

—Encárgate de la mudanza y de revisar los perímetros del otro lugar, quiero total seguridad y privacidad como antes, que el acceso a mi... nadie lo tenga.

—Si señor Rogers, ¿Qué hará entonces en estos momentos? —pregunta cuidadosamente a mi

espalda, me giro y lo miro detenidamente.

—Regresar a casa...

Capítulo 4. Cena de cumpleaños

Mila

Cierro la puerta de mi auto, agarro con fuerza la caja de regalo junto con mi bolsa de mano, me encamino hasta las puertas altas de roble, trago saliva, tomo aire lentamente para tranquilizar mi corazón agitado. No me gusta venir a casa de mis padres, siento un nudo en medio de mi estómago y no entendía el motivo. Mi dedo tembloroso toca el botón del timbre, puedo usar las llaves que me habían entregado el año pasado, pero no estoy segura de querer hacerlo. La puerta se abre interrumpiendo mis pensamientos, pongo una sonrisa fingida.

—Buenas noches señorita Davis, la están esperando en el gran comedor—la mujer morena me invita a pasar, agarra mi abrigo y no avanzo más allá del recibidor, ella arruga su entrecejo. —¿Se encuentra bien, señorita Davis? —afirmo intentando mostrar serenidad, pero fallo.

—¿Ha llegado mi madre? —pregunto ansiosa.

—Tiene cinco minutos de su llegada y ha preguntado por usted—entonces le entrego mi bolsa de mano y me encamino con la caja de regalo contra mi estómago, cruzo la gran sala y sigo por todo el pasillo. Se escuchan voces, se intensifican conforme avanzo, me paso la mano por mi cabello para acomodarlo, lo tengo en ondas suaves y caen por debajo de mis hombros. No sabía qué tipo de cena sería, así que me puse un vestido negro con un cinturón dorado, la tela se adhiere a mi cuerpo, el escote es discreto y elegante en V y el largo a mitad de la rodilla. No me gustaba mostrar mucho, me fascinaba más lo discreto y elegante. Mis zapatillas negras golpeaban contra el mármol perfecto hasta que me detengo a un metro de la entrada, cierro los ojos, tomo aire y lo suelto lentamente. Abro los ojos, pongo mi mejor sonrisa y camino esa distancia que me separa del comedor.

—¡Hija! —la voz de mi madre es efusiva y se acerca a mi inmediatamente extendiendo sus brazos para abrazarme, correspondo de igual manera, pero con el regalo en medio de nosotras, lo hago a un lado, mi barbilla queda en su hombro y cierro los ojos. La extrañaba tanto, extrañaba todo de ella. —¡Estás hermosa! ¡Te he extrañado tanto!

Abro los ojos y puedo ver a mi padre observando la escena mientras habla por su móvil cerca de la ventana y sé que le da gusto vernos juntas.

—Pensé que no vendrías—digo separándome de ella, ella ladea su rostro y levanta su mano para acariciarme la mejilla, sus ojos azules se cristalizan por las próximas lágrimas y me lo contagia en segundos, negamos con una sonrisa. —No arruinemos nuestro maquillaje, madre, estás hermosa tú también, y es una noche especial a pesar de que tengas problemas con mi padre.

—He hablado con tu padre, y aunque no estemos de acuerdo en casi la mayoría de las cosas que ha hecho, lo amo. A pesar de todo lo que...—detiene sus palabras y se tensa, niega en silencio. —¿Cómo te ha ido con el restaurante? Tu padre me ha contado que abrirás uno por la avenida principal, debemos de ponernos al corriente y tenemos mucho tiempo...—suspira y luego sonrío mientras acaricia mi cabello.

Arrugo mi entrecejo.

—¿"Mucho tiempo"? ¿Te vas a quedar en la ciudad? —pregunto esperanzada, ella asiente con una sonrisa de oreja a oreja, una sonrisa sincera y cargada de algo que no entiendo.

—Sí, tengo unos asuntos importantes que debí arreglar antes de irme, así que me lo tomaré despacio para finiquitar.

—¿De qué asuntos hablas? —pregunto curiosa.

—Unos, ¿Por qué no me cuentas que has hecho todos estos meses en mi ausencia? —me agarra del brazo y nos lleva a la mesa que adorna el centro de la habitación. Una lámpara araña ilumina toda la superficie a lo largo.

—Espera, ¿Y qué pasó con el divorcio? —pregunto mientras nos acercamos a nuestros lugares. Mi padre cuelga su móvil y se acerca a nosotras deteniendo la respuesta de mi madre.

—Hija—se acerca y le entrego la caja de regalo, luego le doy un abrazo y le digo “feliz cumpleaños.” —No debiste...—dice al ver la caja en sus manos y una sonrisa aparece en sus labios. Hace mucho no lo veía sonreír.

—No digas eso, esto es lo que todos los años hacemos, ¿No? Una cena, un regalo, una plática... —ellos se tensan cuando me detengo—Aunque no recuerdo antes del accidente ¿Te sigo regalando una corbata? —le pregunto distraída a mi padre.

—Sí, varias. Cada cumpleaños...pero no hablemos más. Tomemos la cena, muero de hambre.

La cena transcurre como siempre cada año desde que tengo recuerdos, abre sus regalos al terminar, hacemos un brindis y luego nos despedimos. Camino hasta mi auto, pero la voz de mi madre a mi espalda me detiene.

—Mila, espera—se acerca y al estar frente a mí, me mira detenidamente, es extraño.

— ¿Qué pasa? —ella toma de mis hombros y me mira.

—Nada, es solo que...que fuiste abrazada por la misma muerte por unos minutos y sentí que mi vida...—sus lágrimas caen.

—Madre, madre, no, no llores—la abrazo y comienza a llorar desconsoladamente.

—Perdona, es que mi miedo de perderte de nuevo es indescriptible—se tranquiliza hasta solo quedar leves hipo por el llanto, me separo, limpio sus lágrimas y sonrío para hacerle entender que todo está bien.

—No me has perdido, aquí estoy—ella sonrío débilmente.

—Está bien, deja darte la bendición—lo hace y nos despedimos.

Salgo del camino de piedra de la mansión, tomo la carretera y con mi mano libre enciendo la radio. Comienzo a tararear una canción de los Beatles, el tráfico es poco a excepción por unas luces detrás de mí, miro por el retrovisor y hay un auto blindado que toma su distancia y la velocidad. ¿Es en serio? busco el móvil a puras tuestas sin perder la vista en la carretera, mi mano navega por el interior de mi bolsa de mano hasta encontrar el cacharro. Lo tomo y repico el número registrado, un tono, dos tonos y contesta.

— ¿Hija? —la voz de mi padre se escucha del otro lado de la línea.

— ¿En qué momento me has regresado la escolta? —creo que mi tono es demasiado molesto.

—Sabes bien lo que pienso de la seguridad, no puedo dejarte a la deriva cuando...—lo interrumpo bruscamente.

— ¡Debiste consultarlo conmigo! ¿Recuerdas tú promesa? —suelto más irritada.

— ¡Sé lo que dije! ¡Sé lo que prometí! Pero Mila, entiéndeme. Te he perdido una vez...—lo vuelvo a interrumpir.

— ¿Puedes dejar de decirme eso? ¡Tú y mi madre dejen de vivir en el pasado! ¡Si, lo sé, me han perdido, pero eso ha sucedido hace dos malditos años! —siento como el dolor de cabeza empieza a pulsar en mi sien con fuerza. —Sé que soy su única hija, que me perdieron por unos minutos, pero sigo aquí, viva, y lo único que quiero es mi independencia, no entiendo por qué

tanta vigilancia, ¿A que le temes?

Silencio.

—Quiero que estés protegida, solo es eso—susurra.

—No creo eso, sé que hay algo más, desde que he salido del hospital hace dos años, no haces más que encerrarme en una maldita burbuja, ¿De quién me estás protegiendo? ¿O de quiénes? —el dolor de cabeza aumenta con más fuerza, pero mantengo fija la mirada en la carretera— ¿Sabes algo? no quiero seguir discutiendo, por qué cada vez que lo hacemos, nos alejamos más, es tu cumpleaños, no quiero arruinar el resto de este día. Si vas a hacer una promesa, tienes que cumplirla. Buenas noches.

Cuelgo, tiro el cacharro al asiento del copiloto con furia, miro por el retrovisor y el auto pone más distancia aún, acelero e intento perderlo de vista, después de veinte minutos de esquivar autos, decido hacer algo fuera de mi rutina.

Ir lejos de todo y de todos.

Llego por la interestatal y diez minutos después llego al lago Puget Sound, estaciono mi auto, me quito las zapatillas y las tiro en la parte trasera del asiento, me dejo mi gabardina, camino por el muelle, me abrazo a mí misma mientras miro los barcos anclados, camino hasta llegar al final, me siento y cuelgo mis pies, el cielo es estrellado, de esas pocas y rara vez está ya que el clima siempre es lluvioso.

Me levanto después de unos quince minutos, camino abrazada a mí y me detengo en un catamarán que está estacionado a unos metros de mí, me acerco más y siento un escalofrío recorrerme de pies a cabeza, mi corazón se agita. Un flashback golpea mi mente provocando que suelte un jadeo de dolor en mi sien, presiono con fuerza.

Es un letrero, un nombre. Es de día y el clima es perfecto. Agito mi cabeza intentando buscar más.

M.MRS.

El nombre se queda en mi mente, abro los ojos asustada. ¿“*M.MRS?* Un segundo flashback, una placa dorada con ese nombre, luego desaparece, camino hasta llegar al otro lado, cuando me inclino, encuentro una placa... y efectivamente dice *M.MRS.*

—¿*M.MRS?* —tomo aire bruscamente— ¿Por qué...?

—No debería de estar aquí—grito por el susto, me giro y encuentro a un hombre vestido en traje elegante saliendo del catamarán. —Lo siento, no era mi intención asustarla.

El hombre me mira detenidamente.

—¿Es su catamarán? —es lo primero que me cruza por mi mente. Las dudas saltan.

—No, es de mi jefe. ¿No es muy tarde para que ande sola por este muelle? Apenas se puede ver alumbrado ciertas partes del área.

Puedo notar un tono de voz cargado de preocupación.

—Ya iba camino a mi auto, lo tengo a las afueras del muelle. ¿Quién es el dueño el catamarán? —pregunto mientras me ajusto mi gabardina negra.

—No puedo dar esa información, disculpe. —asiento, apenada a mi imprudencia. Lo miro un poco más, pero hay algo familiar en él que no consigo ubicar.

—¿Ya nos hemos visto antes? —este inmediatamente niega.

—No. ¿Gusta que la acompañe a su auto? —me tenso.

—No gracias, puedo llegar sin ayuda, buenas noches.

—Buenas noches, señorita—me vuelvo para retomar mi camino, descalza y a paso veloz llego a mi auto.

Me quedo un poco más tiempo sentada sin moverme, ¿Qué fue esa imagen? ¿Ya he estado ahí? ¿He viajado en ese catamarán? ¿Quién es el dueño? ¿Qué es lo que no puedo recordar? ¡Dios mío que frustración!

El corazón se agita más, el dolor de cabeza regresa con fuerza, la alarma suena. Busco en mi bolsa de mano la pequeña caja de pastillas, tomo dos, busco mi agua embotellada que tengo en la parte trasera del asiento del copiloto. Las tomo y me intento calmar. No entiendo y quiero entender, ¿M.MRS? ¿Qué es? ¿Por qué no puedo llegar más allá?

Suelto un golpe en el centro de mi volante haciendo sonar el claxon.

—Qué frustración, hay algo más...algo que no puedo recordar. ¿Qué puede ser Mila? Podría ser, ¿El hombre de mis sueños?

Capítulo 5. El muelle Maximiliano

— ¿En el muelle? ¿Estaba sola? —el nudo en medio de mi estómago crece provocando que me tense más rápido, me levanto de mi cama y me siento en la orilla, enciendo la lámpara que está en mi mesa de noche. —Te espero en el despacho para que me informes cada detalle.

Cuelgo el móvil y miro perdido en algún punto de la alfombra. ¿Qué estaba haciendo Mila en el muelle a estas horas? Miro el reloj que se encuentra a un lado de la lámpara: 1:38 am. Ella debe de estar durmiendo normalmente. ¿Habrá pasado algo? Me levanto como un resorte y busco una camiseta de algodón, salgo de la habitación y bajo las escaleras. Llego a mi despacho y encuentro a Marco en el móvil preocupado.

— ¿Qué mierdas hacia Mila en el muelle a horas de la madrugada? —espeto furioso y preocupado al mismo tiempo. Me dejo caer en la silla que está en el escritorio y paso ambas manos por mi rostro frustrado.

—La señorita Davis ha salido de la casa de sus padres, después de tomar la interestatal ha llegado al muelle, Erick informa que estaba sola, descalza y que se había quedado como *pensativa* frente al catamarán.

El corazón se agita.

— ¿Pensativa? —pregunto intrigado. Marco asiente. — ¿Crees que haya recordado algo? ¿Qué...? —me detengo, la piel se me eriza por completo.

— ¿Señor Rogers? —Marco me llama. Agito mi cabeza frustrado.

—Lo siento, es solo que sabes cuánto tiempo ha pasado, ¿Ella podría haber recordado algo? —Marco usa su móvil y lo pone en altavoz.

—Erick—contesta del otro lado de la línea.

—El señor Rogers está presente—informa Marco.

—Buenas noches, señor Rogers—dice Erick.

—Buenas noches, ¿Puedes darme detalles de lo que acaba de pasar? —pido.

—La señorita Davis estuvo en la mansión de los Davis debido al cumpleaños del padre, salió alrededor de las 12 am, llevaba la misma escolta solo que ahora tomaron más distancia de la normal, yo pienso que debió haberse dado cuenta que la escolta la seguía ya que comenzó a esquivar los autos a una gran velocidad...—me tenso. Ella no debió haber manejado de tal manera por más furiosa que estuviese—después llegó al muelle, la escolta no apareció. Ella bajó descalza y caminó por todo el muelle hasta quedarse unos quince minutos aproximadamente sentada al final del lugar, yo entré al catamarán para no ser visto, cuando me di cuenta que se había levantado, caminó hasta que se detuvo a unos metros del catamarán de usted, después se quejó de dolor de cabeza, me alarmé, pero se repuso y me sorprendió que se inclinó en busca de algo, me di cuenta que estaba viendo la placa dorada donde dice M.M RS, lo repitió en voz baja, así que salí. Realmente estaba muy oscuro como para que estuviese sola en el lugar, hizo preguntas que, si era el dueño del catamarán, y luego preguntó si nos habíamos visto, se veía extrañada.

— ¿Le dijiste algo? —pregunto preocupado.

—No, le dije que no. Pero ella se veía como si hubiese tenido algún recuerdo, en lo personal. —mi corazón se agita a toda prisa. —Después se despidió y salió hasta su auto, esperé hasta que su auto se retirará para seguirla, llegó a su departamento y ya no ha salido.

—Gracias, Erick.

—De nada, señor Rogers. Yo aún...—se detiene.

—No fue tu culpa—le digo seguro.

—Pero de haber detenido el choque, ella no hubiese perdido la memoria y usted no tuviera su rodilla mal... y...—se escucha cargado de culpa.

—Pero las cosas sucedieron así, deja de culparte. Necesito un informe completo, mañana a primera hora. Descansa—nos despedimos, cuelgo la llamada.

— ¿Está bien, señor Rogers? —pregunta Marco preocupado. Niego, me paso ambas manos para aligerar un poco de tensión por mi rostro.

—Mila ha cambiado su rutina, ella ha seguido algún... ¿Cómo le dicen? —no encuentro la palabra.

— ¿Instinto? ¿Recuerdo? —Intenta Marco, pero no sé cómo definirlo.

—No sé, ¿Desde cuándo ella ha cambiado su rutina en estos veinte meses? No lo había hecho.

— ¿No le ha informado algo nuevo el doctor que la atiende? —me recargo en mi respaldo.

—No, no se ha podido comunicar desde cuando descubrió que el padre de Mila lo tiene vigilado, no quiere poner en riesgo su licencia y que pierda a Mila como paciente. No nos conviene, lo último que envió fue que tenía fuertes jaquecas, pero le recetó dos tipos de pastillas para calmar, dice que es por lo mismo del accidente. —cierro los ojos e intento no ir ahí. A esa noche, el nudo sube por mi garganta evitando que pueda seguir hablando, Marco se da cuenta y en silencio se retira del despacho. Me levanto y me acerco al mueble de las bebidas, me sirvo dos dedos de mi whisky favorito. Abro las puertas dobles dejando que la brisa de la madrugada entre a casa. Me recargo en el pilar y doy un sorbo. Miro el gran jardín delantero de la casa, a lo lejos se ve las dos grandes puertas para entrar. Cierro los ojos al dar un segundo trago a mi bebida, el ardor que provoca al bajar por mi garganta aleja un poco mis pensamientos.

—Mila, mi dulce Mila, ¿Qué es lo que está pasando por esa cabeza? ¿Me recordarás? ¿Pensarás en el tipo que elogió tus gofres? —las lágrimas de la impotencia caen mientras termino mi bebida de un solo trago. Miro el vaso de cristal en mis manos y lo arrojo recordando esa última noche.

"— ¿Vas a usar esa pajarita? —Mila camina hacia mí, tengo el cajón de las corbatas y pajaritas abierto y con una de esta última en mi mano. Ella arquea una ceja mientras me da un repaso—Me gusta más la gris oscura, hará juego con mi vestido—y baja la mirada y le sigo. El vestido se adhiere a su cuerpo impresionante, cayendo la tela desde sus caderas en línea recta hasta la alfombra. Su escote es en V hasta el centro de su estómago, es perfecto y elegante. No enseña mucho y es lo que me fascina, muestra la palidez de su piel, pero solo poco. Su cabello está recogido en un moño rebelde y sus aretes son discretos a juego con el vestido.

—Estás perfecta—ella sonríe y el brillo de sus ojos me dan pista de lo que está pensando— Recuerda que tenemos que estar antes que los demás, subiré a dar ese discurso y tendremos lo que sea que estés pensando después de la cena—ella se sonroja, entreabre sus labios para tomar aire.

—Haces que te desee como loca, te gusta, ¿verdad? —La tomo por la cintura y la atraigo contra mi pecho, atrapo su labio inferior y lo chupo descaradamente.

—Tú me vuelves loco, a cada minuto, a cada maldito segundo te deseo, si no tuviera el discurso y el compromiso de asistir, créeme, estaría desvistiéndote aquí mismo, y te haría Ellen como no tienes una maldita puta idea...—mi nariz roza la curva de su cuello para olerla y ella se estremece— Mila, mi dulce Mila.

Ella tiembla en mis brazos, su mano acaricia la parte de frente de mi pantalón y siente mi

erección. Tiemblo a su toque...

—Es una promesa—asiento dejando varios besos fugaces por su rostro. —Marco y Erick esperan para irnos, ¿Te ayudo con la pajarita? —Sonríe descaradamente."

Entro al despacho, cierro las puertas que dan al jardín y agarro el porta-retrato que adorna mi escritorio y mi segundo lugar de trabajo—Duele tanto tu ausencia, cariño...—acaricio su rostro en la fotografía. Una de las que me recuerdan una etapa feliz a su lado:
Cuando fue...mi señora Rogers.

Capítulo 6. Excitación

Mila

"—Abre la boca—susurra cerca de mi oído, lo hago lentamente—buena chica, chupa—y hago lo que me pide, el líquido se derrama de entre mis labios, una risa ronca sale de su pecho haciendo que vibre de pies a cabeza. Me acomoda en la oscuridad el antifaz.

—Está rica la fresa—pasa su lengua por el lóbulo de mi oreja y luego chupa, me estremece. Mi espalda se arquea a esa sensación, comienzo a sentir la humedad. — ¿No puedes quitarme el antifaz? Está igual de oscuro...

—Me encanta como te retuerces a mis caricias. Mi dulce, Mila, pero tengo una duda—ronronea cerca de mi oído nuevamente ignorando mi pregunta— ¿Cómo sabrás? Quiero deleitarme con tu sabor, ¿Puedo?

Asiento mientras tiro de las esposas al sentir como sus labios bajan por la curva de mi cuello, luego a mis hombros desnudos, tiro de nuevo.

—Te vas a lastimar, así que no vuelvas hacerlo o habrá un castigo—sus labios bajan a mis pezones erectos, lo atrapa y lo chupa. Gimo, me retuerzo, pero no tiro de las esposas que están sobre mi cabeza. Me muerdo el labio, casi hasta doler. Luego se pasa a mi otro pezón duro, y hace el mismo trabajo. Gimo, jadeo, estoy sudando, y estoy demasiado húmeda. Nuestras respiraciones son inestables, puedo escuchar mi corazón hacer pum, pum y pum dentro de mi cabeza.

La adrenalina me va a volver loca y luego se me viene algo a la cabeza en medio de todo el deseo y la desesperación. Cruzo mis piernas para evitar que llegue a mi centro húmedo.

—Te dejaré probarme con una condición—puedo sentir como sonrío contra la piel de mi vientre.

— ¿Para probarte necesito aceptar una condición? hum... interesante—intento armar la pregunta sin estar abrumada con la excitación del momento.

—Dame tu nombre, solo eso. Me tendrás abierta para ti...—casi es una súplica.

—Sabes quién soy, mi dulce y amada Mila—sus labios bajan ansiosos hasta mi centro húmedo, intento tener la fuerza para cerrar mis piernas, pero el deseo gana, sus manos acarician mis muslos internos y es cuando todo se va por la borda, gimo, jadeo, y estoy a punto de venirme cuando su lengua y sus labios se deshacen en mi sexo. Intento callar mis gemidos, pero no puedo, es demasiado intenso, fuerte, cargado de una pasión indescriptible.

—Repite mi nombre, Mila—pide, pero no puedo decir algo cuando me estoy convulsionando con mi propio orgasmo, siento como sube por encima de mí y me quita las esposas, besa cada muñeca y con sus labios lo arrastra por mis manos, estoy en mi propio torbellino de sensaciones, he tocado el cielo...—voy a entrar en ti, y quiero que digas mi nombre...

Me voltea boca abajo en posición de cuatro, intento agarrarme de la cabecera de herrería, pero no alcanzo cuando entra en mí de una estacada, lanzo la cabeza hacia atrás al mismo tiempo que me toma de mi cabello, susurra a mi oído...

—Di mi nombre, sabes quién soy, Mila—insiste mientras entra y sale de mí.

—Espera, no sé...—cada embestida me hace removerme del deseo, incrementando cada sensación camino al segundo clímax, embiste con más fuerza. Estoy a unas cuantas embestidas de tocar el cielo de nuevo.

— ¡Di mi nombre! ¡Sabes quién soy, maldita sea! ¡Soy yo, soy tú...!"

Me reincorporo como un resorte de mi lugar, las sensaciones de mi orgasmo se han evaporado en un dos por tres al salir de mi sueño. Estoy jadeando en medio de la oscuridad de mi habitación, el sudor está por todo mi cuerpo y estoy a punto de echarme a llorar.

— ¡¿Quién eres?!—golpeo a mis costados sobre la cama como una niña haciendo una pataleta o berrinche. Intento tranquilizarme, pero no puedo, salgo de la cama con las rodillas temblorosas. Llego al baño, me mojo la cara una, dos, tres veces hasta calmar la temperatura de mi cuerpo, la cabeza me da vueltas y las punzadas comienzan a hacer su trabajo. —Maldita sea...

Regreso a mi habitación en busca de mi bolso, busco las pastillas y me tomo una para calmar el dolor. Me siento en la orilla de la cama y me quedo mirando fijo en la alfombra que está en mis pies...

— ¿Eres mi qué? ¿Por qué estos sueños siguen atormentándome? ¿Quién eres? ¿Acaso te he olvidado? ¡Dimeeeeeee! ¡Dimeee por favor! ¡Solo dame una señal! ¡Por favor! —las lágrimas caen por mis rojizas mejillas, me cubro el rostro y un grito sale de mi pecho, un grito de dolor, algo en mi pecho se estruje, un fuerte dolor, me dejo caer sobre la cama y me hago ovillo llorando como una niña, llorando por algo que no recuerdo, solo sé que está instalado en mi pecho, en mi corazón y es como si fuese una pérdida, una gran pérdida.

Lloro desconsoladamente...hasta quedarme dormida abrazada a la almohada del otro lado de mi cama.

— ¿Estás bien? tienes los ojos hinchados—Dexter se reincorpora de la silla para acercarse a mí a toda prisa cuando me ve entrar a mi oficina.

—Estoy bien, es solo que no he podido dormir—tiro mi bolsa en el sillón, me dejo caer y luego Dexter se sienta a mi lado, dejo caer mi cabeza en su hombro y él hace lo mismo, pero contra mi coronilla. — ¿Recuerdas los sueños que he tenido en todos estos meses después de salir del hospital?

—Sí, ¿Sigues sin saber quién es ese hombre? —pregunta curioso y atento a mi conversación.

—Si, por más que supliqué que me diga su nombre en mis sueños, cuándo está a punto de decirlo, despierto. Anoche...—mi voz se quiebra. Me cubro mi boca para intentar reprimir un sollozo. Dexter se da cuenta, en silencio me rodea y me abraza a él con fuerza.

—Sé que duele no recordar, si tuviese las respuestas te ayudara a aclarar esa mente. Pero no sé nada más de ti, solo que tenías un mes desde que saliste del hospital y ya estabas trabajando en este proyecto del restaurante. Me contrataste como mánager y desde entonces sé lo que tú sabes, Mila. ¿Y tú amiga, Kate? ¿La del otro día? Ella es tu mejor amiga desde hace muchos años, ella debe de saber qué es lo que no puedes recordar...

Mi corazón se encoge.

—Dice que le duele recordar el accidente y cambia el tema.

— ¿No has intentado ir con un psicólogo? ¿El tema de la hipnosis? ¿La has intentado? —arrugo mi entrecejo intrigada.

—Nunca, pero me interesa saber un poco más—subo las piernas contra mi pecho mientras Dexter me sigue abrazando, ha sido un buen amigo después de un año.

—Tengo un amigo. Se llama John Cox, es bueno en su trabajo. Quizás pueda arreglar una cita,

¿Qué opinas?

—Me gusta la idea, ¿Desde cuándo lo conoces? —se remueve en su lugar.

—Después de haber perdido a mis padres, me recomendaron buscar un psicólogo. Así que desde entonces... estoy yendo con él. Una vez por semana, desde hace casi un año.

Nos quedamos en silencio.

—Lo siento, por tus padres.

—Gracias, Mila.

— ¡Qué descanse, señorita Davis! —cierro la puerta despidiendo a los últimos empleados. Pongo el seguro, la alarma y regreso al interior del restaurante, a mi oficina. Me dejo caer en el sillón y contemplo los papeles que están sobre la superficie de la mesa que adorna en medio de la sala dentro de mi oficina. Las ventas han aumentado, tengo varios listados de otros lugares donde podría poner otro restaurante. Me retiro mis zapatos y subo los pies al sillón con un puñado de hojas, me recargo en el respaldo del sillón y me concentro.

El sonido de mi móvil me hace retirar la mirada de los documentos, sigue sonando y bailando en la superficie de la mesa frente a mí.

— ¿Quién será? —miro el reloj frente a mi colgado en la pared. 2:46 am. Lo tomo y sigue sonando, deslizo el botón para contestar y me lo pongo en el oído mientras doy una revisada distraída a los documentos de mi mano. — Mila Davis.

Se escucha una respiración agitada del otro lado de la línea, dejo los documentos sobre mi regazo donde tengo cruzado mis muslos. Repito— ¿Sí? ¿Quién es? —la respiración es agitada, me tensó. Miro la pantalla y es un número privado. —Voy a colgar.

—Espera—me congelo en mi lugar...esa voz. Mi cuerpo se tensa de pies a cabeza, tiro los papeles de mi regazo y me reincorporo de un movimiento.

— ¿Quién eres? Dime quién eres—susurro y mi cuerpo se vuelve tembloroso, mis piernas amenazan con tirarme al suelo y solo escucho la respiración agitada. — ¡Dime quién eres! ¿Por qué no hablas? si no hablas voy a colgar—y el silencio se escucha reemplazado por un “Pip”

Ha colgado.

—Eres tú...el hombre en mis sueños.

Capítulo 7. Una pesadilla recurrente

Maximiliano

Mi mirada se queda perdida en el móvil que tengo en mi mano.

— ¿Qué he hecho? —mi mano tiembla, el sudor sigue abrazando cada centímetro de mi cuerpo, después el amargo sabor de la pesadilla. Cierro los ojos mientras sigo intentando controlar mi respiración, es como si hubiese corrido un gran maratón, mi garganta está seca, segundos después un escalofrío me recorre de pies a cabeza. Aprieto el agarre del móvil.

—No, no te he perdido aún, definitivamente no, Mila. Estás respirando, estás viva, no muerta, no como ha sucedido en mis sueños. Estás viva, ¡Tú, estás viva! —me levanto y con un fuerte movimiento estrello mi móvil contra la pared. —¡¡ESTÁS VIVA!! ¡¡NO MUERTA!! ¡¡NO ESTÁS MUERTA!! ¡¡VIVAAAAAAA!!—el nudo se expande por todo mi pecho.

Avanzo la distancia que me separa de la pared que está camino al baño y comienzo a golpearla, flashes de nuestra vida años atrás golpean donde más duele, en este corazón lleno de fisuras. Su sonrisa, su cuerpo desnudo debajo de mí, sus labios entreabriendo para tomar aire, el susurro de mi nombre en mi oído, la noche que salimos enojados por mis estúpidos celos, sus palabras para calmar mi ira, ese brillo en sus ojos al mirarme antes de que nos volcáramos. Una, dos, tres veces más golpeo la pared, el dolor no es nada a comparación de lo que siento en estos momentos, dos años esperando en las sombras, dos malditos años sin tocarla, sin sentirla. Todo por una maldita cláusula...

Veo rojo, el grito sale del fondo de mi garganta estremeciendo cada centímetro de mi cuerpo.

—¡¡Señor Rogers!!—a lo lejos escucho que me llaman, pero no puedo detenerme, sigo golpeando con fuerza la pared que ya tiene un gran hueco marcado con sangre, pero algo me detiene a seguir.

Salgo de mi trance cuando reacciono, mi ama de llaves está llorando y cubriendo su boca con ambas manos vestida en pijama, Ryan me rodea con ambos brazos alzándome del suelo, Marco atrapa mi rostro y dice algo que no entiendo.

— ¡Maximiliano! ¡Mírame! ¡Mírame! ¡Tienes que calmarte! —Mueve sus manos que están sobre mi rostro al tiempo que intenta hacerme reaccionar, escucho los latidos de mi corazón dentro de mi cabeza, siento que el aire me falta y el dolor de cabeza aumenta.

Solo anhelo tener a mi dulce Mila, entonces me rindo. La oscuridad me abraza y me lleva de la mano a un sueño, un hermoso sueño, uno dónde la vi por primera vez y cuándo pensaba que eran estupideces eso de enamorarse a primera vista...

"—Detente en esta florería. —ordeno a Marco, el auto se estaciona frente a una pequeña florería, hay gente caminando por la acera, el clima amenaza con estropear lo que ha empezado como un soleado y agradable día. El clima de Seattle...

Bajo, ajusto mi gabardina correctamente y empujo la puerta de cristal con el letrero ABIERTO. Al hacerlo suena una campanilla, supongo que será señal de que alguien ha entrado al local. Una mujer rubia quien con una sonrisa atiende a una pareja mostrando varios diseños de arreglos florales. Comienzo pasearme por el lugar, pensando que arreglo floral describiría a mi tormentosa hermana menor hoy en su cumpleaños. Mi madre nos ha citado para comer todos en familia para festejar, así que de último momento llevaré algo.

— ¿Puedo ayudarle en algo? —El tono de voz que llega a mis oídos me hace estremecer, la

piel se me ha erizado por completo, trago saliva cuando siento que mi garganta se ha secado, arrugo mi entrecejo intrigado en el efecto que la voz de la mujer ha provocado en mí. — ¿Señor? —su voz me hace volverme a mi espalda para ver quién es la persona causante de ese efecto.

Otra mujer rubia, con ojos azules, sus pestañas largas se agitan, sus labios se abren para tomar aire bruscamente, su rostro se carga de confusión ¿Acaso lo ha sentido? ¿Es que ella también siente ese efecto?, su piel es pálida a excepción por las mejillas que se tiñen en un rosa exquisito, mi miembro tira de mi pantalón provocando que me vuelva para darle la espalda, abrochar mi gabardina y cubrir mi penoso momento muy ajeno a la mujer a mi espalda.

Hablo intentado sonar indiferente.

—Rosas de tallo largo en color rosa por favor, una docena en la caja, sin espinas, envueltas en moño blanco y tarjeta en color crema—y me vuelvo hacia ella, ella apunta algo en una diminuta libreta que tiene en su mano. ¿Por qué me afecta de esta manera?

—Perfecto, será 55 dólares. Pase a cajas a pagar, en cinco minutos le tengo el pedido—y sonrío, casi tropieza con una mujer que se cruza al mismo tiempo de caminar, eso me hace sonreír. Se dirige a la parte trasera del recibidor, en dirección a unos refrigeradores, entra y encuentra rosas rosas de tallo largo, y después sale y desaparece en alguna parte de atrás. Estiro un poco el cuello de mi camisa, y tiro de mi corbata gris, ¿Hace calor? Mi "amigo" regresa a su lugar, intento concentrarme, no soy un adolescente.

Llego a la caja registradora y me atiende otra mujer rubia, nada que ver con la belleza natural que me ha atendido. No puedo negarlo, ésta es atractiva, pero es más como el tipo de mi hermano Ian, pechos grandes, sonrisa perfecta, dientes perfectos, y tiene un aire de ¿"Mujer ruda"? vaya, una mujer que es anti-efecto Rogers, ella arquea una ceja en espera a que hable.

—Una docena de rosas rosas de tallo largo sin espinas, caja, moño blanco y tarjeta color crema— al terminar de decirlo se escucha un grito a lo lejos. La rubia se voltea en esa dirección.

— ¡Listo! —y entonces aparece la otra rubia, su cabello está recogido en un moño desmarañado, pero la hace ver hermosa, sus caderas se mueven sigilosamente hasta donde estoy, pone la caja a un lado de la caja registradora y nuestras miradas se encuentran, ese rosa exquisito que miré hace unos minutos regresa con más fuerza cuando no puedo quitar la mirada de ella, se escucha el ruido de un carraspeo y es cuando reacciono.

—Son 55 dólares, ¿Quiere una pluma? —dice la rubia ruda, ella hace una mueca y con firmeza me arrebató la tarjeta negra de mis dedos mientras intento mirar a la rubia— ¿Mila?

La rubia de su lado, torpemente me entrega la caja de las rosas al terminar de firmar en la pantalla.

— ¿Sí? — se gira para mirarla. La rubia de la caja me sonrío sin contestarle a la otra rubia. La mujer muestra confusión.

—Gracias por su compra—dice la mujer de la caja y es cuando entiendo, la mujer me ha dicho el nombre de la rubia a su lado.

—Gracias a ustedes— y la mirada de Mila y la Ellen se encuentran por otros segundos más— Hasta luego...Mila.

Antes de salir escucho risitas, y eso me hace sonreír como un adolescente. ¿Qué te pasa Rogers? No tienes edad para estas cosas.

Marco toma la caja de las rosas y me abre la puerta. Entro y me dejo caer en el asiento, el auto se empieza a mover hasta meterse entre el tráfico de la tarde. La imagen de sus mejillas rosadas me provoca removerme en mi lugar, es una belleza natural, sin tanto maquillaje, sin tanta pose, solo bastó escuchar su voz a mi espalda para tirar de mí, cuándo nunca había sido así con ninguna

mujer en estos 30 años. Cierro los ojos y el movimiento de sus caderas en esos pantalones ajustados me hacen querer saber más de ella. Puede que sea una atracción sexual, pero sé que, dentro de mí, eso no es.

—Marco, necesito que investigues a una de las mujeres de la florería, solo tengo su nombre: Mila.

Marco me mira sorprendido por el retrovisor.

—Sí, señor—su mirada regresa al frente.

Dejo caer mi cabeza en el respaldo del sillón, tomo la caja de las rosas y acaricio el moño blanco, pensando que sus dedos lo han tocado, es la primera vez en mi vida que tengo la necesidad de saber más de una mujer..

¿Acaso...era el "famoso" amor a primera vista? Porque sí es así, ya te jodiste Rogers, no te detendrás...hasta llegar a ella.

Capítulo 8. Un recuerdo

Mila

Llego a mi departamento, durante el trayecto no ha dejado mi mente de repetir la llamada de hace una hora, la voz del otro lado de la línea, la respiración agitada. Cierro los ojos cuando me dejo caer en el sofá de la sala. Estoy a oscuras. Pensando en todos esos sueños eróticos, todas esas noches que despertaba temblando como una hoja de papel, cerraba los ojos ansiosa por regresar a sus caricias, a sus susurros cerca de mi oído.

— ¿Quién eres? —agarro el móvil del interior de mi gabardina al mismo tiempo que me quito los zapatos y subo los pies al sofá, me abrazo con una mano mis piernas, dejo caer mi barbilla en las rodillas y con la otra mano sostengo el móvil, miro la llamada, así como el detalle de la hora. Me acomodo en el sofá y me hago un ovillo sin soltarlo, cierro los ojos y me dejo llevar por el sueño.

"Coffe Central Place" La fachada aparece brevemente en un extraño y fugaz imagen. Luego otro flashback de un lago, arboles altos, un muelle y... veo el catamarán. Camino lentamente por el piso de madera, me roza la fresca brisa de la mañana, el sol aún no sale del todo, solo veo a lo lejos un grupo de nubes en color rosa y naranja por los rayos que las golpean. Llego al catamarán y lo miro detenidamente, grabando cada detalle incluso el brillo dorado de la placa con el nombre "MM RS" ¿Qué quiere decir MM RS? Estoy tan inmersa intentando grabarme todo, doy un brinco acompañado de un grito del susto, unas manos me rodean mi cintura desde la espalda y deja caer una barbilla en mi hombro desnudo.

—Te he estado esperando—susurra cerca de mi oído, no me muevo, no me volteo, cierro los ojos disfrutando su aroma, su voz, el calor que emerge desde esa posición, acaricio sus brazos que me rodean. —Sé que me has extrañado, Mila.

El escuchar mi nombre de sus labios cada noche y por primera vez desde que lo sueño, es de día, hay luz, la emoción me embarga al sentir la esperanza por primera vez de ver quien es realmente este hombre, de saber qué color de ojos tiene, si es alto, de qué color es su cabello, como es su sonrisa. Intento removerme de su agarre para volverme y enfrentarlo, pero no. No me lo permite.

—Solo déjame mirarte por una sola vez, quiero grabarme tu rostro—suplico, el solo mueve su barbilla en negación sobre mi piel descubierta.

—No es necesario, sabes quién soy. Soy...—y el corazón se agita bruscamente."

La alarma suena, grito contra mi almohada. Maldigo una y otra vez. Repetidamente hasta despertar del todo, la canción de Rita y Liam Payne con For You comienza a sonar. Cierro los ojos, y de nuevo se repite la canción.

—Mierda. —agarro el móvil que está sobre la mesa de noche de mi lado, la música se repite y sé quién es, deslizo el botón verde y contesto irritada—Davis.

— ¡Jefa! ¿Te he despertado? —pregunta preocupado Dexter.

—Acabo de despertar—me siento en la orilla de la cama— ¿Pasa algo?

—José Montenegro ha renunciado—Me quedo sorprendida por eso.

— ¿Renunció? ¿Por qué? —me levanto como un resorte de mi cama, entro al armario y busco ropa para ducharme e irme rápido al restaurante.

—Dijo algo así: " ¡Estoy harto de todo esto, Dexter! ¡No soporto! ¡No puedo seguir mirando y no hacer nada!" Tiró su gorro sobre la mesa fría y salió del restaurante. —Me detengo al

reproducir esas palabras dentro de mi cabeza.

— ¿Qué quiso decir con que "No puedo seguir mirando y no hacer nada"? —retomo lo que estaba haciendo unos momentos.

—No lo sé, solo sé que no tenemos un chef y se está empezando a formar la fila de clientes—
Suelta el aire frustrado.

—En media hora estoy ahí—y cuelgo la llamada.

Diez minutos después estoy en camino al restaurante. Me detengo en un semáforo en rojo, bajo el espejo retrovisor para pintar mis labios, y un poco más allá de mi auto miro un auto blindado. Lo miro detenidamente un poco más antes de concentrarme en mi camino. Un camino que siempre a temprana hora tomo para ir al restaurante. El semáforo cambia a verde y avanzo, sé que mi padre ha incumplido su palabra como siempre, nunca hace lo que le pido, sé que está temeroso que me vuelva a pasar algo, pero no puede estar así. Así que para fastidiar sus planes voy a cambiar esta rutina. Miro a lo lejos la entrada a la carretera de la interestatal, me va a desviar unos veinte minutos de mi restaurante, pero puedo buscar otros caminos sin que la escolta de mi padre esté siempre vigilando. ¿Qué no se aburren de seguirme? intento no alertarlos, estoy a unos cuantos metros para tomar ese camino, así que me meto entre tres carros más esquivándolos para evitar que el auto blindado alcance mi camino, acelero un poco, escucho el claxon de los autos, pero no me importa, no es delito cambiar de carril.

—Vamos, vamos—golpeo la orilla del volante frustrada de que el auto de enfrente no se mueva, así que acelero y doy una mirada rápida por el retrovisor y veo que intentan alcanzarme, me concentro en tráfico, y doy un giro de mi volante y alcanzo apenas entrar sin que el auto detrás de mí roce por uno centímetros. — ¡Siiiiiiii!

Sigo avanzando y los he perdido. Eso me hace sonreír como una tonta. Arrugo mi entrecejo al ver lugares hermosos, a lo lejos está el lago, el tráfico no es tanto y eso me agrada. Pongo el GPS y pongo la dirección del restaurante y segundos después me guía un camino para llegar a él. Mi móvil comienza a sonar y por el tono (Psicosis, la película) sé que es mi padre. Lo ignoro, llego al primer semáforo en rojo, miro alrededor es todo tan familiar, hasta el Starbucks de la esquina me es familiar, la gente pasa con sus mascotas frente a mi auto, un señor con un periódico entre su brazo, una mujer de la mano con un pequeño. Eso me da nostalgia y no sé por qué. El semáforo cambia y dos cuadras más adelante tengo que girar a la derecha, y cuándo lo hago me sorprende lo muy familiar de un edificio alto, de espejos y con un letrero "Empresas Rogers" El piquete de dolor dentro de mi cabeza llega de sorpresa, un pequeño flash de ese anuncio llega de golpe, bajo la velocidad y estaciono el auto en la acera a mi lado derecho cuándo siento que el dolor comienza a aumentar, es la esquina de esa misma calle, me presiono la sien con fuerza para calmarlo. Con una mano busco dentro de mi bolsa la caja de pastillas, tomo la que me corresponde y muy a mi pesar ya que no tengo nada en mi estómago. Cierro los ojos brevemente y el sonido repetitivo del tono de mi móvil me irrita. Intento tranquilizarme y esperar que la pastilla haga efecto.

El toque en el vidrio de mi ventana me hace asustarme. Miro y es un hombre alto, en traje negro y con un auricular en su oído.

Mierda. ¿Es la escolta de mi padre? Bajo el vidrio a regañadientes.

— ¿Sí? —digo en un tono bajo por el dolor que palpita.

— ¿Se encuentra bien? He visto que se ha detenido en un lugar que no debe—miro de reojo y sí, es un lugar donde no debo estacionarme.

—Lo siento, es solo que tengo un dolor de cabeza que no me deja manejar, pero solo estaré unos momentos más para esperar el efecto y poder manejar—el asiento dudando.

—Puedo llevarla a donde se dirige—niego rápido. El dolor aumenta y provoca que cierre mis ojos fuertemente y me agarre la cabeza. — ¿Señora Rogers?

El dolor aumenta aún más, mucho más, el hombre abre la puerta de mi auto e intenta tomarme de mi brazo para ayudarme a bajar, pero no puedo reaccionar ya que el dolor me ha nublado todo a mi alrededor, bajo mi pie dudosa.

—Estoy...—una punzada mucho más horrible que jamás había sentido llega, provocando que me tambalee cuándo tengo mis dos pies en el pavimento de la calle, el tipo me alcanza a tomar de mi cintura para no caer. —Dios mío...

Siento como las lágrimas comienzan a salir del dolor y el miedo, y yo apenas puedo abrir los ojos. Pero miro borroso y finalmente pierdo la fuerza, el hombre evita que caiga en el suelo, escucho hablar con alguien más, escucho gritos a mi alrededor, el sonido de mi móvil suena, y escucho a alguien maldiciendo. La oscuridad amenaza con abrazarme, intento levantarme, pero el dolor aumenta dos veces más fuerte haciendo que me desmaye sin antes escuchar el claxon y mi nombre:

—¡¡¡Mila!!!!

Su voz...él está aquí.

Capítulo 9. Dolor Maximiliano

—Entonces la junta el día de mañana a las nueve se retoma, tengo que salir—comento a Helena quien está tomando todas las carpetas que están sobre la superficie de la mesa. Eran las siete de la mañana y acabamos de tener una reunión de emergencia. Ya se han retirado los de finanzas y parte del equipo de proyección. Helena me mira al ver que no me levanto de mi asiento.

—¿Está todo bien? —dice mientras se abraza las carpetas a su pecho. Asiento en silencio, intento mostrar una mueca, pero ni eso puedo hacer. Bajo la mirada a mis manos cubiertas de vendas. —¿Vas a decirme que ha pasado en tus manos?

—Estoy bien—digo secamente intentando componerme. —Es algo que no tiene por qué preocuparte.

—Eres mi mejor amigo, sé por lo que estás pasando—mira mis manos—¿Son las pesadillas? —Por debajo de la mesa a un lado de mi silla, busco discretamente mi bastón, pero no lo encuentro. Hoy había empeorado el dolor de mi rodilla, necesitaba ir a consulta en media hora y no tenía humor de nada. Solo quería regresar a casa...

—Gracias. Solo necesito revisarme la rodilla. —Helena corta la distancia entre los dos. Tira las carpetas sobre la mesa y se inclina para buscar debajo de la mesa, al reincorporarse me extiende mi bastón.

—Tenías que ser un gruñón tan testarudo...—murmura entre dientes. —Pedir ayuda no te quita la hombría, Rogers. —se cruza de brazos en espera de que me defienda de su comentario.

—No tengo ánimos de armar una discusión, Helena—Ella arruga su entrecejo sorprendida.

—Eso quiere decir que realmente estás jodido, ¿Quieres que llame a Marco? —niego. Me impulso con cuidado para levantarme, ella intenta tomar mi codo para ayudarme, pero me alejo rápido.

—Puedo yo solo—digo intentando reincorporarme, suelto un suspiro de frustración.

Helena no dice nada, niega en silencio, toma las carpetas de nuevo y me espera con la puerta abierta. Camino con un poco más de dolor que ésta mañana. Al llegar a la puerta puedo mirar a Marco dirigirse a toda prisa hasta mí. Y eso me alerta.

—Señorita Wilson. —saluda Marco de un movimiento de cabeza, ésta le responde y nos deja a solas. —Señor Rogers, tenemos algo nuevo.

Abro los ojos un poco más.

—¿Cómo? —siento que la pierna pierde fuerza, Marco alcanza a tomarme del codo con fuerza. —Vamos de una vez al auto.

Entramos al elevador, las puertas se cierran frente a nosotros.

—Dilo—le digo mientras recargo mi espalda en la pared del elevador.

—La señora Rogers...—se detiene para corregirse...digo, la señorita Davis ha cambiado su rutina, Turner iba detrás de la escolta que tiene el señor Davis, se ha dado cuenta que aún tiene seguridad por parte de él, así que entró por la autopista...—se detiene cuándo las puertas se abren y escucha atentamente por su micrófono que tiene en su oído, caminamos por el lobby, cuándo levanto la mirada a medio camino miro a través de los ventanales el auto de Ryan y William, se detienen en la acera de enfrente. Arrugo mi entrecejo confundido, tienen que estar cuidando de Mila, ¿Qué mierdas hacen aquí? Miro hacia Marco quien sin darse cuenta me ha dejado atrás al salir, mira hacia Ryan y señalan a lo lejos. Eso no me gusta nada, acelero con dolor el paso,

empujo con mi mano la puerta de cristal y me pongo a un lado de Marco.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Qué hace la escolta de Mila aquí? —Marco da órdenes.

—Espere, señor Rogers. Ryan acércate a toda prisa, se ha estacionado en una zona prohibida y no ha bajado del auto, revisa y reporta.

—¿Quién se ha estacionado? —Marco me mira preocupado.

—La señorita Davis está estacionada en la esquina de la cuadra en una zo...—no dejo que termine ya que avanzo, bajo la acera y me fijo que no venga un auto, el corazón se agita a gran velocidad cuándo miro a Mila bajar del auto dudosa, tiene los ojos cerrados y Ryan le ofrece ayuda, la adrenalina corre por mis venas cuándo miro que está a punto de desmayarse, tiro el bastón al suelo, escucho el grito de Marco a mis espaldas, pero no me importa nada más, cruzo la calle en dirección a ella y entro en más alerta cuándo se está desvaneciendo frente a mí.

—¡¡Mila!!—esquivo los autos y llego hasta ella, Ryan pide una ambulancia, mis manos tiemblan cuándo la tomo entre mis brazos y la levanto como si no pesara ni un gramo, William insiste en ayudarme, pero ignoro toda la ayuda alrededor, llego hasta mi auto, O'Neill abre la puerta de atrás y la recuesto con dificultad, subo y sostengo su cabeza con cuidado, Marco, O'Neill suben al auto. —¡Al hospital!

Ordeno casi al borde de la histeria mientras nos metemos entre el tráfico de la mañana, bajo la mirada hacia ella y está pálida, el rubor característico en sus mejillas no muestra absolutamente nada. El corazón cabalga a una velocidad exorbitante con temor a tener un infarto del miedo de perderla. Las lágrimas están a punto de caer e intento limpiarlas antes, ella me necesita fuerte, como un roble. Agarro el móvil con mi mano temblorosa y estoy a punto de llamar a su doctor. Pero no, está vigilado por Raymond. Cierro los ojos intentando buscar quien pueda ayudarnos sin que nadie más se dé cuenta. Y su nombre llega a mí de golpe, abro los ojos y niego repetidamente. No, no, no y no. No me importa que sea doctora, no y no Rogers.

—Señor Rogers me han informado que sigue la vigilancia en el hospital dónde se encuentra el doctor que atiende a la señorita Davis. —maldigo entre dientes. Todo es tan absurdo, tan al límite. Suelto el aire bruscamente, tecleo su número y espero a que conteste.

—¿Maximiliano? —la voz melodiosa de ella suena al otro lado de la línea.

—Solo quiero aclarar que si no fuese por qué no tengo a nadie más a quien acudir, no te estuviera llamando.

El silencio cae sobre nosotros unos segundos.

—¿Qué pasa? —su voz es preocupada.

—No sé cómo, pero Mila ha dado con mi empresa, parece ser que se ha desmayado por un fuerte dolor de cabeza, no reacciona...—la voz se me corta y ahora si el pánico me llena aún más con fuerza...el hospital dónde se atiende está vigilado y necesito ayuda.

—Voy camino al hospital central, te espero ahí, una camilla estará en urgencias...—se escucha como si estuviera saliendo a toda prisa de algún lugar y antes de decir algo más ella habla...y Maximiliano...

—¿Sí? —acaricio la mejilla de Mila.

—Gracias por acudir a mí—cierro los ojos y alcanzo a limpiarme la mejilla con el dorso de mi mano.

—Te veo en urgencias—digo y cuelgo la llamada. Levanto la mirada y Marco me mira detenidamente en espera de mi orden. —Hospital Central de Seattle. Nos esperarán en urgencias preparados.

Asiente en silencio y fija la mirada en el tráfico. Miro a Mila y el corazón se me estruje del

dolor, ¿Dos años sin tocarla? Ahora es castaña y está más delgada.

Vuelvo a pasar las manos por su rostro, orando por qué no sea nada de gravedad, beso su frente y susurro su nombre.

—Mila, estoy aquí, muy cerca nena.

Diez minutos después entramos por urgencias, el auto se detiene, unos enfermeros nos esperan con una camilla, y ahí está ella, en una bata blanca, con el pelo recogido y su rostro muestra una sincera preocupación. Me ayudan a bajarla y ni cierro la puerta del auto a mis espaldas cuándo intento acercarme a ella, comienzan a revisar mientras avanzan al interior del hospital. Dicen cosas de doctores que no entiendo, y es entonces cuando su rostro palidece cuándo le toman el pulso, da órdenes inmediatas, cuándo estoy a punto de cruzar las puertas dobles ella se gira y me detiene con ambas palmas en mi pecho, me tenso, ella intenta suavizar su rostro y borrar la preocupación, pero falla.

—Dime que es solo un desmayo—suplico con la voz quebrada.

—Tengo que revisarla bien, no puedo darte un pronóstico sin revisarla, tienes que tener paciencia...—intenta acercarse más a mí, pero me separo moviendo mis manos bruscamente con desesperación de que Mila esté realmente muy mal. No soportaría perderla, no otra vez.

—¡No me pidas paciencia! —le doy la espalda y comienzo a caminar con dolor de un lado a otro pensando. —¡No tengo paciencia, no quiero esperar y ver como se me va de las manos! — levanto la voz sin prestar atención, ella camina dos pasos y se planta frente a mí con dureza.

—¡No me grites, sé que estás preocupado por ella, pero si sigues así te pediré que te retires a la sala de espera! —abro los ojos y hay una batalla de miradas grisáceas.

—Perdóname. No fue mi intención...—me paso ambas manos por mi cabello. Y luego la miro de nuevo. —Solo por una vez ayúdame. Solo una vez, sé que llevamos dos años con una relación inestable, pero dejo a un lado todo lo que nos separa para pedirte que me ayudes en esta ocasión. Sólo en esta...—mi voz se corta y las lágrimas amenazan con salir...ella es toda mi vida, no sobreviviré si le pasa algo.

Ella se acerca más, y su mano se va a mi mejilla, cierro los ojos y la recargo en su palma. Por un momento decido dejar todo el pasado a un lado, y prestar atención a mi presente y a mi futuro. Abro los ojos y sus ojos grises están cristalinos.

—Cuidaré de ella, te lo prometo.

Asiento con un nudo en mi garganta. Se gira para entrar por donde se han llevado a Mila. Digo un —Gracias—en un tono bajo que no creo que haya escuchado, y antes de alejarse más se vuelve hacia mí.

—De nada, hermano. —dice Ellen con media sonrisa. Regresa a su camino al interior y el sabor del miedo llega con más ganas a mí. Me dejo caer en la silla, recuerdo el dolor de mi rodilla cuándo este capta mi atención, la acaricio suavemente como si el tacto de mi mano fuese alejar el dolor.

Una hora después sale mi hermana con su bata de doctor, puedo ver que está seria y no me gusta nada.

—Maximiliano—dice cuándo me levanto un poco adolorido, puedo ver que su mirada se desvía a mi rodilla, pero intento desviar la atención de ella.

—¿Cómo sigue? —está a punto de hablar, pero se detiene al ver más allá de mí por mi hombro, se escuchan pasos y después mi nombre.

—¡Maximiliano Rogers! ¿Dónde tienes a mi hija, malnacido? —me tenso al escuchar a Raymond. Ellen me toma del brazo al ver mis intenciones y me vuelvo hacia ellos. Llega hasta mi

con su escolta, de inmediato llega Marco y el resto de mi grupo de seguridad, Ellen se interpone entre Raymond y yo que nos debatimos con las miradas.

—¡Detienen este asunto ahora o mandaré a sacarlos del hospital! —dice mi hermana en un tono gélido para ambos.

—¡Tú no sabes quién soy yo, "Doctorcita"? —dice Raymond a mi hermana y ésta se pone frente a él dándome la espalda a mí, se cruza de brazos y lo desafía.

—Claro que sé muy bien quién es usted "Señor", es la persona más ruin que a base de engaños separó un matrimonio que realmente se amaba, es la persona que, a pesar de tener el dinero del mundo y las influencias, no va a venir a gritar o a provocar disturbios a mi hospital.

—¡Quiero hablar con el dueño del hospital! ¡No voy a permitir que una empleada me hable de tal manera! — Ellen da un paso más hacia Raymond y la alcanzo a tomar del brazo en caso de que quiera abalanzarse hacia él.

—¿Quiere hablar con el dueño? Está bien, ¿De qué quiere hablar? Está viendo a la única dueña de este hospital, Mila es mi paciente y no saldrá de este lugar a menos que yo como dueña de este lugar y su nueva doctora lo permita. ¿Entonces? ¿Se va o lo saco con mi seguridad?

—¡Es mi hija! —luego me mira furioso en mi dirección—¡Y tú! ¡Atente a las consecuencias de esto! ¡Estás advertido! —me señala con el dedo índice.

No digo nada. Estoy tan harto de sus amenazas que ya me sé el repertorio. No tengo miedo en estos momentos, tengo mi mente en la salud de Mila. Raymond se retira con su equipo de seguridad y va maldiciendo. Ellen al ver que se ha marchado se vuelve hacia mí. Se cruza de brazos.

—Mila ha despertado, me ha pedido que, si su padre llega que no lo quería ver, que hiciera todo lo posible para que no llegara a ella.

—¿Y mentiste diciendo que eras la dueña del hospital? —pregunto preocupado que Raymond vaya a actuar contra mi hermana.

—Bueno, en eso no mentí. Es mi hospital...—abro los ojos sorprendido.

—Estoy...—no tengo palabras. ¿Mi hermana dueña de un hospital?

—He hablado con su doctor de cabecera, me ha pasado su informe médico, veo que aún no recuerda nada...pensé por un momento que me recordaba. —su mirada se pierde en algún punto del piso. Luego levanta la mirada hacia mí. —Sé que caí en la trampa del hombre ruin, sé que les ocasioné mucho daño y me arrepiento cada día de ello.

Nos quedamos en silencio.

—No recuerda...pero tengo la esperanza que lo haga. Ha llegado a Empresas Rogers, ¿Y cómo se encuentra?

—Bien, el dolor se ha detenido, pero es lo mismo del golpe de la cabeza cuándo tuvieron el accidente, no es algo que se pueda operar, es solo cuestión de tiempo que pueda recordar, no pierdas las esperanzas. Su doctor dijo que no debíamos de alterarla o hacerle recordar... ¿No has intentado que alguien la guíe a John Cox?

Niego luego la punzada del dolor aumenta haciendo que tome asiento rápidamente. Ellen se acerca a toda prisa.

—Es algo pasajero, pronto se quita el dolor—Ella toca mi rodilla y la revisa.

—¿Estás loco? ¡Esto necesita reposo! Está muy hinchada, ¿No has ido a la consulta de hoy? —Arrugo mi entrecejo sorprendido, ella entiende lo que ha pasado. —Vaya, he cantado como un pájaro.

—¿Cómo es que sabes de mi cita? —ella se sienta a mi lado.

—El hecho que te hayas alejado de la familia desde hace años no quiere decir que uno no esté al pendiente de ti, así como tú tienes tus contactos, Ian y yo las tenemos.

Nos quedamos en silencio.

—Tengo que operarme en una semana. —No sé por qué le he contado algo que sin duda debe de saber.

—Lo sé. Tienes que operarte si quieres tener un futuro estable. ¿No te has acercado a ella? —suelto un suspiro. —No pregunto qué ha pasado con tus manos.

—Mejor no preguntes.

Un enfermero se acerca a nosotros.

—Doctora, la señorita Davis a preguntado por usted, quiere saber cuándo se le dará de alta. —Ellen me mira detenidamente por unos segundos luego mira al enfermero.

—Iré personalmente a verla. Gracias— Y se retira el enfermero. —¿Quieres hablar con ella? Pregunto antes de que su padre la encierre en la torre más alta y ponga miles de guardias de seguridad. Creo que merece saber quién es el príncipe que la ha rescatado...

Sé que no debo, pero en estos momentos me importa una mierda la cláusula. Necesito saber que está bien...

—Gracias—asiento lentamente.

—Vamos... —caminamos en silencio hasta su habitación, la garganta se me ha secado, el corazón late a toda prisa, el nudo de los nervios se instala en el centro de mi estómago— ¿Listo?

Tomo aire, cierro los ojos y al abrirlos me preparo.

Es ahora.... o nunca.

Capítulo 10. Secretos y mentiras

Mila

El enfermero ha salido de mi habitación, recargo la cabeza lentamente sobre la almohada. Cierro los ojos e intento concentrarme en esa voz, esa voz al desmayarme. Era él, sin duda era él. ¿Estaré loca? ¿Por qué persigo en la vida real a alguien quien solo está en mis sueños nocturnos? Levanto mi brazo y lo descanso sobre mi frente. No entiendo lo furiosa que me pone saber que mi padre aún sigue vigilando, es como si quisiera evitar que hurgara en algo...Otra cosa, ¿Por qué la doctora tiene un rostro familiar? ¿Habremos cruzado en el otro hospital? ¿Será amiga de Stevenson? Niego en silencio, son demasiadas preguntas. Al cabo de unos minutos, tocan la puerta, debe de ser la doctora.

—Adelante—digo al mismo tiempo que intento reincorporarme un poco, la puerta se abre y no es la doctora. Arrugo mi entrecejo al ver al hombre en un traje impecable de marca en color gris, tiene barba y está congelado en su lugar. ¿Por qué se me hace conocido? ¿No es el tipo que elogió los gofres hace unos días atrás? —¿Es usted...? —intento recordar si esa vez dijo un nombre o apellido.

—Yo...—levanto la mirada hacia él deteniendo la búsqueda de algún nombre. La piel se me ha erizado, el escalofrío me recorre desde la punta de los pies hasta llegar a mi cabeza. —Te desmayaste cerca de mi trabajo yo iba pasando y pedí ayuda para traerte al hospital.

¡Es él! ¡Es el hombre de mis sueños! ¡Él...! ¡Dios mío! ¿Cómo no pude darme cuenta esa vez que nos vimos? Siento como el calor aborda mis mejillas, él es el hombre que me vuelve loca en mis sueños por las noches. Él agita la mano para atraerme a mi realidad. Carraspeo, algo incómoda, agarro por inercia la sábana y me cubro hasta el cuello.

—G-Gracias—estoy a punto de cubrirme el rostro para evitar que siga percatándose de mi sonroja color rojo escarlata. ¡Dios mío! Cierro los ojos para intentar borrar las imágenes de todas esas noches. Su voz está grabada en mí. Claro que es él.

—¿Estás bien? ¿Necesitas que llame a la doctora? —abro los ojos como plato y niego repetidamente.

—¡No! Estoy bien, es solo que... ¿Me recuerdas? —esa pregunta sale de mis labios sin filtro.

Él palidece y arruga su entrecejo. Hace señas de si se puede tomar lugar y asiento sin dejar de mirarlo.

—¿A qué te refieres con que si te recuerdo? —él se acerca un poco más y se sienta en la orilla de la cama al lado de mis pies. Trago saliva, mi garganta se ha secado, mi mirada escanea ese hermoso rostro tan atractivo, ahora puedo ver el color de sus ojos: Grises. La barba es casi tan apetecible pero sus labios... ¡Oh Dios mío, sus labios! Trago de nuevo saliva.

—Soy la dueña del restaurante dónde te vi la primera vez, has comentado que los gofres eran lo mejor—puedo ver una pizca de... ¿Decepción? Luego intenta reponerse y sonrío. ¡Mierda! ¡Qué sonrisa! Podría quedarme contemplando por una eternidad.

—Recuerdo esos gofres. Mi esposa...—se detiene y mi corazón se estruja al escuchar esas palabras. Tiene una esposa... Pero ¿Qué te has creído Mila? ¡Es obvio que el hombre debe de tener una esposa! ¿Quién no estaría detrás de él? Es atractivo.... y es el hombre de mis sueños

eróticos. ¡Vaya! el intenta reponerse y sonrío a medias—...hacía también unos gofres deliciosos.

Termina la oración. ¿Hacía? ¿Pasado?

—¿Estás casado? —me regaño mentalmente al decirlo sin pensar. Siento que mi cara hierve de la vergüenza. —Disculpa... no era mi intención...—intento formar una disculpa, pero no ayuda cuándo él niega divertido.

—No te preocupes, no es molestia para mí contestar a tu pregunta—baja la mirada y suelta un sincero suspiro—Soy divorciado.

—¿Desde hace mucho tiempo? —¡Y ahí vasssss de nuevo Mila! ¡Debe de ser los malditos calmantes que me hacen preguntar como una adolescente curiosa!

—Aproximadamente hace dos años—sus ojos se posan en los míos cuidadosamente. Es extraño en su mirada, puedo ver dolor y nostalgia.

—Lo siento—es lo primero que se me ha venido a la mente. Y lo acompaño de una mueca, lo cual no debe de haber salido bien ya que él arruga el entrecejo.

—Lo siento más yo—¿Qué ha sido eso? —¿Crees en lo de las almas gemelas? ¿Amor a primera vista?

Ahora es mi turno arrugar mi frente a sus preguntas. ¿Amor a primera vista? ¿Almas gemelas? Y después de repetirme eso dentro de mi cabeza, un golpe de desolación llega a mi pecho, sube por mi garganta y es extraño. Mi mano se va a mi cuello con la mano temblorosa. Desde el accidente he sentido ese golpe de dolor de vez en cuando, lo pienso detenidamente ¿Alguna vez amé? ¿Acaso había alguien antes del accidente y no puedo recordarlo? Es como si...hubiera amado con el alma y me fuese sido apartado de mi lado, el solo pensarlo de nuevo, algo se queda en mi pecho como oprimiendo y evitando que respire. Nunca había podido descifrar eso, mucho menos decirlo a mi doctor, podría ser qué estuviera volviéndome loca o era las consecuencias del accidente.

—No puedo responder a algo que no tengo respuesta—bajo la mirada a mis manos que están sobre mi regazo y la sábana—Yo...—levanto la mirada y lo observo. Irradia algo que no puedo describir— ...no sé lo que es un amor a primera vista, o el significado de las almas gemelas. Nunca he tenido...—me detengo, ¿Nunca? ¿O no lo recuerdas, Mila? —... a veces pienso que en algún lugar del camino de mi vida he amado hasta los huesos. —mi mirada vaga en algún punto de la habitación—Recuerdos vagos van y vienen, no sé si son parte de una realidad no contada o son pedazos de algún sueño fantasioso, pero en uno de ellos, amé...quizás aún amo, pero no sé a quién. —me reencuentro con él para mirar su reacción a mis palabras, pero es rápido al levantarse y darme por un momento la espalda.

—¿Dices que son recuerdos? —se vuelve hacia mí.

—Bueno, es una historia algo larga y no quiero...—la puerta se abre de golpe, dos hombres de traje oscuro entran y detrás de ellos la doctora. Él hombre de traje sale.

—Mila, son los abogados que acaba de enviar tu padre, he querido hacer de todo para detenerlos, pero ellos...

Levanto la mano para que no siga y le doy las gracias con la mirada. Uno de los hombres pide hablar con el hombre que estaba conmigo, no sé ni su nombre. Intento preguntar, pero uno de los abogados se pone frente a mí.

—¿Se encuentra usted bien, señorita Davis? Su padre ha...—lo detengo bruscamente.

—¡No me importa lo que diga mi padre u ordene! ¿Crees que me va a importar lo que usted va a decirme? Dígame que cuándo me recupere iré a verlo y que por lo tanto quiero, no quiero ¡Exijo! que se retire junto con el grupo de seguridad que no dudo traiga con usted. ¡Salga de mi

habitación! ¡Salga ahora!

No entiendo la ira que hace ebullición dentro de mí, sale el abogado e intento controlarme, cierro los ojos y hago ejercicios de respiración. La puerta se abre y estoy a punto de gritar, pero es la doctora. Puedo ver preocupación en su mirada.

—¿Estás bien? —Asiento, pero el pitido de la maquina le dice la verdad. —Tu presión se ha elevado...tienes que calmarte.

—¿Conoces al hombre que entró a mi habitación antes que los abogados? —ella finge no haberme escuchado y se concentra en la máquina que no deja de pitar. —¿Sabe el nombre?

—No, no sé quién es...—titubea y eso me hace desconfiar.

—Entonces yo misma lo voy a averiguar—me levanto de la cama mientras ella dice que me controle y no sé qué más, abro la puerta y un flash de recuerdo llega de golpe a mí tomándome de sorpresa justo cuando mi mano se posa en el marco, un piquete de dolor en el centro de mi cabeza. Jadeo. Son imágenes borrosas, intento concentrarme solo miro unos labios, sonrío, luego habla: —Mila, estoy aquí...

—¡Tienes que hacer caso! ¡Enfermera! —las voces a mi alrededor se escuchan con más fuerza, finalmente salgo de la habitación y abro los ojos, miro como los dos abogados acompañan a un policía mientras esposan al hombre que estuvo conmigo antes que ellos. La doctora sale y se pone frente a mí para intentar meterme de nuevo a la habitación, pero su mirada sigue la mía. Puedo ver pánico.

—¿Maximiliano? ¿Qué es lo que están haciendo? ¿Por qué lo están esposando? —la miro y veo que realmente si lo conoce. "Maximiliano" es su nombre y se acerca casi corriendo a su lado. Maximiliano se gira hacia nosotros y alcanza a mirarme por encima de su hombro.

No, no. Esto está mal, algo me dice que está mal. Siento de nuevo esa opresión en mi pecho, mi mano se va a ese lugar donde me duele. Trago saliva, una enfermera intenta meterme de nuevo a la habitación, pero estoy intentando escaparme, me suelto de su agarre sorpresivo y llego hasta ellos.

—¡Exijo que lo suelten! —El policía se incorpora cuando termina de esposar a Maximiliano y los abogados muestran un gesto de sorpresa, la doctora les sigue. —Quiero saber por qué lo están arrestando. ¡Exijo que lo diga! —lanzo una mirada de ira a los abogados que intentan fingir que no saben.

—Señorita Davis...—levanto la mano para que calle uno de ellos.

—¿Es obra de mi padre? —ellos palidecen. Miro hacia el policía quien no dice nada. —¿Es obra del señor Raymond Davis? —el policía mira a los abogados como si pidiera permiso para hablar.

—Si señora—me mira y habla—Tiene una orden de arresto por infringir una cláusula...—Los abogados gritan para que no siga.

Los miro con confusión. ¿Una cláusula? ¿Este hombre? ¿Conoce a mi padre? ¿Qué mierdas es lo que está pasando aquí? Todas esas preguntas me atacan provocando un dolor más fuerte de cabeza. Cierro los ojos y me toco la cabeza.

—Tienes que...—me giro a ver a la doctora y le lanzo una mirada desafiante. Estoy en medio del pasillo, con un grupo de gente como espectadores, Maximiliano esposado lo cual no entiendo que cláusula acaba de infringir, de su lado hay más personal de seguridad, la doctora y yo en bata y descalza con un dolor de cabeza horrible.

—Deme el documento que dice usted que está infringiendo el señor...—miro en dirección a Maximiliano, necesito saber sus datos que si no salgo librada de este asunto voy a ponerme a

investigar qué relación tiene con mi padre.

—Rogers. Maximiliano Rogers. —dice en un tono frío lanzando una mirada a los abogados.

—Quiero ver el documento—los abogados titubean y se miran entre ellos. — ¿No hay documento? —pregunto a los abogados, ellos dudan y eso me hace desconfiar dos veces más. —Si no hay documento que pruebe que el señor Maximiliano Rogers está violando la tal cláusula no tienen por qué arrestarlo, ¿Verdad, señor policía? —Todos me miran con sorpresa. —¿Qué espera? suéltelo.

El policía mira a los abogados y estos asienten nerviosos.

—Ahora, salgan de mi hospital—ordena la doctora. Varios minutos después estoy entrando a mi cama de nuevo, la presión se me ha subido y la doctora me exige que haga caso a sus órdenes.

—¿Puedes decirle a ...Maximiliano si puede entrar? —Ella abre los ojos de sorpresa y no sabe que decir por un momento.

—T-tienes la presión alta, necesito...—la interrumpo.

—Necesito hablar con él.

Ella dudosa asiente, sale de la habitación y yo espero mientras miro el techo de la habitación, hay tantas cosas que voy a investigar. El restaurante en mejores manos no pudo haber quedado mientras estoy aquí metida. Hay algo que no estoy viendo... algo se me está escapando y tengo que ser más atenta. Todas las imágenes pasadas las empiezo a armar como un rompecabezas dentro de mi cabeza hasta que llego a algo que podría ser real ¿Será eso lo que no estoy viendo?

La puerta se abre, Maximiliano entra dudoso y se mira lo pálido. Me mira en silencio.

—Toma asiento—le hago señas el sillón que está en frente a mi cama. Él sin titubear se acerca y toma lugar. Juega con sus manos nerviosamente. —¿Por qué no te has defendido cuándo te estaban esposando? No hablaste, no te defendiste. Parece ser que tenías claro que irías a la cárcel.

Él me mira, pero su mirada se vuelve gélida y distante.

—Creo que me arriesgo demasiado y sé las consecuencias—se levanta de su lugar y pone ambas manos en el mueble de la cama que se encuentra a mis pies.

—Sólo quiero que me contestes algo y aunque no soy nadie para ti o tú para mí, es raro pedir sinceridad al no conocernos, pero solo quiero que por una vez alguien me diga la verdad. —la voz se me corta al decir eso último. Arrugo mi entrecejo y lo miro detenidamente. —¿Serás sincero?

—Si.

—¿Fuiste alguien importante en mi vida y no lo recuerdo? —sus ojos se abren como dos platos, sus labios se entreabren para tomar aire. Traga saliva, pero su mirada gris no me deja. — ¿La cláusula que has violado es algo que mi padre te ha obligado a cumplir para alejarte de mí? ¿Acaso...soy yo esa ex esposa? —las lágrimas comienzan a caer por mis mejillas—Por qué si me dices que es eso, muchas cosas encajarían a la perfección, tu voz, tu boca...—el sollozo no me deja seguir, intento reponerme—...esos sueños que constantemente tengo contigo...el dolor de ausencia que golpea mi corazón... —cierro los ojos y me limpio las lágrimas, los abro y él se ha vuelto más tenso—Todo eso encajaría y podría salvarme de no estar loca, que esos sueños son reales, que es mi vida antes de ese accidente hace dos años atrás. Así que volveré hacerte de nuevo una pregunta: ¿Eres esa persona importante en mi vida que no recuerdo?

Capítulo 11. Negación

Maximiliano

—No.

Es lo único que pronuncia mi boca. Decir esta palabra es lo más doloroso que he dicho en mi vida casi igual cuándo su padre me obligó a firmar los papeles del divorcio mientras estaba postrado en una maldita cama de hospital. Ella había muerto por unos minutos, todo por mi culpa.

Ella abre los ojos aún más por mi negativa. ¿Cómo decirle que soy yo el hombre de sus sueños? Las lágrimas se deslizan por sus mejillas sonrojadas, se lleva la mano a su boca para callar su sollozo, se limpia las lágrimas y puedo ver un gesto de determinación. Es la Mila de la que me he enamorado. Levanta su barbilla y me enfrenta desde su lugar, puede provocar un poco de intimidación, pero ¿A mí? no. Lo ha aprendido de mí. No quieras enseñar al maestro, nena. Me reincorporo y me cruzo de brazos. Tengo que ver claramente las consecuencias de ello, si ella se entera de la verdad, su padre es tan maldito que puede llevársela lejos de mí, es preferible verla de lejos y que su vida corra normal.

—Gracias, pero no te creo—ahora es mi turno de sorprenderme.

—Es tu problema. ¿Es todo? Tengo que regresar al trabajo—intento sonar lo más duro mientras aparento mirar el reloj de mi muñeca, necesito sacar de su mente esa media verdad, o no nos volveremos a ver.

—Sé qué eres el hombre de mis sueños, ¿Por qué intentas ocultarlo? —el dolor que carga sus palabras es como la sal en una herida.

—No intento ocult...—su grito de frustración detiene mi oración.

—¡Para! ¡Sé qué eres alguien en mi vida! ¡Déjalo! ¿O es que realmente nunca fui importante como para poder acercarte y decirme la verdad? ¿Acaso te faltan pantalones? —escupe furiosa, el pitido de la maquina obtiene mi atención y después miro a Mila que comienza a respirar aceleradamente y se cubre el rostro inmediato. Eso me da pánico. Yo mismo la estoy hundiendo en la oscuridad cuándo hace unas horas lo único que quería era decirle todo, si solo Raymond no hubiese llegado...

—La que tiene que parar con esto eres tú, no soy nadie. Solo...—se retira las manos de su rostro el pitido no deja de sonar—Llamaré a una enfermera

Estoy a punto de irme, pero ella me detiene.

—¡No te atrevas a salir de esta habitación! —me detengo con la mano en el picaporte. Cierro los ojos, el nudo crece poco a poco amenazando con sabotear todo. —Si sales de la habitación, te juro por Dios que...—abro los ojos al escuchar un jadeo de dolor, me vuelvo hacia ella y comienza a convulsionar, grito, grito con todas mis fuerzas, la puerta se abre de golpe y un pelotón de enfermeras y mi hermana entran.

Me hacen salir de la habitación, mi corazón se agita por el temor de que le pase algo. ¿Y si te arriesgas Rogers? Si me arriesgo, el padre se encargaría de llevarla lejos de mí, todo lo que he tenido hasta hoy desde mis sombras se esfumaría. Comienzo por caminar de un lado a otro con el dolor de mi rodilla. Tenía que haber ido al doctor. Tengo que operarme si realmente quiero quedar bien.

Minutos después mi hermana sale junto con los enfermeros de la habitación. Su mirada es de furia. Toma mi brazo y me aleja de la habitación.

—¡Espera, espera! ¡Dime que está bien! —nos detenemos, se aprieta el puente de la nariz y

luego sus ojos grises se clavan en los míos.

—Está bien. Tiene los dolores del accidente, pero lo que más me preocupa que su presión ha subido mucho, ella no necesita esta mierda, Maximiliano. Ella necesita estar tranquila, mi diagnóstico más rápido que puedo dar, el estrés le está ocasionando los dolores de cabeza, ansiedad y créeme que el que tú estés aquí no le está ayudando. ¿Por qué simplemente no te alejas? ¿Viste lo que hizo su padre en minutos? ¿Quieres estar en la cárcel y perderla?

—Créeme que yo no quiero perderla. La amo con toda el alma, pero es algo que no puedo controlar, Ellen.

—Ella sospecha algo—me tenso—...no te emociones. Puede que esté recordando algo... ella antes me ha preguntado si nos conocíamos, entonces pensé que podría...—la atrapo efusivamente de ambos brazos.

—¿Eso quiere decir qué...? —espero su respuesta.

—*No te emociones* dije. Puede que con el tiempo ella esté recuperando pedazos de recuerdos. Ella repetía que eres el hombre de sus sueños. ¿De qué habla?

Sonrío por un momento.

—Ella me recuerda en sueños, intenté negarme en aceptar que yo soy, pero por el temor que Raymond se entere y la aleje de mi ahora sí. No sé qué hacer...—hice un gesto de dolor al sentir una punzaba fuerte.

Ella baja la mirada a mi rodilla.

—Tienes que operarte esa rodilla, Maximiliano—Afirmo en que tengo que hacerlo. No puedo seguir así. El dolor aumenta cada día. El bastón no es mi mejor amigo.

—Hoy iba a consulta cuándo pasó lo de Mila, quiero estar seguro de que ella estará bien.

—Sí, ella ahorita debe de estar tranquila, si quieres reponerte del todo y luchar bien como se debe, tienes que arreglar esa rodilla. Cuando ella recuerde, quiero estar ahí cuándo te dé una sarta de golpes por no operarte cuándo debías...

Sonrío

—¿Piensas qué...? —no termino la pregunta.

—¿La verdad?

—Sí, siempre.

—Solo es cuestión de tiempo para que ella recuerde todo... y cuándo lo haga, espero que su padre tenga la fuerza para soportar el tornado que arrasará ella misma. Ella no se quedará con los brazos cruzados al saber todas las mentiras que ha pasado, lo del divorcio, lo que me hizo hacer para separarlos, el tiempo que el padre la ha mantenido en la oscuridad, negando a ayudarle a recordar... todo eso se volverá en contra de él y tú tienes que estar preparado.

—¿Qué tengo que hacer? ¡Estoy tan frustrado! ¡Tan cansado de esperar! —pregunto cubriendo mi rostro y masajeando la tensión que se ha instalado en él.

—Tienes que ser paciente, opérate y cuándo sea el momento, que te encuentre fuerte, dispuesto a luchar por ambos y piensa bien, que, si vas por todo, piensa bien las consecuencias.

Capítulo 12. Una visita

Mila

— ¿Cómo te sientes? —la doctora me pregunta mientras escribe algo en su tableta y mira mis signos vitales en la máquina. Intento no mostrar mi frustración.

—Bien, gracias. ¿Cuándo podría irme de aquí? tengo un negocio que...—la puerta se abre e interrumpe mis siguientes palabras.

Palidezco: Mi madre.

— ¿Cuándo ibas avisarme que estabas internada? ¡No juegues con mi corazón, Mila! —mi madre ignora a la doctora y la esquiva para llegar a mi lado. Sus ojos están cristalinos.

—Estoy bien, es solo un poco de estrés—intento que no se preocupe, pero es una madre.

—No me mientas—me revisa el rostro en espera de algo más.

—Puedes preguntarle a doctora, ¿Verdad, doctora? —ella se instala a los pies de mi cama, y mira a mi madre.

—Está bajo mucho estrés, eso empeora los dolores de cabeza, necesito que la paciente esté en un ambiente tranquilo si no, todo puede empeorar. —eso último lo dice en mi dirección. Tuerzo los labios. Tengo un negocio que cuidar, si no, todo puede irse a la borda.

—Sí, está bien. Ella es adicta al trabajo, desde el accidente...—se detiene en seco cuándo mira en dirección a la doctora. — ¿Tú...? —La doctora levanta la barbilla y asiente en silencio.

¿Se conocen?

— ¿Qué pasa? ¿Se conocen? —mi madre se vuelve a mí bruscamente y puedo ver que ha perdido el color en su rostro. Y niega repetidamente mientras intenta acariciar lentamente mi cabello.

—No. Pero voy a hablar con tu padre para que te mude de hospital, no puedes seguir viniendo aquí...—susurra para las dos.

— ¿Por qué? Me han atendido muy bien, además sé lo de la vigilancia de mi padre, ¿Lo sabías? —mi madre no dice nada, eso quiere decir que piensa igual que mi padre.

—Mila, es todo por tu bien—el chasquido de lengua de la doctora nos hace girarnos a ella.

—Lo siento, Mila hoy me toca guardia, pasaré a revisarte y si mejora, podrás irte el día de mañana. Con permiso—cuando tiene la mano en el picaporte se detiene y se gira a mi madre. — Señora, sería bueno que no altere a su hija, los dolores de cabeza están aumentado junto con su presión. Buenas tardes—y sale de la habitación. Ahora si podré interrogarla.

—Madre, tú la conoces—mi madre se sienta en el sillón que está a mi lado y niega repetidamente de nuevo.

—No.

—No soy una niña, sé cuándo mientes. Además, todo está muy raro, y voy a llegar al fondo de ello, y sí sé que has estado evitando u ocultando algo, créeme, cortaré de tajo nuestra relación.

Mi madre se levanta y abre los ojos como platos. Sé que le ha dolido mi amenaza, pero de algún modo tengo que hacer que hable o me de la pista de algo, lo que tengo claro es que todooooo mundo me oculta algo, sé que hay algo detrás de todo esto y no voy a descansar hasta llegar a eso.

— ¡No te atrevas a amenazarme, Mila! —mi madre se pone a la defensiva.

—No es amenaza, es una advertencia. Sé que hay algo detrás del accidente de hace dos años, sé por qué he empezado a descubrir varios recuerdos, personas que podría haber conocido años atrás, pero nadie se atreve a decir nada.

—Pero eso no quiere decir absolutamente nada—se apresura a decir nerviosa.

—Han estado los abogados de mi padre intentando llevarse a Maximiliano Rogers a la cárcel, ¿Podrías decirme qué tienen en contra de ese hombre? —su color se vuelve a ir en todo su rostro, su mano busca rápido el sillón, eso me asusta. — ¿Qué tienes? ¿Estás bien?

— ¿A Maximiliano? — ¡Bingo! ¡Ella sabe quién es!

—Sí, hemos hablado—ella intenta no hiperventilar y agita su mano para darse aire.

— ¿Han...Han...hablado? ¿Qué te ha dicho? ¿Qué te ha metido en tu cabeza? —ahora yo soy la sorprendida.

—Con qué lo conoces. Y no es pregunta, me estás confirmando. ¿Quién es Maximiliano Rogers en mi vida?

Ella jadea de terror y se cubre la boca con ambas manos.

— ¡No es nadie! —la voz de mi padre inunda la habitación. Nos giramos a mirarlo. Luce su traje impecable en color gris casi negro, su corbata color azul cielo resalta el color de sus ojos, cierra la puerta detrás de él.

—Pues yo no creo eso. Ya qué están aquí ambos, me darán las respuestas que necesito—me reincorporo poco a poco y dejo caer mis manos en mi regazo sobre la sábana que me cubre. Los dos se tensan y se lanzan miradas cómplices.

—Yo te diré quién es ese tipejo—se queda de pie frente a la cama. —Es un hombre que te envolvió en mentiras, te maltrató psicológicamente al grado de alejarte de tu familia. Nadie aprobaba que estuvieran juntos, siempre llorabas, a veces llegabas golpeada a nuestra casa...

—Raymond—mi madre le llama en un tono de advertencia, mi padre levanta la mano para que no lo interrumpa.

—Incluso él te secuestró, te llevó a no sé dónde y no supimos de ti casi por un mes, ¡Un mes! ¿Cómo crees que estuvimos tu madre y yo? después cuando descubrimos que te tenía encerrada el intentó huir contigo una noche, y es cuándo pasó el accidente. Lo obligue alejarse de ti, hasta hacerle firmar un acuerdo de que tiene prohibido acercarse a ti, después del accidente perdiste parte de tu memoria, así que lo dejamos ahí, no queríamos que recordarás ese pedazo de tu vida.

Estoy atónita con todo lo que ha dicho. Puedo ver su cuerpo tenso, igual que el de mi madre. Entrecierro los ojos. Algo en mí grita "No creas" y las preguntas saltan de repente.

— ¿Y por qué después de dos años me lo dices? ¿Por qué no hablar del principio? —él duda un momento y eso es mucho para mí. —Si es el caso, ¿Por qué no lo metiste a la cárcel? ¿Después del...—Pongo comillas en el aire—...haberme hecho taaaanto mal, ¿Solo lo hiciste firmar un papel? —agito la mano a la salida—Y mira lo que hace tu papel...Por algo no creo del todo lo que me has dicho...

—Mila...—levanto la mano para que no siga.

—Primero está mi salud, no puedo discutir con ambos, después que pueda estabilizarme, hablaremos, pero por el momento quiero estar sola.

Me empiezo a recostar y pongo mi brazo en mis ojos. El dolor ha empezado a salir a la superficie, el nudo en el centro de mi estómago es grande. Algo, algo están ocultando. Lo siento, esa vocecilla dentro de mi cabeza me grita.

—Está bien, te dejaremos que descanses, dejaré a Peter para...—retiro mi brazo para verlos y advertir.

—Nada de vigilancia, ni de guardaespaldas vestidos de civiles, creo que ya estoy demasiado grande para cuidarme sola, y a sola me refiero...a sola.

Les lanzo una mirada de seguridad y de que tienen que entender que lo que digo es serio, mi

padre asiente con una mirada fría y mi madre le toma del brazo para hacerlo salir de la habitación.

—Descansa hija—no contesto, me vuelvo a recostar y cierro los ojos. La puerta se cierra y es cuando las lágrimas caen. Un sollozo sale de mi boca y lo cubro con mi dorso.

—Tengo que llegar a la verdad...

Capítulo 13. Una decisión

Maximiliano

— ¿Entonces estás decidido? —El doctor me mira detenidamente. Asiento mientras acaricio con cuidado mi rodilla.

—Estoy decidido, quiero la operación cuánto antes—el doctor se deja caer en el respaldo de su silla.

—Bien, hoy puedo internarte a las ocho, prepararte y a primera hora de mañana...estarás entrando al quirófano. Tengo los estudios suficientes para poder arreglar esa rodilla, es un poco tedioso el procedimiento, pero es el mejor. La operación dura alrededor de 12 horas, así que prepara todo en tu empresa...estarás aproximadamente hasta el próximo viernes aquí.

El temor empieza a crecer poco a poco, pensé que diría que dentro de una semana o más.

— ¿Tanto tiempo? —él asiente decidido.

—Después de la operación debes de estar en total reposo, ¿Tú estarte quieto después? No lo creo, te conozco Maximiliano Rogers, te quedarás hasta el próximo viernes, yo mismo voy a monitorear tu rodilla y a asegurarme que no echas a perder mi operación exitosa.

— ¿Entonces es posible que quede bien? —el doctor asiente.

—Si hubieras venido conmigo desde la primera vez, créeme, hubiera quedado bien, pero eres demasiado impulsivo, no pudiste esperarme de mi convención en Europa, sé que el momento te hizo actuar de esa manera y lo entiendo, pero mira las consecuencias.

Recuerdo la noche del accidente.

—Está bien. Voy a arreglar todo lo que tengo pendiente y regreso. Gracias...—me despido de mi amigo, y salgo del consultorio. Camino con ayuda de mi bastón por el largo pasillo del hospital, Marco me abre la puerta del auto y me ayuda con el bastón. Al entrar al auto Marco y dirigirse a casa, lo miro por el retrovisor algo ansioso.

—Señor Rogers...—asiento lentamente mientras toco la rodilla inconscientemente.

—Di lo que tengas que decir, Marco—el asiente más tranquilo.

—La señorita Davis le han dado de alta del hospital de su hermana, ha retomado esta mañana las actividades en el restaurante.

—Está bien, gracias. He leído algo en el reporte de ella, ¿No regresaron sus padres al hospital?

Marco niega.

—Ellos no han regresado, no han ido al restaurante ni al departamento de la señorita Davis, creo que debió pintar la raya con sus padres, y puede que ellos le estén dando tiempo—dice en un tono vago lo último.

— ¿Tiene aún la vigilancia? —pregunto curioso.

—La redujeron de diez personas a dos, pero lucen realmente como civiles, y están solo en un auto.

— ¿Sigue Peter vigilándola? —Me encuentro con la mirada de Marco en el retrovisor y asiente con una sonrisa. —Eso quiere decir que se ha vuelto de confianza. Me gusta, me gusta. Estaremos más informados.

—Si.

Seguimos el camino a casa en total silencio, había revisado los reportes, las fotos de mi Mila saliendo del hospital, su amiga Katherine apoyándola.

Estoy caminando directo a la habitación, pero me detengo con la mano en el picaporte. Dejo mi cabeza caer en la puerta, doy uno y dos toques con mi frente. Cierro los ojos por unos breves momentos, luego regreso la mirada a la puerta que está al lado de la habitación. El solo recordar esa habitación el corazón se me encoje del dolor. Las lágrimas comienzan a caer por mis mejillas, las limpio después con el dorso de la mano. Estoy a punto de entrar a esa habitación, pero la voz del ama de llaves me hace detenerme.

—Señor Rogers, le he armado la maleta que necesita llevar al hospital.

—Gracias. Voy a dormir un rato... sí es importante pásalo a Marco y que él decida si es importante o no para despertarme.

—Si señor Rogers—y desaparece a mi espalda. Cierro los ojos y decido no ir a esa habitación. No puedo seguir martirizándome con ello. Puede que sea tiempo de cerrar todo esto, vender la casa e irme lejos. Vender la empresa a mi padre y a mi hermano y finalmente descansar de tanto caos en mi vida. Puede que jamás recuerde Mila, puede que solo me recuerde en sus sueños, qué ese sea mi karma por hacer las cosas mal con ella. Quizás no debí cruzarme en su camino...

—Basta, Rogers, no te rindas, digo incoherencias. Debo seguir luchando por ella...

Entro finalmente a mi habitación y me doy una ducha. Al salir me recuesto en la cama y cierro los ojos, me dejo abrazar por el cansancio en espera que me haga soñar de nuevo con dos años atrás, dónde la felicidad era a lado de mi dulce Mila.

"—No puedes seguir comprando nieve de chocolate—Mila me advierte, se cruza de brazos y levanta su barbilla en señal de que estoy perdido.

—Sabes que desde que te conocí... el helado de chocolate me trae buenos recuerdos. ¡Nos divertíamos con eso! ¿A poco te has cansado? —ella suaviza su rostro y niega al mismo tiempo que atrapa su labio inferior.

—Pero no es saludable tanto dulce, tenemos que equilibrarnos, no podemos...—ella detiene sus palabras. —Sabes que debemos comer saludablemente.

—¿Y qué tiene la nieve? No la comemos todos los días—ella arruga su nariz.

—No me gusta ya, no sé...—levanta sus hombros y los baja.

—Entonces busquemos otro sabor—arrugo mi entrecejo, intrigado. —¿Desde cuándo no te gusta? Hace dos semanas compraste dos botes. Ella se pone nerviosa y eso no me gusta, palmeo a un lado de mis piernas. Ella se sienta y se mira las manos sobre su regazo.

—Es qué no se me antoja.

Mila levanta la mirada y puedo ver un brillo en sus ojos azules, ladeo el rostro intentando descifrar qué es lo que tiene.

—Entonces tu elige el sabor que quieras—susurro cuándo dejo a un lado el libro de economía que estaba leyendo, bajo el tirante de su bata de seda y comienzo a besar su hombro desnudo.

—Maximiliano tenemos que hablar—susurra mientras tiembla con mis caricias.

—¿Podemos hablar después de la cena benéfica con el alcalde? Ah, ¿Cuándo sabré que es lo que ocultas en la habitación de enseguida? Me tiene intrigado... —ella ladea el cuello para darme entrada.

—Hasta que hablemos, es...importante—asiento lentamente, la tomo entre mis brazos y la beso apasionadamente. Después de hacer el amor, nos arreglamos para ir a la cena con el alcalde de la ciudad.

El lugar está lleno de gente importante, Mila usa un vestido de encaje en color vino, resaltando su piel pálida. El cabello cae en ondas perfectas den un lado y el resto por la espalda. Ella sonrío

amable, ella es lo único interesante de la velada, agarro su mano y acaricio los anillos de boda, luego levanto la mano y los besos. Ella se sonroja y deja un beso en mi mejilla.

—No puedo evitar mirar que el hijo del alcalde no deja de mirarte—susurro cerca de su oído, el tono que he usado es de frustración. Ella posa su mano en mi pecho.

—Calma, es un chiquillo, además estamos casados. Todo mundo sabe que soy tuya, Maximiliano Rogers—ella se separa de mí y me guiña el ojo divertida.

—Cómo quisiera partirle la cara de niño...—murmuro para mí, pero ella me ha escuchado.

—No empieces...—pero no puedo evitar lanzar una mirada de advertencia al chico alto metido en un traje elegante. Él baila con alguien, pero con la mirada busca lo que es mío. Atrapo de la cintura a Mila y la pongo casi detrás de mí. — ¿Maximiliano? —pregunta confundida al ver que la he escondido de los ojos de este chico.

—Lo siento, ¿No quieres irte ya? —ella arruga su entrecejo.

—No, aún tienes que esperar el discurso del alcalde.

—No me importa el discurso, ¿No querías hablar de algo importante? —ella asiente nerviosa — ¿Entonces? Vámonos.

—Buenas noches señores Rogers—me giro y puedo ver el hijo del alcalde de la mano de su acompañante.

—Buenas noches—decimos al mismo tiempo Mila y yo.

— ¿Me permite un baile con su hermosa esposa, señor Rogers? —niego.

—No. No presto a MI ESPOSA—remarco las palabras mientras lo escudriño con mi mirada.

—Maximiliano—advierde Mila tomando mi brazo. —Claro, una pieza no pasa nada, ¿Verdad, Maximiliano? — al ver que no digo nada, toma la mano que extiende el hijo del alcalde y van al centro de la pista, él la rodea y la atrae a su cuerpo. Me tensó. Estoy cabreado. Estoy furioso. Él la mira de un modo extraño, puede ser que la mire como la miro yo. Eso prende la mecha. Ellos hablan y hablan y no lo soporto más. Esquivo a la compañera que ha dejado antes de ir a bailar con mi esposa. Esquivo a las parejas que bailan y llego a ellos.

—Nos disculpas con tu padre, tenemos que irnos—atrapo del codo a Mila y salimos de la pista, nos entregan nuestros abrigos y salimos del edificio, tomo del codo de nuevo a Mila y bajamos las escaleras, la noche es fría y va a empezar a llover.

El hombre del valet parquin trae mi auto.

—Espera. ¿Qué te pasa? —pregunta Mila.

Ignoro su pregunta, cierro la puerta, rodeo hasta llegar a mi lugar. Enciendo el auto y arranco a toda velocidad provocando que ella se pegue al respaldo de su asiento.

Después de varios minutos de silencio ella habla. —Voy a volver a preguntar, Maximiliano. ¿Qué es lo que pasa? —me giro un poco para mirarla al mismo tiempo que se detuvo en el semáforo en rojo.

—¿Fue muy agradable la conversación con el hijo del alcalde? —Mila entiende el porqué de mi actitud. Celos, muchos celos de parte de mí. Llevaba días con esa actitud y no entendía el por qué.

—¿Hablas en serio, Maximiliano? —pregunta irónica, pero el semáforo cambia a verde y aprovecho para acelerar y evitar responder. Mila pone los ojos en blanco y se dedica a mirar por la ventana, perdida en sus pensamientos. Al ver que Mila se queda callada y pensativa, me doy cuenta de mi actitud de macho alfa. «No otra vez, malditos celos» aprieto con mis manos el volante y acelero perdiéndonos entre el tráfico.

Mila se gira hacia mí. Ella intenta animar la situación.

—Sabes que te amo, ¿Verdad? —El escuchar esa pregunta me tranquiliza.

Después de unos segundos de silencio, accedo hacer las paces.

—Si. ¿Lo sabes tú? —me giro un poco mi mirarla y ver su rostro. Ella asiente, levanta su mano, deja un beso tronado en su palma y lo avienta en mi dirección y eso provoca que sonriera, levantara mi mano para atraparlo y le regreso ese guiño de ojo coquetamente.

Así de simple la tensión se esfumó en segundos. Tomo la interestatal para llegar a las afueras de la ciudad. Agarro la mano de Mila y dejo un beso en su mano.

—¿Qué es lo que ibas a contarme al finalizar la cena de beneficencia, nena?

Mila sonrío felizmente, era el momento de hablar ya tranquilos. Y en el momento de levantar su rostro y mirar hacia mí, sus ojos se abren y grita, un auto golpea de mi lado provocando girar sobre el aire y caer al lago. Los gritos de Mila no los escucho más.

El agua es fría, la noche silenciosa, después a lo lejos se escucha las patrullas, gritos de la gente del exterior y ambulancias.

Abro los ojos y de inmediato busco a Mila, el agua está entrando por sus pies, ella está contra la ventanilla, su cabello rubio cubre su rostro.

—¡MILAAA! ¡MILAA! ¡NENA, MILA! ¡DESPIERTA! —con dificultad intento quitar el cinturón de seguridad de ella, pero sigue inconsciente, el agua sube a gran velocidad, el auto se sigue deslizando más allá.

Una mano y después dos más, toman a Mila y con dificultad la sacan del auto, yo estoy atascado, el agua llega a mi cuello, la desesperación aumenta junto con el pánico. Cierro los ojos rogando a Dios que ella esté bien. El otro hombre intenta desatascar el cinturón, pero parecía imposible, ya que mi pierna está aprisionada. La respiración la contengo cuando el agua llena el espacio, intento ayudar al hombre que pelea con el cinturón, pero lo detengo.

El hombre se aferra a salvarme la vida, pero acepto que muriera ahí, dentro del auto, ahogado, pero sabiendo que Mila pudo salir. Dejo de luchar al ver que mis posibilidades eran nulas, me maldije al pensar que debí de tener más tiempo para disfrutar la vida con mi Mila, mi alma gemela, mi todo."

Despierto intentando respirar, agito las manos en el aire lleno de pánico, el corazón late frenéticamente y el sudor me cubre cada centímetro de mi cuerpo. Intento tomar aire bruscamente, pero entiendo que ha sido una pesadilla, no una cualquiera... una dónde el Maximiliano Rogers anterior a éste actual...muere.

—Mila... Mila... tengo que recuperarte...

Capítulo 14. Un lugar especial

Maximiliano

Me siento en la orilla de la cama intentando tranquilizarme, mi rodilla duele, sí que duele, mi mano acaricia lentamente, cierro los ojos e intento concentrarme.

—Tranquilo Rogers. No todo está perdido...—suelto un suspiro.

Me levanto con cuidado y camino por la habitación, finalmente dejo mi mano en el picaporte de la puerta para salir, lo hago, pero al cerrar la puerta detrás de mí, me detengo. Dejo caer la espalda contra la puerta y luego cierro los ojos.

—Vamos. Tu puedes...—intento armarme de valor, abro los ojos y giro mi rostro hacia la habitación que está a lado. Camino con cuidado de no forzar mucho la rodilla. Me detengo cuando estoy de pie frente a esa puerta, dejo caer mi frente en la madera de roble oscuro. Cierro los ojos e intento controlar la respiración, mis lágrimas comienzan a caer por mis mejillas para luego a medio camino caer a mis pies descalzos.

El dolor regresa con fuerza. Intento dejar que fluya para ver si así puedo tener un poco de paz, pero sé con seguridad que no podrá ser así.

Giro el picaporte de la puerta y la empujo lentamente, sin abrir los ojos, aspiro el olor de la habitación, al abrirlos, solo muestra oscuridad, mi mano temblorosa sigue empujando poco a poco la puerta, al abrirla por completo, me quedo de pie, como en tres ocasiones pasadas y únicas. Solo tres veces había abierto esta puerta después del accidente hace dos años. Con cuidado muevo mi pierna para alentarme a caminar al interior, el olor se impregna en mis fosas nasales, mi mano acaricia el mueble que está a mi lado, luego levanto la mano en busca de la lámpara que está encima del mismo, tiro con cuidado la cadena y luego el solo escuchar el clic, una luz tenue alumbra la habitación.

La cuna de madera está en el centro de la habitación, la alfombra color crema adorna todo el piso, en los rincones hay muñecos, luego un librero con cuentos infantiles, un mueble para cambiar pañales, del otro lado, una cama pequeña en forma de sillón, juguetes en el piso, acomodados por altura.

Llego a ese lugar y con cuidado me siento, alcanzo la frazada con dibujos de animalitos de colores, me recuesto. Tengo frente a mí la fotografía de Mila y yo abrazados en el catamarán, ese día habíamos visto el atardecer, ella sonríe y yo la observo todo enamorado. Luego enseguida de esa foto...

—Nuestro bebé. —es una ecografía de dos meses. Mila la había puesto sobre el mueble, había preparado todo esto para darme la sorpresa de que seríamos padres después de llegar de la cena con el alcalde, esa misma noche del accidente.

Pero no pasó. Esta habitación ha permanecido así, no me atrevía a sacar nada, el recuerdo me duele, pero es una parte de nuestras vidas que no debería ni quería borrar.

Después de unos momentos, el dolor de mi rodilla deja de molestar, mis ojos se van cerrando poco a poco hasta que finalmente concilio el sueño.

—Dime que dejaste todo listo. —el doctor me mira detenidamente.

Tiro de la sábana e intento acomodarme en la cama incomoda.

—Sí, dejé todo listo. Ahora tú dime, ¿Tienes todo listo para que operes esa rodilla? —le regreso la mirada, él sonrío triunfante.

—Claro. Hasta ofende la pregunta, Rogers.

Suelto una pequeña risa, luego niego.

—Espero todo salga bien.

—Déjalo en mis manos, tu tranquilo...—el doctor sale de la habitación, en una hora y media entraré a quirófano. Los nervios me invaden, regresar a ese lugar me recordaba el accidente de hace dos años y el enfrentamiento con el padre de Mila.

“— ¡Tienes que firmar! —grita Ray al pie de mi cama de hospital.

—No. —digo firme y decidido.

—Mila murió en el quirófano por unos segundos, su corazón dejó de latir, Maximiliano, ¿Crees que dejaré que esto continúe? ¡Ha perdido a mi nieto! ¿Cuánta más desgracia iras dejando? ¡Lo único que traes es tragedia a su vida! ¿Cómo seguirás viviendo después de tu imprudencia?

—Basta...—apenas podía controlarme. Había confirmado las palabras de Raymond, había sentido impotencia, había llorado por nuestra pérdida, por lo que ella estaba pasando. Entonces, todo lo que había dicho se había vuelto culpa, el terror de que ella también pensara lo mismo que su padre, ¿Qué es lo que vas a hacer, Rogers? —Firmaré el divorcio y la cláusula.

—Es lo mejor que puedes hacer ahora. Pero después de esto, desaparecerás de su vida, ella seguirá la suya, no más dolor para Mila.

El dolor aprisionó toda mi alma, haciendo que cediera a ello.

“Mila, te amo...perdóname.”

—Listo, pondré la anestesia, Rogers. Nos vemos en unas horas.

Asentí cuando me puso la máscara. Poco a poco mi cuerpo se iba relajando, hasta que hizo cerrar mis ojos y perderme en la oscuridad.

“Mila, mi amor, espérame.”

Capítulo 15. Busca respuestas

Mila

Me habían dado de alta hace dos días, el restaurante seguía trabajando por si solo cuando finalmente se contrató otro chef el mismo día que, uno bueno que hasta y se minimizó mis tareas, por el momento necesitaba un poco de espacio, no estaba centrada del todo, necesitaba darme un respiro.

Necesitaba recuperar lo que según yo... he perdido.

Los destellos de recuerdos habían dejado de atormentarme desde que salí de aquella habitación de hospital. Intenté hablar con la doctora, ella conocía a Maximiliano Rogers, ella sabía quién era realmente, pero nadie supo darme más información, solo su nombre, Lauren. Sé que ella debió de haber dado la orden de no pasar cualquier dato sobre ella.

Mi instinto me lo dice.

Levanto mis piernas y las pongo sobre la mesa del centro de la sala, me cruzo de brazos y miro hacia la ventana, el sol está cayendo para darle la bienvenida a la noche, me quedo perdida en mis propios pensamientos, repasando una y otra vez el rostro de Maximiliano.

Su voz.

Su barba.

Sus labios.

La forma en que sus labios formaron una línea delgada.

Sus manos entrelazadas.

Dios, si solo se hubiese acercado más, podría hasta recordar su aroma.

Entonces, regreso dentro de mi mente en la parte donde dice: “—*Recuerdo esos gofres. Mi esposa...*” entonces pensé que era un hombre casado.

Él dijo después que era divorciado.

—Algo no me estás diciendo. —murmuro para mí. Mi móvil suena, distrayendo de mi momento. Lo alcanzo de la mesa del centro y veo el número de mi madre. Tuerzo mis labios en desaprobación, les había pedido que necesitaba espacio, espero a que deje de sonar, luego de unos segundos, regresa de nuevo la llamada, decido contestar. —¿Qué pasó?

—Mila, hija. Sé que has pedido tiempo...—su voz es un susurro cargado de dolor.

—¿Qué pasó? —insisto.

—¿Podemos tomar un café? Prometo no agobiarte...—suplica.

—¿Vas a decirme la verdad? —el silencio reina por unos segundos.

—No sé de qué verdad estás hablando, tu padre te dijo la verdad en el hospital.

—Sabes que no es la verdad, madre. No sé por qué insistes en ser igual a mi padre.

—¡No soy igual a tu padre! Yo jamás permitiría que...—calla de repente.

Me levanto del sillón, mi corazón late a toda prisa.

—¿Tú no permitirías que?! —exijo la respuesta casi histérica.

—Nada, no quise decir nada. —se repone inmediatamente.

—Mientras no me digan la verdad, olviden que tienen una hija. —y cuelgo. Camino como loca por todo el departamento, las lágrimas caen por mis mejillas hirviendo de la ira. Lanzo el móvil contra la pared y este se hace añicos, entonces me detengo en seco. Dónde he estrellado el móvil se levanta el tapiz color crema, ladeo mi rostro intentando descifrar el color debajo de él. Casi

brinco sobre la mesa de cristal para llegar a ese lado, cuando me acerco con la uña rasco el tapiz frente a mis ojos, debajo de ese hay un color que no recuerdo haber puesto, intento recordar si con anterioridad al accidente lo he tapizado, el departamento lo habían obsequiado mis padres cuando cumplí mis veinte años, -recuerdo haber avisado que quería independenciar-, desde entonces el departamento no había sido remodelado o rentado a alguien más. Detengo mis pensamientos y levanto un poco más el tapiz crema y con fuerza tiro, mis ojos se abren de sorpresa, el color rosa pastel no se me hace conocido, ¿A quién le gusta el rosa pastel? A mí no y es lo más intrigante. Me dejo caer en el suelo de madera y contemplo esa pared, intentando que llegue un destello de recuerdos o quizás una pista...pero nada. Suelto un suspiro, levanto mis piernas hasta mi pecho y las rodeo con mis brazos, dejo mi barbilla sobre mis rodillas. Cierro los ojos e intento relajarme, las palabras de mi madre retumban dentro de mi cabeza con mucha fuerza. ¿Ella no haría qué? ¿Acaso mi padre hizo algo? Alcanzo la línea inalámbrica que está en la mesa que adorna mi sala, marco el número de Katherine.

—Hola. —contesta del otro lado de la línea.

—Hola, ¿Estás ocupada? —pregunto.

—Estoy con mi hermano, ¿Por qué no vienes? Estamos en su departamento. —miro el reloj de la pared, suelto un suspiro sin darme cuenta.

—Vaya, que suspiro. —y suelta una risa.

—Creo que sería poco ético, ¿No? —pregunto.

—No seas así, Mila. Pero bueno, ¿Quieres ir al bar de siempre? —sonríe.

—Sí, discúlpame con tu hermano, es que no quiero incomodar, ya sabes, es mi doctor, no quiero que, si me están vigilando y llegue a oídos de mi padre, ya sabes como es.

—Por favor, yo fui tu enfermera, pero bueno nada que ver, no están en horarios laborables. Además, creo que tienes la edad suficiente para decidir y dejar de al lado lo que la gente vaya a pensar, principalmente tu padre. —dice, sé que es cierto, pero no tengo humor de discutir acerca de mi padre. Necesito hablar a solas con Kat.

—Te espero en el bar en una hora, ¿Sí?

—Claro, te veo en una hora, amiga. —y colgamos. Camino hasta el bar, no me apetece manejar.

Después de que he llegado al bar, me acomodo en la silla que usualmente uso cuando está disponible, pongo mi chaqueta en la silla de enseguida, aguardando para cuando llegue Kat. Katherine Sullivan es mi mejor amiga, era la enfermera que me cuidó durante el tiempo que estuve cuando tuve el accidente, nos habíamos hecho buenas amigas desde entonces. Tenía tres años más que yo, su hermano mayor es el doctor nuevo que me atiende desde hace unas semanas. Aún no tenía mucha interacción con él, por eso esquivé la invitación de Kat para ir al departamento.

La música es agradable, la banda suena con una setentera, hay gente bailando afuera de sus mesas, chocando sus botellas de cerveza, en otras solo miran a la banda. Miro hacia la puerta en espera de que mi amiga aparezca.

Pero nada.

Reviso mi reloj y veo la hora, ya no debe de tardar. En mal momento hice añicos mi móvil, eso me recuerda ir mañana a primera hora a comprar uno nuevo y si es posible un nuevo número. Al final de la barra noto que un hombre me mira mucho, despistadamente vuelvo a ver mi reloj. Sin darme cuenta, el hombre ha llegado a mí lugar. Parece algo tomado.

—Hola. —tiene una botella en mano, lo noto nervioso. Es alto, rubio, ojos grises, barba delgada de días y parece ser que haya salido de la oficina, tiene su corbata aflojada, y su traje es color gris.

—Hola. —le contesto amablemente.

—Yo...—detiene sus palabras, da otro sorbo a su cerveza y cuando termina, sus ojos se cristalizan. —Perdóname.

Arrugo mi entrecejo.

—¿Cómo? —el hombre intenta controlar sus sentimientos. Eso me alerta.

—Perdóname. —insiste.

—¿Te conozco? —él niega rápidamente.

—Creo que me he confundido. —se pasa una mano por su rostro, más bien por sus ojos, se los limpia. ¿Está llorando? Deja la botella en la barra.

—¿Estás bien? —pregunto, intrigada. Puede que realmente me esté confundiendo con otra mujer, pero hay algo que me alerta y no entiendo el motivo. ¿Acaso si me conoce y finge que se ha equivocado?

—Mila, perdóname. —se gira y se encamina a la salida a toda prisa. Me tenso cuando ha dicho mi nombre, miro hacia donde ha salido, le digo a la mesera a toda prisa que nos aguarde los asientos y mi bolsa. Avanzo entre la gente hasta la salida, cuando por fin salgo, no lo veo, miro hacia todos lados, pero no está. Un taxi se detiene frente al bar y es Kat quien baja.

—¡Hey! ¡Ya llegué amiga! —dice en voz alta mientras le entrega el pago al chófer. Se acerca a mí y me rodea, le acepto el abrazo, al separarnos sigo mirando a todos lados. —¿Qué buscas? —pregunta, curiosa.

—Yo...—finalmente me rindo.

—Vamos. Necesito relajarme. —dice Kat tirando de mi brazo para entrar al bar de nuevo.

Caminamos hacia mi departamento, tenemos nuestros brazos entrelazados.

—Es raro. ¿No le preguntaste quién era? —niego.

—Definitivamente me conocía, dijo mi nombre: “Mila, perdóname.” Anteriormente había dicho “Hola”, luego un “Perdóname” pero pensé que se disculpaba por otra cosa, no sé. Es tan frustrante no recordar partes de mi pasado, los destellos que tengo cuando menos lo espero, sé que son recuerdos, deben de serlo.

Me escucho demasiado estresada.

—Todo a su tiempo. Cuéntame de Maximiliano Rogers...me tiene más intrigada.

Entro a mi departamento después de despedir a Kat en taxi. Tiro mi bolsa y lanzo las llaves a la vasija de cristal que normalmente uso para dejarlas y no perderlas. Me quito mis botines y mi chaqueta, me recuesto de nuevo en el sofá, suelto otro suspiro frustrado, son las tres de la madrugada y no tengo una pizca de sueño. Quiero dormir...necesito verlo, aunque sea en mis sueños.

Me levanto de mi lugar y me dirijo a mi habitación al fondo mientras me retiro la ropa, la cuelgo en la silla cuando entro a la habitación, entro al armario y alcanzo mi bata de dormir. Me cambio, miro el interior de la habitación y veo cosas que antes no había visto, una manzana de porcelana en la mesa de noche que está del otro lado contrario en el que duermo. Por un momento pienso que puede que la haya comprado en algún lugar, pero niego, mi corazón se acelera con el pensamiento que quizás han entrado a mi departamento y han puesto...

Micrófonos o cámaras.

Me cubro con la bata y regreso al interior del armario despistadamente.

—Tiene que ser una broma, Mila. Recuerda, ¿Compraste esa manzana de porcelana? —cierro los ojos y me frustró más, ¿Estaré perdiendo la memoria? Niego, niego de nuevo, me cubro el rostro y suelto un gruñido. —No puede ser. Dime que es una broma, Mila Davis. —bajo las manos

de mi rostro y salgo del armario, me siento en el lado de la cama que normalmente uso, miro detenidamente esa figura, definitivamente no es mía. Me recuesto y apago la lámpara de noche, sigilosamente ruedo al otro lado de la cama y agarro la figura. La acaricio con mis dedos, buscando un hueco, cierro los ojos y ruego a que sea que lo haya olvidado y no una maldita cámara.

Tiene un hueco.

El cabreo que llega a mí es grande, grandísimo, bueno eso le queda corto, me ruedo a mi lado y enciendo la lámpara. Encuentro el hueco y me confirma que es una cámara espía. La lanzo contra la pared y esta se hace añicos. Veo la miniatura caer sobre la alfombra.

—Esto se termina. —alcanzo el reloj de mi mesa de noche y golpeo la cámara, ésta de tanto golpe se destruye. Caigo en la alfombra y comienzo a llorar.

Lloro por la rabia de no tomarme en cuenta, lloro de rabia en que alguien se haya filtrado a mi espacio, a mi hogar y ponga este tipo de cosas, ¡Odio que me tengan controlado y vigilada!

—¿A qué le tienes miedo? ¿Qué es lo que no quieres que sepa?! ¡Dime! —grito de mi lugar. El dolor de cabeza comienza a crecer poco a poco, me levanto como puedo y busco mi bolsa con las pastillas, eso me recuerda que he tomado cerveza, sé que es contraproducente hacerlo, pero no quiero más dolor. Tomo la pastilla y me la trago, me miro en el espejo del baño y el rímel se me ha corrido por las orillas de mis ojos, me paso el dedo y suelto un par de maldiciones. Entonces decido algo. —Hazlo, Mila.

Entro a mi armario, alcanzo la maleta que se encuentra en un rincón y lanzo toda la ropa que pueda, mis accesorios y mi chequera.

Me enfundo en un pantalón y una camiseta, me sumo un jersey y me dirijo al baño, alcanzo mis cremas y las meto en la maleta, cuando levanto la mirada veo un rostro cansado, hartado y cabreado, me miro el cabello, cae por debajo de mis hombros, entonces llega otra decisión. Una sonrisa aparece en mis labios. Dejo caer la maleta a mis pies y busco en el cajón donde tengo todo tipo de cosas. Me dirijo de regreso al baño y extendiendo los largos mechones castaños frente a mí, las tijeras cortan con tanta facilidad que avanzo demasiado rápido, el cabello cortado cae a mis pies, corto, corto y corto. Me corto el fleco recto, y el cabello ha quedado por encima de mis hombros, lanzo las tijeras al lavamanos y me contemplo en el espejo.

—Esa eres tú, Mila. —alcanzo la maleta y salgo del departamento a toda prisa, miro por un momento mi auto estacionado, suelto un bufido, sin duda pensando que pueden localizarme, me hago una nota mental para llamar por la mañana a Dexter, mi gerente del restaurante y el que está a cargo de todo en estos días.

Veo un auto blindado estacionado, lo había visto cuando Kat se fue, pero no había prestado tanta atención, pensando que podría ser de un vecino. Avanzo hacia la banqueta y camino a toda prisa, el corazón me late a toda velocidad, pero es mi cabreo el que me pone fuerte por unos momentos de hacer lo que tengo en mente. Me vuelvo unos momentos a mi espalda a lo lejos, veo que el auto se mueve, no enciende las luces, pero avanza, corro, corro como nunca he corrido, escucho el ronroneo del auto, pero no me importa, necesito llegar y alcanzar un taxi en la calle principal, corro, corro y una sonrisa aparece en mis labios cuando la adrenalina surca por mis venas, corro, corro pensando que es lo más honesto que he podido hacer por mí, alejarme de las mentiras, de la vigilancia y las órdenes, incluyendo de la vigilancia que hasta hoy no había podido confirmar.

Corro...para buscar una verdad y poder descubrir...

Lo que he olvidado.

Capítulo 16. Despierta...

Maximiliano

Había despertado hace horas, mis pensamientos están con Mila desde que he abierto mis ojos. La emoción de que la operación ha sido un éxito me llena de esperanza. Cierro mis ojos y el rostro de Mila aparece, su sonrisa, sus ojos y sus caricias.

“Voy a luchar, Mila”

La puerta se abre y me sorprende ver a mi hermana entrar, sus ojos están vidriosos y puedo ver emoción en su rostro.

—La operación ha sido un éxito. —susurra cuando se acerca a mí. Asiento lentamente y ella se acerca a la silla que está a lado de mi cama.

—Eso han dicho. Tengo que guardar reposo correspondiente y después empezar la terapia para...—siento un nudo en mi garganta. —...tu sabes. —digo cuando bajo la mirada a mi pierna vendada. —Sé qué voy a mejorar...

Mi hermana asiente y se limpia las lágrimas.

—Decretado, Max. —luego se tensa, desvía la mirada por la habitación.

—¿Todo bien? —ella regresa la mirada hacia a mí.

Arruga su entrecejo luego asiente.

—Ahora todo estará bien, ¿Verdad? ¿Nuestra familia? —me tenso, sé a dónde va.

Retiro mi mirada de ella y suelto un suspiro.

—¿Lo saben? —ella asiente. —¿Quién les dijo? ¿Tú? —ella niega.

Toma aire y luego lo suelta lentamente.

—Nuestra madre ha venido a chequeo esta mañana, me ha visto y me ha seguido, investigó y se ha enterado. Está afuera de la habitación con el corazón desgarrado, nuestro padre viene en camino, le han llamado a Ian, pero no contesta su móvil. —arruga su entrecejo.

—¿No contesta su móvil? —era raro que nuestro hermano no contestara su móvil, sea quien sea, él siempre contesta. Siento una punzada en mi pecho. ¿Y si le ha pasado algo? Trago saliva, hoy actualmente no teníamos una buena relación por lo de hace dos años, pero es inevitable no sentir preocupación.

—No. Sabes cómo es Ian, él ha cambiado demasiado. —su mirada la gira en dirección a mí. — Ian cambió para bien. —no muestro ningún gesto.

—Debe de estar en su departamento con alguna chica. —le digo. Ella niega.

—Él dejó de ser así hace mucho, ¿Recuerdas? Buscaba lo que tú tenías con...—detuvo sus próximas palabras. Mi corazón se aceleró con furia.

—Mila. Lo que teníamos Mila y yo, era único. —el solo decir eso, mi piel se ha erizado. — Nuestro amor era único. Y es muy posible que nunca vuelva a tenerlo. Si no es con ella, prefiero no tener a nadie más.

—Máx...—niego, las lágrimas están próximas.

—Estoy bien, estoy bien, los medicamentos me están poniendo sensibles. —intento controlar lo que está a flor de piel.

—Soy doctora, ¿Recuerdas? —ella sonríe acariciando mi mejilla. —Los medicamentos no hacen eso...

—No todo lo sabes, pueden ser los efectos secundarios. Cada cuerpo es diferente...—ella

sonríe más.

—Bueno, lo dejamos en efectos secundarios. —la puerta se abre y se asoma mi madre, su rostro está descompuesto, detrás de ella, mi padre...pero no veo a mi hermano... —Pasen...— dice mi hermana levantándose de su silla.

Me tenso, es inevitable, el solo verlos me recuerdan lo que han hecho en contra mía y de Mila. No hemos tenido una relación saludable desde hace dos años.

Mi madre toma lugar en el lugar de mi hermana, ella me toma la mano y está llorando.

—Madre, por favor. —ruego, incómodo.

—No me digas nada, soy tu madre, ¿Sabes el terror que tuvimos el solo saber que entrarías a un quirófano? ¿Qué tal si te hubiese pasado algo más? Nuestras últimas palabras...—no puede continuar hablando al quebrarse su voz. Mi padre se acerca y descansa sus manos en los hombros de mi madre para confortarla.

—Hijo...—trago saliva. —... ¿Por qué no has avisado?

—A nadie tenía planeado llamar, es solo una simple operación de rodilla. —digo en un tono seco.

—Nada que era una simple operación de rodilla, Máx. ¿Sabías que mucha gente muere hasta por la anestesia mal puesta? —me tenso aún más. Bueno, vaya, ahora todos está preocupados por mi salud.

—Estoy bien, ¿Sí? La operación ha sido un éxito, nadie ha muerto. —digo algo cansado.

—Lo sé, nos lo ha dicho las enfermeras hace unos momentos afuera de la habitación. —dice mi padre. Sus ojos grises se suavizan. —Es una alegría que haya sido un éxito. Ya podrás caminar sin dolor y sin ese bastón que escondes de nosotros. —me tenso más.

—Bueno, dejemos ya eso, ha sido un éxito, Max está cansado. Dejemos que descanse. —mi madre se levanta y deja un beso en mi coronilla, eso me hace sentir esa calidez que ya había olvidado.

Se retiran de la habitación y la última en salir es mi hermana, antes de cerrar la puerta me mira.

—Descansa, regreso por la mañana... —asiento. Cierra la puerta y desaparece.

Cierro los ojos cuando deja caer mi cabeza en la almohada, intento repasar lo que ha pasado, mi familia intenta entrar de nuevo a mi vida después de tenerles alejados durante más de dos años...

Tocan la puerta después de un largo silencio en mi habitación, cuando levanto mi brazo que tengo por encima de mi rostro, veo a mi jefe de seguridad, Marco.

—Buenas noches, señor Rogers. —Marco se acerca al pie de la cama.

—Buenas noches, ¿Todo bien? —pregunto al ver el rostro de seriedad.

—Tengo un reporte nuevo, la señora Davis ha salido de noche de bar con la señorita Sullivan.

Había descubierto hace días que la señorita Sullivan, es hermana de Michael, el nuevo doctor de Mila.

—¿Sigue teniendo la misma vigilancia? —Marco niega.

—De cuatro carros queda solo uno, es el que se ha quedado del turno nocturno. —Marco me mira y entrecierra sus ojos. —Creo que lo ha disminuido por petición de la señora Mila, eso lo sabré cuando me pase el reporte Charles, el que forma parte de la seguridad de Raymond.

Asiento intrigado.

—Por el momento solo deja a Scott y a su equipo como civil, así seremos menos obvios, lo que menos quiero es que Mila se dé cuenta, ahora que está empezando a tener recuerdos o sueños, hay que estar más alerta. —Marco asiente.

—Sí señor, ¿Otra cosa? —algo me alerta, Ian, mi hermano mayor.

—¿Podrías ubicarlo? Sabes que es de los que contestan su móvil al primer tono, parece que ahora no contesta y tengo un presentimiento, no sé si sea con él o con Mila. —Marco se preocupa.

—Lo voy a buscar, con permiso. —Marco se retira.

—¿Por qué siento algo aquí? —me pongo la mano en mi pecho. Es algo, algo que no puedo explicar.

Capítulo 17. Un desconocido

Mila

Estoy a punto de llegar a la calle principal cuando un auto se detiene derrapando contra el pavimento, retrocede un poco y la puerta del copiloto se abre:

—¡Entra! —el grito de un hombre desconocido me llena de pánico. Niego y entonces miró su rostro.

Es el hombre del bar. El que me pidió perdón y dijo mi nombre. Algo me impulsa cuando escucho las llantas de otro auto, entro a toda prisa con mi pequeña maleta. El auto se mueve a una velocidad feroz, mi espalda se pega bruscamente al respaldo del asiento de cuero, miro hacia el hombre que maneja, ahora mis dudas me asaltan.

Estúpida, estúpida, estúpida. El auto se mete entre calles, intentando perder a la camioneta blindada que nos sigue de cerca, el miedo, la confusión del momento y el arranque de adrenalina por subir a un auto ajeno y ver a un hombre que me ha pedido perdón horas atrás en un bar como si me conociera...

Me hace ver que me he metido en problemas.

—¡Nos vas a estrellar! —grito cuando casi roza la parte trasera de otro auto, sigue manejando concentrado en perder la camioneta blindada, esquiva autos, cierro los ojos fuerte cuando está dispuesto a cruzar un semáforo que se acaba de poner en rojo, me agarro fuerte del cinturón, cuando hago eso, destellos de un recuerdo aparece en mi mente, estoy mirando hacia un hombre de imagen borrosa y de su lado un auto negro nos golpea, grito sin poder evitar, cuando abro los ojos con el corazón exaltado, hemos cruzado el semáforo, el tipo festeja y luego recuerda que estoy a su lado.

—¡Perdón, perdón! Ya los perdimos. —sigue manejando a toda prisa. Estoy en estado crítico con aquel destello de recuerdo, mi corazón sigue alterado, galopando a toda prisa, el auto finalmente se detiene en algún estacionamiento debajo de algún edificio, sigo agarrando con fuerza el cinturón de seguridad, el dolor de cabeza está aumentando conforme estoy regresando a mi realidad. —Perdona, ¿Estás bien? —el tipo me pregunta, si fuese un secuestrador, no se preocuparía por ello...

—¿Quién eres? —pregunto con el hilo de voz. Cierro mis ojos cuando el dolor es insoportable, su voz llamando y yo intentando abrir los ojos, me llevo mi mano a mi cabeza y pego un chillido de dolor. —Dios mío...eso duele...—siento como me es retirado el cinturón de seguridad, manoteo para que no me toque, él se queja, cuando abro mis ojos con dolor, muestra un gesto de preocupación, me ayuda a salir del auto con caballerosidad y cuidado.

—Subamos, no te preocupes, tengo pastillas para el dolor en mi departamento. —me suelto e intento correr lejos del auto y del hombre, escucho como grita mi nombre a mi espalda, pero no llego lejos, mi cuerpo pierde fuerza y la oscuridad me abraza.

“Eres mía...”

Despierto exaltada a esas dos palabras en la voz de él. Miro a mi alrededor y entonces descubro un lugar ajeno, las imágenes antes de desmayarme regresan de golpe a mí. Suelto una maldición del susto cuando aparece el hombre, él trae una charola en sus manos, se sorprende al

verme despierta.

Estoy congelada en mi lugar.

—¿Estás bien? —trago saliva. El corazón sigue latiendo frenéticamente.

—Yo...—miro a mi alrededor en busca de mi maleta y de paso la salida del departamento. Él se sienta frente a mí, dejando la charola encima de la mesa del centro.

—Aquí está un té. Estas son pastillas para el dolor de cabeza, te puse dos...—abro mis ojos como platos.

—Gracias...—arrugo mi entrecejo, pienso en que podría tener algo la bebida... ¡Dios mío, Mila! ¿Cómo es que te has subido en su auto?

—¿Necesitas algo más? Por cierto, es un té de hierbas. —se levanta y comienza a caminar hacia un espacio que cuando abre la puerta para entrar, alcanzo a ver un refrigerador, confirmo que es la cocina. Piensa, piensa rápido, Mila.

Me levanto y me regreso a mi lugar cuando me siento mareada.

—Mierda. —murmuro entre dientes mientras intento tomar fuerzas, tomar mi maleta y salir.

Escucho cuando se abre la puerta segundos después. Él viene con algo en mano, parece ser un plato. Llega y toma lugar frente a mí.

—Veo que te has cortado el pelo. —caigo en cuenta que así es, mis manos se van a mi cabello y recuerdo haberlo cortado en un arranque.

—Sí... ¿Cómo sabes que me...? —recuerdo que me ha visto en el bar con el cabello largo.

—Exacto, en el bar. —contesta mi pregunta al ver mi reacción.

—¿Nos conocemos? —él se tensa, luego suelta un suspiro.

—Creo que en este momento he entendido que la he cagado, no debí seguirlas. —abro mis ojos aún más. Mis manos empiezan a sudar más y a temblar.

—¿Cómo? ¿Nos estabas vigilando? —pregunto con la voz temblorosa, él levanta la mirada cuando deja el pequeño plato a un lado de la charola, son galletas.

—Escuché de un tipo en un auto estacionado que estaban siendo vigiladas, dijeron tu nombre, así que me quedé por si necesitaban ayuda, y estuve a punto de irme cuando te vi salir corriendo hacia la calle principal, regresé...pensé que necesitarías ayuda.

Todo es...extraño.

—Espera, en el bar me has pedido perdón, has dicho mi nombre...—tuerce sus labios, se me hace un gesto familiar.

Levanta su mirada y sus ojos grises me miran detenidamente.

—Sí, nos conocemos.

Abro mis ojos de más, nuevamente. ¿Nos conocemos? Oh, santa mierda.

—¿Sí? —balbuceo, él me mira, luego arruga su entrecejo. —¿De dónde? Ahora que lo pienso tienes algo familiar que no recuerdo...

Su sonrisa se expande y luego se esfuma, suelta un suspiro.

—Solo puedo decirte que antes te hice daño. Y...—se escucha su móvil sonar, lo saca de su bolsillo del pantalón y se tensa, levanta su mirada hacia a mí. —No te había mirado desde hace años...

—He preguntado de donde me conoces...—pregunto secamente.

—Sigues siendo la Mila de antes...—sonríe.

—¡No soy la Mila de antes! ¡No sé quién era antes! ¿Por qué carajos no me dices de donde me conoces? —el timbre de la puerta nos hace pegar un brinco en nuestros lugares. Ambos desviamos nuestras miradas a la puerta.

—Mierda. —dice, se levanta y camina a paso veloz hacia la puerta. Suena su móvil y mira la pantalla, yo permanezco congelada en mi lugar. ¿Qué mierdas está pasando? ¿De plano es un secuestro?

—¡Abre! ¡Sé que estás ahí! He visto tu auto en su lugar, Ian. —es la voz de una mujer del otro lado de la puerta, una voz familiar, espera, ¿Ha dicho...Ian? ¿Ian? Intento buscar algo en ese nombre.

—Tengo visita, regresa mañana. —dice sin abrir la puerta.

—¡No me voy a ir! Así que abre la maldita puerta, estamos todos preocupados porque no contestas tu móvil. —me levanto como resorte al reconocer la voz.

Es la doctora.

Abro mis ojos un poco más, el tipo, bueno, Ian mira en mi dirección, puedo notar palidez.

—Déjala entrar. —le ordeno en un tono frío.

—Necesitas escucharme primero a mí. —suplica, yo niego.

—¡Abre la maldita puerta! —grito. Los toques en la puerta se escuchan más fuertes.

—¿Quién está contigo? ¡Abre, Ian! ¡O voy a llamar al gerente para que abra! —Ian suelto un suspiro de derrota, abre la puerta, cuando entra Lauren, detiene sus pasos y abre sus ojos como dos platos satelitales. Está igual o peor que yo.

Entonces recuerdo ese día en el hospital.

Ella defendiendo a Maximiliano, como si fuese algo más. Luego el rostro familiar de ambos, ambos con ojos grises y...

Mi mano se va a mi boca para callar el jadeo de terror.

Ella entiende mi reacción.

—Vamos a explicártelo, pero tienes que tranquilizarte, Mila.

—¿Tú...Maximiliano y él...? ¿Son hermanos? —Lauren palidece. —¿Esto qué es? ¿Qué es lo que está pasando? ¿Qué es lo que no me están diciendo? ¿Por qué ustedes me conocen y yo no? —pregunto a toda prisa casi llegando a la histeria.

—Tranquila. —se gira a ver a Ian que sigue con la mano en el picaporte con la puerta abierta. Se entienden con la mirada, Ian asiente lentamente.

—Serviré otra taza...—cierra la puerta y se dirige a la cocina. Lauren se retira su blazer sin dejar de mirarme, como si no quisiera perderse cualquier movimiento que haga.

Cuando el depredador analiza a su presa.

—Tú sabes que es lo que yo no recuerdo, ¿Verdad? —Ella asiente lentamente, como si le costara aceptarlo.

—Hay versiones, Mila. —trago saliva. Esto parece una película donde acorralan a la protagonista, donde no sabes quién miente y quien dice la verdad. Pero el televidente lo sabe. O quizás lo sospecha.

—Solo quiero la verdad, Lauren.

—Y te la diremos, pero primero escucharás la historia original...

Capítulo 18. Una verdad Mila

Son las seis de la mañana, estoy dentro de mi auto, detenida frente a un camino verduoso a las orillas de la ciudad, mi corazón no ha dejado de palpar como un loco desatado, el nudo en el centro de mi estómago es tan grande que podría tragarme y perderme en la nada. Si, así me siento, temblorosa, las lágrimas se deslizan con una lentitud por mis mejillas que parece que el tiempo está casi detenido en este punto de mi vida.

Había escuchado una dolorosa, fuerte y cruel verdad. La punzada en mi cabeza comienza a aumentar, el estrés de lo que he pasado las últimas horas son horribles. Lanzo una mirada por el retrovisor y veo mi fleco, luego mi cabello que está en mis hombros recién cortado, había recordado a esa "Mila" a una mujer que tomaba sus propias decisiones y no se dejaba de influenciar por el resto del mundo, luchaba por lo que su corazón le dictaba y no se detenía por nada del mundo, solo ella importaba y la gente que amaba. Ahora, ¿La gente que ama miente para proteger al ser amado? ¿A qué grado? ¿Qué es lo que uno sacrifica para poder darle la felicidad a otra persona si no es a su lado?

Es horrible. Es egoísta. Es frustrante. Y doloroso.
¿Cómo estar desde las sombras durante dos años viendo como el amor de tu vida, vive una vida sin ti porque así ha sido decidido? ¿Quién es quién para meterse entre dos personas al grado de romper sus vidas? ¿Dónde ha quedado esas fuerzas, Mila? Oh, sí, en algún punto del camino he olvidado recordar, aunque tengo una versión demasiado parecida a lo que estoy pasando en mi vida, no me conformaré con solo eso, necesito la versión de la persona que una vez dijo que estaría conmigo a pesar de las circunstancias más duras que nos pudiera poner la vida, ¿Entonces? ¿Por qué no estás a mi lado, Max?

Trago saliva. Aprieto mis manos en el volante. Es hora.

—Mila, respira. —murmuro para mí misma, miro mis manos y están temblorosas, enciendo el auto, pongo el cambio y mi pie descansa en el pedal. Mientras el auto se acerca por el sendero a una velocidad muy baja, pienso detenidamente en las palabras de la hermana de Max, la ansiedad crece y crece, mi pie presiona con fuerza el acelerador, pero veo un auto blindado salir de la nada, provocando que mi auto se detenga y casi golpee mi rostro con el volante del auto, la sacudida, me desorienta, levanto la mirada y el auto está frente a mí, dos hombres vestidos de manera elegante, intentan ver quien soy, uno le hace señas al otro para que se acerque, entonces, un destello de un recuerdo llega a mí, aparece su rostro, tiene barba y sonrío, cierro los ojos al sentir el fuerte dolor de cabeza, apenas alcanzo a llevarme mis manos a mi cabeza como si eso fuese a detener el dolor, veo un poco borroso, veo como abren mi puerta, el hombre dice algo, al verme el segundo hombre, palidece, dice algo pero es como si el sonido se hubiese esfumado alrededor, uno de ellos desabrocha mi cinturón, intento manotear pero mi cuerpo está concentrado en el maldito dolor, siento como sus manos rodean mi cuerpo y me levanta, cierro mis ojos al sentirme débil, sin fuerza, el dolor sigue ahí, provocando que me desvanezca...

—Mila. —un susurro se escucha en mi oscuridad, —Mila, despierta...—es la voz de Lauren. —¿Mila? soy Lauren...—abro los ojos poco a poco, cuando finalmente despierto, me sobresalto al no reconocer el lugar, ella intenta calmarme, mi corazón late desenfrenado.

—Yo...—un piquete de dolor llega haciendo que me queje.

—Tranquila, estamos en mi casa. —dice atrayendo a medias mi atención.

—¿Cómo llegué a aquí? —pregunto intentando que el dolor pase a un segundo plano.

Ella luce un jumper color cereza, está sentada a mi lado, en la orilla de la cama, veo como traga saliva.

—Necesito que tomes estas dos pastillas, calmarán el dolor por unas horas. —mis ojos viajan a su mano y luego al vaso de agua que alcanza en la mesa de noche, ve mis dudas. —Son las mismas pastillas que te da tu nuevo doctor...

—Gracias...—me tomo las pastillas y doy un largo trago de agua, al terminar, me retira el vaso de cristal, arrugo mi ceño al verla tensa. —¿Cómo sabes que son las mismas pastillas? —pregunto, luego recuerdo mi anterior pregunta. —¿Cómo he llegado hasta a aquí? ¿Dónde está mi auto? —ella presiona sus labios de una manera de callar lo que quiere decir, el gesto es familiar. —¿Lauren? —ella se levanta y cierra las cortinas de la ventana, se vuelve hacia a mí, se cruza de brazos.

—Estaba cerca y...—la interrumpo.

—¿Por qué mientes? Recuerdo el auto que se me ha atravesado, el sendero al que...—detengo mis palabras, abro mis ojos un poco más. —¿Qué ha pasado? —pregunto en su dirección.

—Tu padre...—me tenso.

—¿Qué pasa? —ella duda en si hablar. —¿Dime, por Dios santo!

—Ayer has escapado de la vigilancia de tu padre, ¿Recuerdas? —asiento a toda prisa. —Estuvimos en el departamento de mi hermano, mientras nosotros te contábamos una parte de la versión de lo que pasó dos años atrás...

Ella se detiene.

—Dime...

—Tu padre mandó inmediatamente a la policía por incumplimiento de una cláusula que hicieron ellos el día del accidente.

—No me habías dicho de eso...—me levanto de la cama, intento alcanzar mis zapatos, pero Lauren me detiene, el mareo llega a mí, me ayuda a sentarme en la orilla de la cama, levanto mi mirada hacia a ella. —¿Cuál era la cláusula?

—Tenía una cláusula de no acercarte a ti o...

—¿Pero no se ha acercado desde que evité hacerlo en el hospital! —estallo. —Esto no...

—Tranquila, respira...—ruego a Dios que haga efecto las pastillas, me paso ambas manos por mi cabeza, intentando relajarme y evitar que el dolor llegue.

—Si es necesario me enfrentaré a mi padre, —ella presiona sus labios con dureza. —Dime, ¿Dónde está él? ¿Está en alguna comisaría? ¿Dónde está, Max? —ella se tensa más, casi dejando de respirar, desvía su mirada.

Escucho el crujido de la puerta abrirse, me vuelvo hacia esa dirección.

—Aquí estoy. —esa voz, me encojo al sentir el escalofrío que me recorre de pies a cabeza, sus ojos conectan con los míos. —Aquí estoy, Mila.

Capítulo 19. Una historia Maximiliano

—Aquí estoy, Mila.

Puedo ver como su rostro palidece, sus hermosos ojos se abren más de lo normal. Siento la presencia se de mi jefe de seguridad a mi espalda, estoy en una silla de ruedas. Tenía que seguir las ordenes de mi médico o me metería en problemas.

Ella se levanta de un movimiento, su labio inferior tiembla, poco a poco se acerca, arruga su ceño mientras me inspecciona.

—¿Qué...Qué te ha pasado? ¿Por qué estás en una silla de ruedas?

Dudo por un momento el contarle, pero lo hago.

—Me han operado la rodilla. —ella presiona sus labios. —Te has cortado tu cabello...— susurro al verla, ella se sonroja y luego sonrío tímidamente.

—Siento que soy esta...Mila. —señala su cabello corto. Asiento lentamente. —Sé qué sabes quién soy. —mi hermana se levanta y nos da privacidad, con cuidado mueve mi silla a lado de la cama.

—Te van a levantar, —mi hermana anuncia. Con cuidado me acomodan en la cama, siento un poco de dolor, Mila se queda al pie de la cama, observa todo movimiento de los demás. Finalmente, ellos se retiran dejándome a solas con ella, mi corazón está latiendo a toda prisa, tengo muchos sentimientos encontrados, al salir de la operación me he prometido luchar por ella, por el momento quería estar a su lado y de una vez contarle todo, ya estoy harto de seguir esperando en la oscuridad. Ella se mira los pies, noto que está descalzan, tiro de la sábana y le señalo de que se suba a la cama, a mi lado. Ella no duda mi invitación y lo hace, se queda sentada frente a mí, de un extremo de la cama.

—Creo que es tiempo de que me hables con toda la verdad, Max. —cierro los ojos al escuchar cómo me ha llamado, al abrirlos, ella traga saliva mientras sus ojos se cristalizan.

—No llores, por favor. —susurro en una súplica.

—Intentaré. —sonríe apenas, mostrando sus hermosos hoyuelos.

—¿Qué es lo que te han contado mis dos hermanos? —ella se tensa, se muerde el labio, lo suelta al segundo, arruga su ceño y luego suelta un largo suspiro.

—Casi todo. Que tú y yo estuvimos casados, que tuvimos un accidente, yo perdí la memoria, que mi padre te hizo firmar el divorcio mientras estabas convaleciente y desde entonces, te han excluido de mi vida...me acabo de enterar de la cláusula de que, si te acercabas a mí, irías a la cárcel, —hace una pausa. —Que Lauren me traicionó...—arrugo mi ceño, bajo la mirada a mis manos que están sobre mi regazo y la sábana. —Pensó que yo no era digna de ti y ella fue...— levanto la mirada al escuchar sus últimas palabras. —...ella y tu hermano fueron quienes le dijeron a mi padre acerca de nuestra boda secreta.

Aprieto mi mandíbula al escuchar nueva información a la historia.

—Ellos...—murmuro entre dientes al mismo tiempo que tenso mi quijada con enojo.

—Ellos estaban desesperados al ser amenazados por mi padre, puedo entender que intentaron protegerte.

—No es la manera, Mila. —puedo ver como se estremece al escuchar como la llamo. Cierra

sus ojos y se acaricia los brazos, al abrirlos sonrío.

—Lo siento, es solo que me conmueve la familiaridad con la que dices mi nombre.

No puedo evitar sonreír disimuladamente.

—Fuimos marido y mujer...—susurro sin dejar de verla, sus mejillas se sonrojan, luego hace ese ruido con la garganta al tener nervios.

—Yo no puedo decir más por ellos, no tengo hermanos, no tengo nadie que hubiese dado la cara a mi favor para protegerme.

—Necesito saber que más se te ha dicho...—trago saliva, incómodo, mi corazón sigue latiendo a toda prisa. Sus ojos se cristalizan, intenta mantener a raya sus lágrimas.

—Quiero recordarnos, Max. —suplica con un hilo de voz que me conmueve, asiento lentamente, estiro mi mano para que la tome, ella no duda, se acerca poco a poco y se sienta como yo, pero a mi lado, con la espalda al respaldo, entrelaza con cuidado e inspecciona nuestro agarre, comienza a reír, la miro extrañado a su reacción, ella cierra sus ojos y ríe con las lágrimas cayendo por sus mejillas.

—He recordado un baile...—ella me suelta para limpiarse las lágrimas. La miro detenidamente.

—¿Un baile? —ella asiente en mi dirección, se acomoda a mi lado, pero se mueve para quedar casi frente a mí.

—Gruñías algo de un alcalde...—ella sonrío divertida.

Entonces recuerdo, ella nota que doy con ello, suelto un suspiro.

—Sí, esa noche fue el accidente, antes, estábamos en el baile y un...

—¿El hijo? —ríe divertida al ver mi expresión.

—Sí. No me gustaba que otros pusieran sus ojos en ti. —levanto la mano y acaricio su mejilla, barro una lágrima con mi pulgar, veo como aprisiona su labio, bajo y hago que lo suelte, sus pestañas aletean.

—No me gusta que te muerdas el labio, sé qué lo haces por nerviosismo, antes de nuestra boda, mordiste muy fuerte que al día siguiente intentaste ponerte maquillaje...

—Oh, lo siento. —ella arruga su ceño.

—Fue mi culpa el accidente, así que no lo sientas, corazón. —ella se estremece de nuevo.

—¿Has tenido a alguien más después de mí? —pregunta, niego.

—No puedo entregar el corazón cuando tú lo llevas contigo. —ella se sonroja más.

—Tenemos tanto que hablar, que recordar...

—Lo sé, todo a su debido tiempo.

—Me da tanta impotencia no poder recordar...

—Tranquila, primero que todo, tengo que solucionar lo de la orden de aprehensión. Mis abogados ya están en eso.

Ella abre sus ojos como platos.

—Hablaré con mi padre, le diré que ya sé todo, le voy a exigir que anule ese contrato tan repugnante. —ella se enfurece en segundos, alcanzo su mano para atraer su atención y desviar su enojo.

—¿Qué hacías en el sendero de piedra? —ella detiene sus pensamientos y me mira.

—Tus hermanos al hablar conmigo, comencé a tener recuerdos de una carretera, luego ese sendero...y lo último que recuerdo es una casa, una fachada de piedra rustica, una fuente y muchos árboles...

Mi corazón se estremece, mi piel se eriza al grado de doler, el nudo en la garganta crece, ella

ve mi reacción.

—¿Qué lugar es? —pregunta casi sin parpadear.

—Nuestra casa.

Capítulo 20. Recuerdos

Mila

Me quedo en silencio por un momento al escuchar a Max decirme que mis recuerdos de aquella casa, es nuestra. Siento como la piel se me eriza de pies a cabeza, el escalofrío me ha recorrido por la espina dorsal, mi boca quiere articular una palabra, pero no sale mi voz. Cierro mis labios y los humedezco al sentirlos resecos.

—¿Has dicho, “nuestra casa”? —Maximiliano asiente lentamente, inspeccionando mi reacción detenidamente.

—Sí. ¿Te sientes bien? —me pregunta, preocupado, me levanto de mi lugar y comienzo a caminar de un lado a otro, intento acomodar mis pensamientos, me detengo y me vuelvo hacia a él.

—Estamos aún en problemas, ¿Cierto? —no quería que me arrebatara nadie este momento, estaba poniendo piezas en su lugar, pero él había incumplido una cláusula, y estarían buscándolo, incluso a mí también.

—Mila... —me saca de mis pensamientos. —Me deben de estar buscando a mí, no a ti.

—He desaparecido al igual que tú, así que sin duda deben también de estarme buscando, tengo...—retomo mi camino de un lado por la habitación, pensando en alguna solución. —Tengo que ir con mi padre y terminar este absurdo contrato. —mi mirada se clava en él, puedo notar palidez. — Tranquilo...—me acerco a él, me siento a su lado, dudo por un momento tocar su mano, con solo pensarlo, tiemblo y él se da cuenta.

—Si te vas...—hace una pausa, baja la mirada a mi mano, lentamente la suya, cae sobre la mía, el calor que transmite es indescriptible, nuestras miradas se conectan. —Temo que logre separarte de mí. —sus últimas palabras son un susurro débil.

—Puedo ir a hablar con él, decirle que anule el contrato y que me deje a mí misma hacer mi vida. Tengo que recordar...—mi voz es una súplica, mi voz se quiebra. —Tengo que recordarte, Max.

—Y lo harás, a su debido tiempo, pero me gustaría primero hablar con mis abogados, explicarles la nueva situación...

Dejo descansar a Maximiliano, le habían dado unos calmantes para el dolor y poco a poco, se quedó dormido. Bajé a la primera planta, Lauren me entrega una taza de té humeante, la dejo frente a mí en la isla de granito, la casa era impresionantemente cálida, ella me sonrío antes de dar un sorbo.

—¿Cuándo crees que tu hermano pueda rehabilitarse de su rodilla? —ella se tensa.

—Por el momento necesito que esté en total reposo. —arrugo mi entrecejo, extrañada por su tensión.

—¿Está todo bien? —ella me mira, luego asiente.

—Sí, es solo que no quiero que lo encuentren...—ella desvía su mirada hacia la ventana de su jardín, —Temo que lo encierren y él con su rodilla recién operada, pueda empeorar.

—No sucederá eso. —le aseguro. —Necesito ir a hablar con mi padre.

—Pero Maximiliano te ha dicho que...—la interrumpo.

—Lo sé, pero entre más rápido hable con él, dejarán de buscarlo, él podrá rehabilitarse como debe, exigiré que mi padre anule el papel que le ha dado a firmar.

—Dios...—susurra Lauren. —Si te vas, puede que no regreses.

—Regresaré, lo que quiero es que no le pase nada a Max...—ella suaviza su rostro.

—¿Aun no recuerdas mucho? —me paso ambas manos por mi rostro, al ver a Lauren, suelto un largo suspiro.

—No, solo destellos de recuerdos, es todo, es como piezas de rompecabezas...

—Y si te estresas por no recordar, empeorará los dolores de cabeza. —me muerdo el labio, sé que últimamente estaba estresada por lo que estaba descubriendo. —Te ves muy...tú con ese corte de cabello... —me sonrío a medias.

—Lo siento también yo, siento que soy esta Mila.

Se sienta en el taburete frente a mí.

—Sé qué en el departamento de mi hermano te conté todo lo que ha pasado hasta la fecha, te lo ha confirmado Max, pero lo que si necesito decirte es que te pido perdón por el daño que causé entre mi hermano y tú, había pruebas de que tú le eras infiel, —la interrumpo.

—¿Pruebas? ¿Qué pruebas? —estoy en shock.

—No sé quién era el de la foto, pero llegaron en un sobre cuando trabajaba en el hospital, creo que al ver que estabas con otro, enfurecí, dije muchas cosas...

—Lauren...—intento detenerla cuando sus ojos se cristalizan. —Tranquila, lo importante es que estoy...poco a poco recuperando recuerdos...

—Lo siento...—se hace un silencio.

—Entonces iré con mi padre, me enfrentaré...—tomo aire y luego lo suelto. —Lo haré, todo sea para que termine esta pesadilla.

Estaciono el auto frente a la empresa de mi padre, bajo del auto, me acomodo mi cabello, y cuando voy a avanzar, el tipo guardaespaldas sale por la puerta principal y me hace señas de que entre, entro sin decir ni preguntar nada, entro al elevador, el tipo sube conmigo.

—Su padre ha estado preocupado por su ubicación. —dice sin girarse a mí, está frente con la cabeza viendo las puertas metálicas.

—Siempre está preocupado, no es nada nuevo. —le respondo en un murmullo, pero sé qué ha escuchado perfectamente. No dice nada, las puertas se abren y me cede el paso, el tipo de traje, se nos une dos más, caminan detrás de mí, me detengo frente a las puertas, tomo aire y luego lo suelto, me armo de valor, lo bueno que Lauren me había dado mis pastillas antes de salir de su casa de campo.

—Vaya, nos tienes a tu madre y a mí con el alma en un hilo, ¿Dónde estabas? No, déjame corregirme, ¿Con quién mierdas estabas? ¿Por qué no hemos podido localizarte en todas estas horas? ¡Dime! —mi padre termina de gritar cuando llego frente a su escritorio.

—Quiero que anules el contrato que le hiciste firmar a Maximiliano. —él abre sus ojos, luego sin más, lanza todo lo que está sobre su escritorio, suelta un gruñido, me encojo de hombros por un momento, rodea el escritorio para llegar a mí, pero pongo distancia, él se detiene en seco al ver mi acción.

—¿Recuerdas algo? —su tono es de sorpresa.

—Sí. ¿Cómo pudiste hacer tal monstruosidad? ¡Estaba en cama de un hospital! ¿Cómo es que pudiste hacerme esto? —grito, él arruga su ceño.

—No recuerdas nada. —entrecierra sus ojos, desafiante.

—Te exijo que rompas o anules ese maldito contrato, te amo, eres mi padre, pero es mi vida y no voy a tolerar que la sigas manejando a mi espalda.

—¡Por él es que te he perdido! ¡Moriste en esa plancha por unos minutos! ¡Todo fue su culpa!

—¡Fue un maldito accidente! —un destello de recuerdo me golpea, veo el rostro de Max mirando en mi dirección, viste un traje elegante, luego detrás de él, una camioneta negra, me deslumbra las luces, pero veo un rostro, entonces suelto un grito, me cubro levantando los brazos, es como si estuviese en ese momento, mi corazón se agita, escucho el grito de mi padre, estoy aturdida, escucho un chillido dentro de mi cabeza. —¡No, no, no!

—¡Mila! —escucho que grita mi padre, estoy en el suelo, con la espalda en la pared, su rostro muestra pánico. Mi piel se eriza, entonces descubro algo escalofriante, cuando veo al hombre de seguridad detrás de mi padre.

—Dios mío...—susurro con terror, intento levantarme, ellos me quieren ayudar, pero manoteo para que no me toquen. —Dios mío...no puede ser. —mi padre insiste en tocarme, pero me alejo. Nuestras miradas se cruzan.

—Mila...hija, Mila, escúchame...

—No, no te voy a escuchar, —miro al hombre de seguridad, arrugo mi ceño al verlo. —Fuiste tú...—miro a mi padre, él palidece. —Tu provocaste...el accidente.

Capítulo 21. ¿Dónde estás? Maximiliano

Despierto bruscamente cuando siento un dolor en la rodilla, mis ojos están sobre el techo pálido de la habitación, giro mi rostro a mi lado, solo hay una almohada acomodada en su lugar, luego veo el reloj de la mesa de noche, marcan las 10:45 de la noche, mi corazón se agita sin sentido, mi mano se va a mi rostro e intento despabilarme.

Pienso en Mila, ¿Dónde está? ¿Estará con mi hermana? algo en mi me estremece. Intento sentarme con cuidado, luego estira la mano para encender la lámpara de noche de mi lado, la habitación se ilumina en su mayoría, suelto un suspiro, ahora los pensamientos que me habían dado tregua, empiezan a rondar dentro de mi cabeza, se abre la puerta y veo a Lauren con una bandeja de té.

—Venía a despertarte, necesitas tomar las pastillas. —ella sonríe a medias, luego su frente se arruga, lo deja en un mueble frente a mí.

—¿Y Mila? —puedo ver como se tensa de espalda a mí, alcanza los frascos y comienza a sacar las pastillas. —¿Lauren? —ella se gira y se acerca para entregármelas.

—Ella ha salido...—se gira para ir por la taza. Cuando se vuelve, noto palidez en su rostro.

—Dime que está aquí. Dime que no has permitido que salga de los terrenos.

—Ella es decidida, ella...—lanzo la taza por la habitación, tiro las pastillas, la ira sale a la superficie.

—¡Lo único que te pedí es que no la dejarás irse! ¡Ella podría no regresar! ¡Ella podría desaparecer! —el grito que sale de mi garganta me estremece, intento bajar la rodilla, pero Lauren es rápido, grita algo que no presto atención, lo único que quiero es ir por Mila, mi Mila, no puedo permitir que su padre la aleje de mí, ahora que ella sabe de mí, sabe de nosotros...

—¡Tienes que tranquilizarte! —escucho el grito de Lauren, la puerta se abre de golpe y entonces veo al resto de la familia, lanzo una mirada de odio a mi hermana. —¡Somos tu familia!

—¡Has dejado que de nuevo me arrebaten a mi esposa! —grito intentando levantarme, las manos de mi madre me tocan para detenerme, mi hermano y mi padre intentan tranquilizarme, pero no puedo, necesito ir por ella, tengo que ir por ella, puede estar en peligro, puede que esté privada de su libertad por la obsesión de su padre de alejarla de mí.

—¡Max, por favor! —el sollozo de mi madre me detiene, sus lágrimas caen por sus mejillas, se sienta sobre sus talones y atrapa mis manos. —Por favor, tienes que ponerte bien para que luches por Mila, así sin cuidarte no le servirás.

—Ella...—mi voz se quiebra. —Ella no recordará como regresar a casa...

—Mila es decidida, es terca, es fuerte, es luchadora, —mi madre se limpia sus mejillas. — Ella te va a encontrar, tus hermanos me han contado todo, así que, ella vendrá a ti, pero te necesita fuerte.

—Ha ingresado a las cinco de la tarde en la empresa de su padre, casi media hora después ha salido del edificio, ahora, se encuentra con su amiga en su departamento.

—Pero ¿Cómo la han visto? ¿Cómo salió de la empresa? —pregunto a mi jefe de seguridad.

—La noté algo ida, tenía la mirada lejana, estuve a punto de acercarme, pareciera que se fuese a desvanecer, pero su amiga y su hermano, llegaron a tiempo, desde entonces, está con ellos.

—¿El hermano es el doctor? —pregunta Lauren a mi lado.

—Sí. —suelto un suspiro, luego miro a mi jefe de seguridad. —¿Han seguido mi búsqueda? —él niega.

—Se han detenido, más no podemos asegurar que la señorita Mila haya anulado el contrato, lo sabrían sus abogados.

—¿Crees que Mila haya conseguido anularlo? —pregunta mi hermano, que se encuentra sentado en el otro lado de la habitación.

—No lo sé, quizás le ha pedido a su padre que deje de buscarme, pero...—miro a mi hermana. —¿Por qué no ha regresado conmigo?

—Hijo, —dice mi madre a lado de mi padre. —Quizás por qué la están vigilando, si viniera, te delataría, ¿No crees? —mi corazón se agita, trago saliva, me doy cuenta que mi pierna empieza a doler.

—Necesito ir a la habitación, necesito los reportes de vigilancia. No quiero que se me omita, nada. —todos asienten a mis palabras de advertencia.

—Tranquilo, estaremos al pendiente. —dice mi padre. Finalmente había cedido a dejarlos entrar en mi vida de nuevo, aunque aún nos faltaba hablar de muchas cosas del pasado, necesitaba centrarme en lo más importante:

En Mila, en mi hermosa, Mila.

Capítulo 22. Una situación

Mila

—¿Y qué piensas hacer? —me pregunta Kath cuando toma un trago a su bebida.

Estoy cubierta por una manta de lana, con mis piernas dobladas, mi cabeza recargada en el respaldo alto del sillón, su sala es grande, cómoda, cálida, me siento por un momento, algo tranquila, a como he llegado después de lo que descubrí en la oficina de mi padre, su guardaespaldas en una camioneta avanzando con velocidad hacia a mí, una luz contra mi rostro y entonces se esfuma, deduzco que es lo que me ha contado Maximiliano, la noche del accidente.

—No sé, solo salí de esa oficina sin decir más, estaba demasiado en shock, solo veía a mi padre preocupado porque me fuera así, pero muchas cosas pasaron por mi cabeza, no quería pensar que él podría...—detengo mis palabras, no me atrevía a decir lo que pensaba en voz alta desde que llegué al departamento de Kath.

—Sé a dónde quieres llegar, Mila. —levanto mi mirada hacia mi amiga, da un largo sorbo a su bebida hasta terminarla, deja la copa en la mesa de cristal y me mira detenidamente. —¿Y cómo es él? —sonríe, curiosa.

Por esa pregunta, me distraigo de ese destello de recuerdo, las preguntas que me hago en silencio, luego el rostro de Maximiliano llega a mí.

—Él...—no puedo evitar sonreír, —... ¿Recuerdas al hombre de mis sueños eróticos que tenía después de que fui dada de alta del hospital? —ella arruga su ceño, como si estuviese buscando ese recuerdo, luego de un par de segundos, abre sus ojos.

—No me digas que...—asiento.

—Es él, es su voz susurrante, su rostro ahora es visible, su calidez es tan familiar, que se me acelera el corazón.

Kath brinca del sillón y suelta un aullido de emoción, suelta una carcajada, entonces me detengo con mi mano contra mis labios, ella se da cuenta.

—Hace mucho no te había escuchado reír. —ella se acerca a la barra de las bebidas, se escuchan llaves, luego la puerta se abre, ambas nos quedamos viendo hacia esa dirección.

Es el hermano de Kath, mi nuevo doctor.

—Buenas noches, —él se da cuenta de mi presencia al mismo tiempo que deja su portafolios en una mesa en el recibidor. —No sabía que teníamos visitas. —sonríe a medias, me reincorporo en el sillón, me cubro mi regazo con la frazada.

—Es Mila, le dije que viniera, espero no te moleste. —él niega rápidamente, luego sonríe sincero, no era el departamento de Kath, si no de su hermano, creo que debería irme.

—No, claro que no, es solo que...—detiene sus palabras.

Arrugo mi cejo. —Soy tu doctor, he estado algo acosado por parte de la seguridad de tu padre... —abro mis ojos un poco más. —No te preocupes, no podría delatar tu paradero por qué no sabía hasta hoy que estabas aquí.

—Lo siento. —me levanto, acomodo la frazada en el respaldo del sillón, —Creo que es hora de irme. —anuncio algo incomoda.

—No, no, no te preocupes, quédate, subiré a mi habitación, buenas noches. —no deja que diga algo más, cuando desaparece de nuestras vistas, Kath arquea una ceja, sorprendida, se gira a mí y

arruga su ceño.

—¿Qué le pasa? —me pregunta.

—Tú eres su hermana, pero siendo sincera, tengo que irme. —ella se levanta del sillón.

—Puedes dormir conmigo. —dice, pero niego.

—Regresaré a mi departamento, he dejado mi maleta en la casa de campo de Lauren, la hermana de Maximiliano, así que tengo que regresar por ropa...—ella se preocupa.

—Pero tu padre...—levanto una mano para detenerla.

—Mi padre no decide más por mí.

Kath sonrío sorprendida.

—¿Y si vas con tu ex esposo? —lo dice en un tono extraño, pero meloso.

—No. No quiero que den con ese paradero. No podría poner en peligro a su familia y a él.

—Te entiendo, ojalá que se termine esto, pronto.

—Yo también.

Bajo de mi auto, decido de último momento dormir por hoy en un hotel a las afueras de la ciudad, necesitaba alejarme un poco de todo lo que rodeaba, quizás con la esperanza de recordar algo más. Necesitaba encontrar más recuerdos para obtener las respuestas que necesito. Repaso una última vez, Maximiliano se encontraba al cuidado de su familia, mi padre lo necesito lejos, para pensar con claridad, si regresaba al departamento, sería sin duda, vigilada. No quería estar a la merced de él, le preocupaba demasiado que recuerde, su rostro pálido cuando tuve el destello del recuerdo, entonces mi piel se eriza, las palabras de mi madre el día del cumpleaños de mi padre, la culpa plasmada en su rostro.

—¿Es por eso que te alejaste de él? ¿Es por eso que le habías pedido el divorcio? ¿Qué es lo que pasó?...

Capítulo 23. Un viaje inesperado

Maximiliano

Han pasado dos días desde que Mila se ha ido de la casa de campo de mi hermana, mis padres se han mudado temporalmente a este lugar para estar más cerca de mí, mi hermano va y viene, intentando ayudarme en lo que pueda, Lauren tenía que seguir trabajando para no levantar sospechas.

— ¿Qué piensas? —pregunta mi madre a mi espalda, estoy sentado en el jardín, con mi pierna en lo alto amortiguando con un cojín de tejido, suelto un largo y cansado suspiro, ella se sienta a mi lado, da un sorbo a su taza de café.

—En ella. —digo sincero, ella suaviza su rostro, baja la mirada a su taza con caricaturas, típico de Lauren, era una obsesión coleccionar tazas, miro a mi madre. —Temo que no regrese a mí.

—Ella regresará, ella...—su voz se quiebra. —Ella te ha encontrado, ¿No es así? —siento una emoción.

—Sí, pero no del todo ella se ha encontrado, cuando ella lo haga, finalmente me habrá encontrado. —mi madre sonrío, un brillo en sus ojos grises se asoma, luego se cristalizan.

—Ella es una mujer fuerte, espero que toda esta agonía finalmente termine.

—Espero yo también...

—He llegado—anuncia su llegada mi hermana, lanza el maletín en la silla a mi lado. — ¿Cómo sigues? Recuerda, tienes que tener reposo absoluto, está bien que tomes el sol de vez en cuando, pero no hay que abusar en estar moviendo de un lado a otro la rodilla, Max.

—Lo sé, pero si sigo encerrado y en esa cama, me volveré loco.

—Me imagino, bueno, ¿Tenemos noticias de Mila? —niego, mi madre hace lo mismo mirando a mi hermana.

—Esta Maximiliano esperando reporte. —dice mi madre.

Después de una hora, llega mi jefe de seguridad, Marco, veo un gesto nuevo en él, mi madre nota mi mirada que se ha desviado, ella y mi hermana se dan cuenta.

—Les daremos privacidad—dice Lauren, espera a que mi madre se levante y se van al interior de la casa. Marco, mi mano derecha se acerca.

—No quería interrumpir nada importante, señor. —niego esperando que me entregue el reporte.

—No interrumpes nada, ¿Es el reporte? —él asiente.

—La señorita Mila está en un hotel desde antier en la noche, ha salido solo a recoger ropa de su departamento, ha hablado a un asesor de bienes raíces para poner en venta el lugar, después ha regresado al hotel, está a las afueras del otro lado.

— ¿Hasta el otro lado? Tantos hoteles que hay en la ciudad—murmuro, intrigado.

—Quizás no quieren que sospechen de su ubicación.

—Estoy pensando lo mismo.

—Ha llegado hace dos horas y sigue en el hotel, tengo personal cuidando de ella.

Lo miro, me debato en mi interior, necesito verla, pero no podía moverme, no podía arriesgarme si está vigilada.

—Habla con Jones y pregunta si aún sigue la orden de aprehensión en mi contra por parte de

Raymond. —Se levanta y se aleja un poco para hablar por el móvil, se acerca y me lo entrega. — Jones, necesito...—pero me interrumpe, me da una regañada por no haberme comunicado con el anteriormente para contarle mis planes, pero todo había sucedido tan deprisa que se me había olvidado hablar, los medicamentos, el reencuentro con Mila, mi familia, simplemente se había esfumado de mi cabeza. —Lo sé, tranquilo. Estoy bien. ¿Entonces no me están buscando?

—Han detenido tu búsqueda desde hace dos días. —siento un gran alivio al escuchar eso. — Pero sigue vigente lo que le firmaste al señor Raymond, sé qué buscará cualquier pretexto para hacerte daño, así que no hay que arriesgarnos.

—Mila está en un hotel al otro lado de la ciudad, quiero ir a verla.

—No puedes arriesgarte más de lo que estás. Te necesito seguro y bien escondido por si es una trampa. —me tenso.

— ¿Tengo entonces que seguir escondido? —pregunto.

—Sí, no puedes salir fuera de la ciudad hasta que solucionemos esto, Max.

—Está bien, tengo un plan.

— ¿Tengo que preocuparme cuando dices que tienes un plan? —sonrío.

—Estoy recién operado de la rodilla, no puedo moverme mucho, pero necesito salir de aquí o me volveré loco...

—Muévete sin que nadie te mire, pero tenme al tanto de dónde estarás por si sus abogados hacen un movimiento.

—Sí, gracias Jones.

—De nada, cuídate amigo, y cuida tu rodilla.

—Gracias, te llamo cualquier cosa que haga.

—Te lo agradecería.

Termino la llamada, miro el móvil por un momento, levanto la mirada hacia Marco, quien ya sospecha lo que haremos.

— ¿Qué necesita que haga? —sonrío.

—Quiero listo el catamarán a las doce de la noche.

— ¿Tengo que comprar algo extra? —asiento.

—Habla con Jennifer y dile que quiero un guardarropa completo para Mila, ella sabe las medidas y todo.

—Perfecto, ¿Otra cosa? —pregunta arrugando su ceño cuando mira mi rodilla.

—Consígueme esa maldita silla de ruedas, necesito salir de aquí cuanto antes.

Media hora después, Lauren está diciéndome de cosas cuando mi equipo de seguridad me ayuda a subir a la silla de ruedas, uno de ellos levanta una parte para que ponga mi pierna con cuidado extendida, por un lado, me duele, pero no tendría la pierna hinchada.

—No puedo creer que no puedas entender—le hago señas a los chicos para que nos dejen a solas, estamos en la sala de estar.

— ¿Ya terminaste? —ella está colorada, se cruza de brazos y espera a que hable.

—Sí. —dice entre dientes.

—Sé qué tengo que tener la rodilla así, ¿Lo miras? Lo estoy haciendo, estoy yo más interesado en que mi rodilla se recupere, Lauren, no haré ninguna estupidez para echar todo a la borda por un mal cuidado, además, Marco ha puesto al servicio el joven que nos dijiste que sería bueno para la rehabilitación, cuando regrese de mi viaje, lo haré.

— ¿A dónde vas a ir? ¿Cómo vas simplemente a irte así? Necesitas reposo completo.

—Lo sé, reposaré en mi lugar favorito...

—¿En tu catamarán? —sonrío.

—Así es, ya me asesoré con Jones de que necesito alejarme y tomar distancia en lo que se soluciona lo del contrato con el padre de Mila.

—¿Mila sabe que te vas a desaparecer al medio de la nada? —ella enfurece más.

—La llevaré conmigo—su rostro muestra alivio. —Iré por ella al hotel donde se hospeda e iremos al muelle, nos iremos pasando la media noche.

—¿Ella sabe que irá contigo? —arquea la ceja.

Me ha atrapado.

—¿Por qué tienes que ser así, Lauren? —ella suelta una risa irónica, camina por su sala y se gira para quedar frente a mí.

—Te amo, eres mi hermano, ya demasiado te he visto sufrir de lejos, que ahora que estamos cerca, me duele más, quiero tu recuperación, si tuviese una varita mágica lo primero que haría es arreglar tu rodilla, darte toda la felicidad que se te fue arrebatada...

—Tranquila, estaré bien, solo me iré por unos días.

—Vuelvo a preguntar, ¿Lo sabe Mila? —me muerdo el labio para evitar soltar una risa.

—No. Iré en un par de horas a buscarla al hotel y ahí se lo propondré, sé qué dirá que sí.

—¿Cómo le va a decir que sí al hombre que apenas conoce? ¿Luego quedarse días a solas en medio del mar? ¿Recuerdas que no tiene memoria?

—¡Basta! —enfurezco. — ¡No tienes que recordarme que ella se ha olvidado de mí, maldita sea!

—Lo siento...no quise decirlo así, solo quiero que el que esté ella, te ilusiones mucho más de lo que ya estás, para que luego ella decida lo contrario a lo que tu deseas.

—Ella me ama, no lo recuerda, pero lo hará. Tenemos que estar juntos para que su mente y su corazón trabajen en ello.

—Como quieras, has tomado tu decisión, solo te pido...que cuides de tu rodilla, no puedes bajarla, puede hincharse, te empacaré medicamento y por si tienes los ataques nocturnos.

—No los he tenido en mucho tiempo...

—Entonces, nos preparemos por si acaso. Espera aquí, subiré por ellos. —Lauren deja un beso en mi frente y luego acaricia mi barba, se retira, dejándome solo en la sala.

—Sé qué aún estoy en tu corazón, sé qué es así...y te lo voy a mostrar, Mila.

Capítulo 24. Una invitación

Mila

El toque de la puerta me saca de mis pensamientos, mis tripas gruñen y es un recordatorio que es el servicio a la habitación, me levanto con el pijama y las calcetas de figuras de colores, llego al mueble que está cerca de la entrada y busco en mi bolso propina para el mesero, era demasiado tarde y la cocina ya estaba cerrada, así que un extra por el gesto de hacerme cena no estaba de más.

Vuelven a tocar.

—Voy...—abro la puerta y abro los ojos con sorpresa. —Maximiliano...

Es él.

Está en una silla de ruedas con la pierna levantada.

—Hola, Mila, —me da un repaso discretamente. —¿Estabas dormida? —arruga su ceño, luego niego a toda prisa, le abro más la puerta para que pueda entrar con la silla de ruedas, presiona un botón y esta se mueve según él lo indique, sí que es sorprendente la tecnología de hoy, estoy a punto de cerrar la puerta, pero llega el mesero con la mesa de la cena, le agradezco dando una propina generosa, me ayuda y finalmente se retira con una gran sonrisa en sus labios.

—¿Ya has cenado? —pregunto con todos los nervios al estar a solas con él, era muy distinto en la casa de su hermana, sabía que alguien más estaba en la sala o cerca de nosotros, pero literalmente en estos momentos solo somos él y yo.

—No tengo hambre—dice—Quería hablar contigo.

—Oh, —me acerco para sentarme en la orilla de la gran cama. —¿Has tomado las precauciones para venir? —él asiente lentamente.

—He hablado con mi abogado esta tarde, me ha dicho que, la orden de aprensión esta nula por el momento, pero igual no queremos arriesgarnos, dime, ¿Estás bien? —arrugo más mi ceño, asiento.

—Sí...—bajo la mirada a mi regazo, entrelazo mis manos.

—¿Segura? —levanto la mirada hacia a él, se acerca más en su silla de ruedas. Su pierna estirada se aleja un poco, dejándolo de perfil a mi lado.

—Hablé con mi padre hace dos días—él me mira, su mandíbula está tensa. —He tenido un destello de un recuerdo...

—¿Qué recuerdo? —él se muestra preocupado.

—Era un destello del accidente, un auto estrellarse contra nosotros, pero antes, vi tu rostro... —mi mano automáticamente se va a su mejilla, siento su barba abultada. —No tenías barba en mi recuerdo...—él cierra los ojos brevemente disfrutando mi caricia, abre sus ojos y se separa de mi mano.

—Odiabas mi barba...—él sonrío—decías que te daba picor, trataba de no tenerla.

—Me gusta cómo te queda—suaviza su rostro.

—Gracias—hace una pausa—Dime, ¿Qué más viste en tu recuerdo? —entonces me tenso, el nudo en el centro de mi estómago crece, la imagen del hombre de seguridad de mi padre aparece, cuando tuve ese destello, lo único que quería era irme, alejarme para aclarar mi mente. No quería pensar en que mi padre es el culpable de nuestro accidente, que, por su culpa, no recordaba dos años atrás, en la que incluía un hombre que fue mi esposo y una vida distinta a la que llevo ahora.

Había muchas dudas, muchas preguntas sin respuesta, pero no me iba a detener hasta encontrarlas.

—Solo el auto que se estrellaba con nosotros, luego nada. —mi tripa gruñe, me sonrojo al ver el gesto de Max, ha escuchado, me cubro mi estómago. —Lo siento.

—Dios mío, yo deteniendo tu cena, come—ordena con una sonrisa.

—¿En serio no quieres probar algo?

—Antes de salir de casa, he cenado, se ha encargado mi hermana de que así fuese, ya que tomo pastillas para el dolor y la inflamación, no puedo tomarlas sin alimento o me lastimo el estómago.

—Me parece perfecto, más te vale hacer caso—me levanto de mi lugar y me acerco a la charola que está tapada, cuando levanto la tapadera, veo hot cakes.

Maximiliano me mira.

—¿Elegiste cenar hot cakes? —asiento, me llevo una fresa a la boca.

—Me encanta los hot cakes, en mi restaurante son...—detengo mis palabras. —Pero eso ya lo sabías, ¿Verdad? —él se sonroja y asiente.

—Sí, esa vez que nos vimos por primera vez en años, había desayunado tus famosos hot cakes.

—Oh, sí, eso sí recuerdo—suelto una risita—mi mesera babeaba por ti cuando te fuiste, llevabas un traje de marca en color gris.

—Vaya, yo no recuerdo con exactitud—ríe divertido.

Su risa me eriza la piel, me quedo con la fruta contra mis labios cuando un destello de recuerdo llega de la nada, es Maximiliano, desnudo, ríe, ríe realmente divertido, su cabello rebelde cae por su frente, tiene apenas una barba visible, dice mi nombre, luego desaparece.

—¿Mila? —salgo de mi trance.

—Oh, sí, disculpa, ¿Me decías? —muerdo la fresa que tenía contra mis labios.

—¿Recordaste algo? —me quedo quieta, desvío la mirada hacia el hot cake, trozo un poco, le pongo maple y me lo llevo a la boca, mi estómago me lo agradece.

—Oh, no, solo me quedé pensando en algo. Por cierto, ¿Tiene un motivo tu visita? —finalmente lo pregunto, él asiente mientras me mira devorar mi cena frente a él.

—Quiero invitarte a mi catamarán. —paso el pedazo que me he llevado a mi boca.

—¿Catamarán? —asiente.

—Lo has visto anteriormente. —abro mis ojos con sorpresa, ¿Cómo lo sabe?

—¿Cómo sabes eso? —él se queda en silencio por un momento.

—Tenía personal cuidando de él, me comentaron haberte visto ahí una noche...

—Pero ¿Cómo saben que...? —detengo mis palabras.

—A ellos los conocías, eran parte de tu equipo de seguridad cuando nos casamos. —mis cejas se levantan.

—Vaya, entonces ese hombre me conocía, con razón su rostro era familiar, no sabía de dónde...

—¿Estás cayendo en cuenta de algo? —doy un sorbo a mi jugo.

—¿De qué hablas? —pregunto confundida.

—Estás recordando.

Arrugo mi ceño.

—He tenido sueños después del accidente, he tenido últimamente más destellos de recuerdos, pero son demasiado cortos, quisiera recordar más, pero es frustrante no poder hacerlo. —él me mira detenidamente.

—Tengo esta invitación. —dice algo nervioso.

—Estaría bien, nunca me he...—detengo mis palabras y me corrijo—no recuerdo haber estado

en uno.

—Podrías recordarlo si estimulamos a tu mente con lo que era tu vida a mi lado—es intrigante lo que me dice.

—¿Crees que si voy contigo al catamarán pueda recordar más? —él asiente.

—Podrías recordar más, tengo fe. —suavizo mi rostro, suelto un suspiro, miro su rodilla.

—Podría ser...—sonrío. —... ¿Cuándo iremos? —él se toma aire.

—Ya. Podríamos irnos ya...

—¿Ahorita? Es muy tarde, además... ¿Cuánto tiempo estaríamos? ¿Quiénes más irían? Tendríamos que comprar algo para comer...

—Ya está todo listo, solo es cuestión de que aceptes mi invitación.

—¿Ya tienes todo? —sonríe ampliamente.

—Suelo tener el control de que nada falte en lo que quiero hacer.

Pienso por un momento, el destello del recuerdo escuchando su risa, me había erizado por completo, mi corazón se agitaba a su presencia, ¿Qué podría pasar?

—Bien, deja hago una pequeña maleta con mis cosas...

—Perfecto, no te vas a arrepentir.

Capítulo 25. El mar enamorado Maximiliano

Marco y el resto del equipo de seguridad me ayudan a subir al catamarán, Mila carga su pequeña maleta, noto que está temblando.

—Espera...—le hago señas a Marco para que me entregue la frazada de hilo que está en uno de los sillones, estaba empezando a sentirme frustrado por no poder hacer las cosas por mí solo, le señalo a Mila discretamente, Marco le entrega la frazada y Mila se sorprende.

—Gracias, hace frío...—sonríe.

Me había puesto de mal humor, pero no lo mostraba, no quería hacer que Mila se arrepintiera en haber venido.

—¿Es todo señor? —pregunta Marco con tres personas más, asiento, —Buenas noches. —el personal se retira, no los necesitaba si íbamos a regresar por la mañana para desayunar en el muelle.

Le enseño a Mila la parte de arriba del catamarán, es la única por el momento que la silla me deja deslizarme con facilidad.

—No te frustres, estoy bien—dice sorprendiéndome.

—No estoy frustrado—ella sonríe más.

Se acerca, se sienta sobre sus talones, su mano se queda sobre mi brazo que descansa en el de la silla, su mano libre se eleva y señala con su dedo índice mi frente.

—Aquí resalta una vena, puedo notar tu tensión y la mirada que tienes cuando miras la silla. Créeme, estoy bien, yo haré lo que tú no puedas hacer... ¿Sí?

—No quiero ser una carga, además eres mi invitada...

—No me importa, no eres una carga así que deja y voy a buscar más frazadas ya que tú también debes de protegerte del frío. —se levanta, acaricia mi cabello antes de desaparecer en el interior.

Mi corazón enloquece con ese gesto tan familiar, me cubro la boca y cierro los ojos, “Tienes que tranquilizarte, tranquilo” Mila sin darse cuenta, está saliendo aquella mujer de dos años antes, el nudo crece en mi interior, escucho que dice algo, entonces me enderezo y espero a que llegue.

—Traigo unas bebidas, la frazada y algo para comer mientras platicamos, he visto un cielo nocturno tan precioso...—pongo la bebida en la mesa que está cerca.

—Vamos a adentrarnos unos kilómetros quiero mostrarte algo. —me deslizo hasta el interior, enciendo el catamarán y poco a poco nos metemos al mar, al ver a lo lejos claramente las luces de la ciudad, lo apago y anclo.

—Tranquilo, Max. —me susurro a mí mismo, tengo muchos nervios. —salgo del cuarto de mando y me deslizo hacia dónde está Mila, me sorprende con una cama de almohadas y frazadas, ella se da cuenta de mi presencia.

—Me has pillado—mira al cielo—Es perfecto. —mira en mi dirección. —He conseguido otras cosas de la habitación, traje una caja y si te recuestas aquí, puedes alzar tu pierna y así evitaremos que se hinche. —ella ha pensado en todo.

—Gracias. —con su ayuda, quedamos sentados, mi pierna la cubro con un abrigo, lo fresco estaba provocando dolor, había tomado el medicamento. Mila mira al cielo por un buen rato, lejos de la ciudad se podía ver mejor el cielo estrellado.

—Es hermoso...—susurra, está a mi lado, baja la mirada para cerciorarse que tenga bien mi pierna. —Listo, —se recuesta. —Ven, acuéstate a mi lado, veamos el cielo y platiquemos. —lo hago sin decir más, nos cubre una cobija gruesa, aborregada, pesada y poco a poco comienzo entrar en calor. Su cuerpo está a mi lado debajo de la misma cobija.

—¿Cómo nos conocimos? —pregunta.

—¿Quieres hablar de esos temas? —pregunto.

—Me gustaría saber más, quizás y así pueda recordarte.

—Anhelo que lo hagas. —digo para mí, pero ha escuchado a la perfección.

—Lo siento...—susurra.

—¿Por qué? —digo atónito.

—Por no recordarte—recarga su cabeza en mi hombro, pero no del todo.

—No lo sientas. —contesto.

—Es frustrante no recordar completamente nuestro tiempo juntos antes del accidente.

—Tranquila. —nos quedamos viendo las estrellas, es una imagen perfecta para una postal.

—¿Te sabes historias? —arrugo mi ceño.

—Mi madre no era fan de leernos, ella solo quería que nos durmiéramos en cuanto terminábamos de cenar, somos tres, en esa época, éramos unos tornados, la volvíamos loca.

—Vaya, así que eras travieso—reímos por lo bajo. —Tengo una historia que mi madre me leía de pequeña, es corto, ahora pensándolo bien, quizás por ser corto, es que se lo aprendió de memoria.

—Eres mala. —río.

—Es en serio, todas las noches me contaba esa y otra que no recuerdo, pero recuerdo bien este corto cuento.

—Quiero escucharlo...—le digo.

—Bueno, hace mucho, muchísimo tiempo, existía en nuestro planeta un mar de aguas azules y cristalinas, que estaba locamente enamorado de la blanca luna. Las noches en que la luna lucía sus mejores galas, redonda y luminosa en el cielo, cual mancha de leche en un mantel oscuro, el mar se pasaba la noche admirándola y suspirando por su amor, pero ella vanidosa y antipática no le hacía caso y se burlaba del pobre mar. —río en la forma que lo cuenta.

—Sí que era vanidosa...—ella ríe.

—Muy vanidosa, bueno, el mar valiente y decidido intentaba llegar hasta la hermosa luna saltando hacia el cielo, creando olas gigantes de agua, pero ella estaba tan lejos que nunca conseguía acercarse a ella. Un día, el mar pensó en hacerle un regalo a su amada y habló con la brisa marina para que ésta, que era un músico reconocido en el mundo entero, compusiera una canción de amor para que el mar le cantara a la luna todas las noches. La brisa aceptó encantada y a cambio pidió al mar que le dejara en la orilla de la playa algunas conchas y caracolas para guardar su música en ellas. Al llegar la noche el mar cantó la canción de amor a la luna, pero ésta le ignoró y se ocultó tras las nubes del cielo para que el mar no la viera. Desesperado el mar le preguntó a la luna qué podía hacer para conseguir su amor y ella, después de mucho pensar le propuso una apuesta. Si el mar era capaz de cubrir con sus aguas toda la tierra del planeta, ella sería su novia y se casaría con él. El mar ilusionado aceptó la apuesta, seguro de conseguir superar la prueba, pues el amor mueve montañas y el suyo era inmenso. Lo que no sabía era que la luna traicionera, puso una tierra especial a los pies del mar, llamada arena, que se empapaba, pero no se dejaba cubrir por las aguas. El pobre mar lo intentó una y otra vez, cogía carrerilla e intentaba tapar con sus aguas la tierra, pero nunca llegó a cubrirla del todo y se quedó sin el amor

de la luna. Si vas a la playa y te acercas una concha al oído podrás escuchar la música de la brisa y veras como el mar sigue intentando llegar a la luna con sus olas. Noche tras noche canta su canción de amor con la esperanza de que la luna se enamore de él y le quiera tanto como él la quiera a ella. —ella termina la historia, se queda en silencio, giro mi rostro hacia a ella, la luna nos ilumina, ella gira su rostro y nos miramos por unos segundos eternos.

—Mila...—ella se humedece los labios.

—No digas nada, solo siente. —sus labios se plantan contra los míos, mi cuerpo reacciona a su piel, a su caricia, mi mano se va a su nuca e intensifico el beso, nuestras lenguas bailan en un tango apasionado, mi corazón se agita con una frenesís que no puedo controlarla, nos separamos para tomar aire.

—¿Lo sentiste? —le pregunto con mi respiración agitada, sus ojos están dilatados, se ven oscuros, sus labios están rojos e hinchados.

—Lo he sentido Maximiliano, lo he sentido.

Capítulo 26. Una noche especial

Mila

Un escalofrío me recorre de pies a cabeza cuando mis labios caen sobre los de Maximiliano, mi piel se eriza a un grado que me consterna, me separo un poco de nuestros labios y sus ojos aún siguen cerrados, sus labios enrojecidos, los entreabre para tomar aire.

Un destello de recuerdo llega a mí en ese momento, es su rostro, no tiene barba, su cabello se pega a su piel por el sudor, mientras se mueve sobre mí, es un recuerdo muy caliente, sus labios están húmedos, se inclina hacia a mí y deja un beso, pero es un beso posesivo, de esos que no quieres que terminen, tira de mi labio y acelera más su embestida, el destello se evapora en la nada, cuando reacciono, Maximiliano me está observando.

— ¿Estás bien? —mi cuerpo reacciona como un imán con su cuerpo, mis labios regresan a los suyos y poco a poco lo intensifico, él intenta detener mis manos que torpemente quieren desabrochar los botones. —Espera...—me separo de él y lo miro. — ¿Estás...Estás segura? —mis labios forman una sonrisa muy sincera, solo con eso basta para demostrarle que estoy segura de lo que va a pasar después de esto.

—Te deseo, cariño—regreso a sus labios, juego con mi lengua y la suya, mis manos entran por debajo de su camisa, es una necesidad de sentir su cálida piel, es mucho mejor que en mis sueños eróticos. Mi mano se desliza lentamente por debajo de su ombligo, pero él me detiene, detiene el beso.

—Creo que...—veo nervios plasmados en su rostro, ahora su cuerpo está tenso.

— ¿No lo deseas? —susurro cerca de sus labios, lo miro, él traga saliva.

—Lo deseo como no te imaginas, pero... mi me rodilla está doliendo. —levanto ambas cejas, por un momento había olvidado su rodilla.

—Oh, lo siento, lo siento, —me levanto y me cercioro que su rodilla esté bien, él atrapa mi mano cuando ve mis intenciones de levantarme.

—Ven...—tira con delicadeza de mí mano y regreso a su lado, me hago un ovillo en su costado. —No quiero que pienses que...—detengo sus palabras cuando pongo mi mano en su estómago.

—Entiendo, no te preocupes. —pienso en lo húmeda que estoy, intento desvanecer esos pensamientos y sensaciones. El frío llega a mí de golpe, así nos quedamos en silencio por un momento.

—Te deseo con locura, la llama en mi interior, nunca se ha apagado por ti... —susurra contra mi coronilla.

— ¿No has tenido a otra mujer desde el accidente? —escucho un gruñido y lo acompaña después de un corto silencio antes de volver a hablar.

—No. Nunca. Siempre has estado en mi corazón, en mi piel, en mi mente...—dice en un tono serio y decidido a dejármelo bien claro.

Me recargo en mi codo y dejo mi barbilla en su pecho, lo miro cuando se pasa un brazo por debajo de la cabeza para verme mejor.

—Yo no he tenido a nadie después del accidente. —le confieso, él sonrío de una manera magistral.

—Lo sé. —arqueo una ceja.

— ¿Lo sabes? —pregunto, sorprendida.

—Sí, ¿Crees que por que no te acuerdas de mí, iba a dejarte así nada más? Aun cuando he firmado un papel...

Entonces decido hacer algo atrevido. Me levanto poco a poco, mientras él pregunta varias veces "¿A dónde vas?" me quito el suéter de tejido, luego cuando tengo su atención, me comienzo a desabrochar mi blusa de seda, acomodándome entre sus piernas sin lastimar la rodilla que tiene alzada.

— ¿Qué haces? Ponte de nuevo esa...—sus palabras las detiene cuando su mirada descubre mi sostén de encaje.

—Tu rodilla no será un impedimento...

Él sonrío, se comienza desabrochar la camisa, luego con cuidado me inclino, sentándome en mis talones y le desabrocho el pantalón, después con todo el cuidado de no lastimar su rodilla, le retiro el pantalón, dejándolo solamente en ropa interior, lo cubro inmediatamente con las frazadas, me quedo en ropa interior al igual que él, Maximiliano levanta la frazada para que entre y encuentre el calor de su cuerpo, entro y siento como nuestras pieles se reconocen al contacto.

Es inexplicable lo que sucede en el momento, nuestros cuerpos poco a poco comienzan a encajar a la perfección, mis labios sueltan los suyos para empezar un recorrido lento, tierno, sensual, por su barbilla, luego por su pecho, -huele endemoniadamente rico- luego con mi lengua atrapo un pezón, Max se estremece cuando mi lengua hace contacto, luego poco a poco comienzo a bajar por sus costillas, dejando pequeños besos, trata de detenerme al ver mis intenciones, pero soy rápida.

—Déjame recordarte, cariño—susurro, sé qué me ha escuchado perfectamente.

—Mila...—escucho mi nombre en un jadeo corto, breve y ansioso, al llegar a su miembro que tira de su bóxer.

—Tendré cuidado con tu rodilla. —le informo, estoy a punto de hacer algo que no recuerdo haber hecho con él en el pasado, mis dedos llegan a la orilla de su bóxer y finalmente su erección es liberada, con mis manos tomo su miembro y pongo mis labios en la punta, Max jadea, abro mi boca y poco a poco, comienzo a meterlo a mi boca.

—Espera...espera...—susurra, retira la frazada para poder mirar. —No creo que sea buena idea...

Sonrío.

—No es buena, es caliente y excitante, lo veo...—señalo a su miembro duro. —Déjame hacerlo...

—Creo que si sigues haciendo eso...no podré aguantar por mucho.

Sin responder, fija mi mirada con la suya, comienzo a chupar su miembro, él está...a punto, está recargado con sus codos, mirando como mi boca comienza a succionar su duro y exquisito miembro, sus labios están entre abiertos, toma aire y lanza su cabeza hacia atrás, disfrutando, no duro más de cinco minutos haciendo el sexo oral cuando siento que está a punto de venir, me detengo, me levanto, me retiro mi braga de encaje, él regresa su cabeza para ver que está pasando, sin verlo venir, con cuidado me siento sobre él, poco a poco, comienzo a entrar, suelto un gemido al sentir el roce, el placer que provoca, Max se deja caer de sus codos, con cuidado atrapa mi cintura, escucho un quejido cuando finalmente termino por entrar, tiritito del frío por estar desnuda ante él, sobre él, pero eso pasa a segundo plano.

—Muévete con cuidado...—pongo mis manos a ambos lados de su cabeza, y con cuidado de no poner mucho pecho de mi cuerpo, comienzo a subir y a bajar lentamente. —Estás demasiada apretada...—gruñe por un tono bajo, nuestras respiraciones comienzan a hacerse inestables, —

Más lento, Mila, más lento...—y así lo hago, entonces, la conexión que hemos hecho, se intensifica, al bajar, sus dedos ayudan a estimular más, lanzo la cabeza hacia atrás, gimo, luego jadeo cuando mueve más sus dedos en mi sexo húmedo, por un momento, mi cuerpo empieza a hormiguear y él se da cuenta. —Todavía no te vengas...espera...—sigo subiendo y bajando lentamente, con cuidado.

—Oh, Dios mío, estoy...—sus dedos trabajan y estimulan que me doy cuenta que estoy en la orilla del abismo, mi piel se eriza, bajo a sus labios, nuestras lenguas bailan en un ritmo caliente, sus dedos desaparecen, ambas manos van a mis caderas para acelerar el ritmo, le sigo, la fricción crece, más y más, hasta que las sensaciones que se arremolinan en mi vientre bajo, explotan por todo mi cuerpo, él sigue acelerando mientras mi orgasmo me invade, se separa de nuestro beso para gruñir, sus manos terminan en mi trasero, el ritmo lo baja poco a poco.

Nuestras respiraciones se escuchan, nuestros pechos suben y bajan con rapidez. Mi rostro está escondido en el hueco de su cuello y barbilla. Siento como su pulso está acelerado.

—¿Tu rodilla? —pregunto.

—Está bien...—tira de la frazada para cubrirnos, yo no me muevo para nada, estoy en el limbo del placer. —Creo que hay que entrar, no quiero que enfermes...

Salgo de mi escondite, nos vemos frente a frente, la luna nos da una luz demasiado baja y a la vez clara.

—Creo que no he recordado...—su rostro se suaviza, su mano se levanta y acomoda mi cabello detrás de mi oreja, luego sonrío.

—Creo que no queda de otra que seguir intentando...—nuestros labios se expanden en una sonrisa.

—Creo que me gustaría intentarlo...

—Me parece perfecto.

Capítulo 27. Decisiones importantes

Maximiliano

Mis dedos acarician la piel desnuda de Mila, quien está dormida a mi lado, con su rostro recargado cerca de mi corazón, su mano descansa sobre mi estómago. Suben y bajan lentamente como un arrullo. El dolor de la rodilla había cesado después de tomar el medicamento, con cuidado, hicimos el amor, no nos había detenido el que mi rodilla estuviese alzada, una sonrisa escapa de mis labios, el catamarán se mueve en un arrullo constante por el mar, por un momento peleo para evitar cerrar mis ojos, no quería dormir, dentro de mí tenía temor de que todo lo que habíamos hecho, que su presencia, sus besos, sus caricias, solo fueran un sueño demasiado bueno, había pasado por tantas situaciones que por un momento había perdido la esperanza de tenerla a mi lado.

—No quiero dormir...—susurro para mí mismo. —No quiero despertar y que no sea real...—la oscuridad poco a poco me invade, hasta que el cansancio hace de las tuyas, abrazándome por completo y llevándome a los brazos de Morfeo.

"Max..."

Me remuevo cuando escucho un susurro, me pongo de lado y busco el cuerpo de Mila para rodearla y acurrucarnos, pero no lo encuentro, con los ojos aun cerrados, palmeo la cama para buscarla, al sentir el frío de la sábana, abro los ojos, aún está oscuro, me vuelvo para encender la lámpara de la mesa de noche, la luz ilumina tenue casi toda la habitación, mi corazón galopa como un loco desenfrenado cuando no veo a Mila en ningún lugar del camarote.

—¿Mila? —una punzada me recuerda que he movido la rodilla bruscamente, me quejo y luego gruño un poco por el dolor que ha provocado, —¿Mila? —la llamo de nuevo, con cuidado me siento en la orilla de la cama. Me masajeo el rostro, luego me tallo los ojos para despertar bien. —¿Mila? ¿Estás ahí?

Silencio total.

Los nervios crecen más, con cuidado me levanto y arrastro la rodilla con cuidado de no golpearme con el mueble, llego a la puerta y abro, asomo mi cabeza y veo solo las luces del pasillo que alumbran por lo bajo.

—¿Mila? —pero nada. Quizás esté en el baño. Regreso con cuidado, arrastrando mi rodilla, toco la puerta del baño con mis nudillos, —¿Estás ahí? —pero no responde. Miro de nuevo hacia la puerta que he dejado semi abierta, maldigo entre dientes cuando el dolor crece, por el momento pasa a segundo plano, cruzo a paso lento el pasillo, subo las escaleras cortas, una a cada una suelto una maldición entre dientes, al llegar, veo a Mila en la parte principal del catamarán. Está abrazada a sí misma, mirando a la oscuridad del océano, el ruido de las olas es relajante, la poca luz de la luna, nos cubre. —¿Está todo bien? —ella no se gira, camino pensando que quizás no me ha escuchado. —¿Mila? —ella se gira hacia a mí, sus ojos están hinchados, ella suelta un desgarrador llanto, abrazándose a mí con fuerza, me alcanzo a agarrar del barandal por su efusividad, luego la abrazo a mí con fuerza. Lloro, lloro de una manera que me hace estremecer, ella vibra en mi agarre, por un momento pienso que pudo haber tenido un destello de recuerdo, quizás y...mi piel se eriza con solo imaginar que podría ser, mi corazón late frenéticamente. —Mila... ¿Por qué lloras? —ella no responde, sigue llorando contra mi pecho. —¿Recuerdas algo? —susurro cerca de su oído, ella poco a poco sale de su escondite, ella levanta su mirada hacia a

mí, llorando agitada, intenta hablar, pero no puede, sus hombros suben y bajan.

—Max...—acaricio sus mejillas, barriendo sus lágrimas. —Max...

—Dime...aquí estoy...—quiero abrazarla, pero ella niega.

—Yo...—baja la mirada, ambas manos se van a su vientre, entonces el corazón se me desgarró.

—Dios...—susurro con el nudo a punto de estrangularme. —Yo...—las lágrimas están haciendo fila para caer, pero me niego. —Yo aún no puedo hablar de ello...me duele, yo...

—Era nuestro bebé...

Las lágrimas caen cuando veo a Mila destrozada, su labio inferior tiembla, más lágrimas llegan, sus manos se van a mi rostro e intenta limpiarlas, dejo beso en sus dedos, luego dejo mi mejilla en su palma.

—Dime...Dime lo que no me has dicho...—llora.

—Esa noche estabas dispuesta a darme una noticia, una noticia que, sin esperarla, nos ilusionaba a futuro... cuando desperté en el hospital...—mi voz se quiebra, intento reponerme —...tu padre fue a mi habitación y me dijo que, debido al accidente, por un momento perdiste la vida... me odié en ese momento como te imaginas, él me dijo que estabas embarazada y habías...—cierro los ojos con dolor al recordar ese momento, al abrirlos, veo los ojos de ella. —...habías perdido al bebé, en medio de mi dolor, mi culpa, es que firmé, pensando que, si estabas lejos de mí, podrías ser feliz, podrías hacer vida con otro, no con el asesino de nuestro bebé...

—¡Tú no eres un asesino! —exclama Mila, su vena del cuello se hincha, su rabia la cubre.

—Yo iba manejando...—ella niega con dolor. —...Cuando regresé a casa... a nuestra casa, la habitación que estaba al lado de la nuestra, fue abierta—un gruñido sale de mi corazón, el dolor de haber visto aquella habitación del bebé, de nuestro bebé, me consumió lentamente. —Habías creado un espacio para nuestro bebé...

Se lleva una mano a su boca para callar el jadeo, cierra los ojos y convulsiona, la abrazo a mí, ignorando el dolor de mi rodilla. Ella sigue llorando...

—Nuestro bebé...

Capítulo 28. Un pasado

Mila

Habíamos regresado a la cama, en silencio, lo necesitábamos, no recuerdo en que momento de la madrugada me quedé dormida; la luz ya entraba por las ventanas del camarote, se escuchaba a lo lejos las gaviotas y el movimiento del catamarán se mueve arrullando a cualquiera, siento el frío de la cama, abro mis ojos y veo que Maximiliano no está a mi lado, recuerdo lo de hace horas atrás, el corazón se me estruja. Yo llevaba a nuestro hijo y el accidente nos lo había arrebatado, aunque aún faltaban recuerdos, tenía esperanza de poder recordar y algo en mi interior, reclama justicia.

— ¿Maximiliano? —me despierto por completo, me levanto y busco en el cuarto del baño, pero no está, se ve que se ha bañado, no veo la silla de ruedas, señal de que está en algún lugar del catamarán. Me pongo un cambio, debajo, mi traje de baño, me termino de amarrar el cordón rojo por la nuca y luego acomodo mi cabello con un paliacate rojo a juego.

Salgo fuera de la habitación con un hambre que podría comerme hasta una vaca entera. Cruzo el pasillo, luego subo las escaleras para llegar a la superficie, me sorprende ver a Maximiliano deslizando su silla de ruedas hacia la parte dónde da el sol, descubro una mesa servida, cuando llama a la persona que le está ayudando, es que nota mi presencia.

—Buenas tardes, bella durmiente—dice con una gran sonrisa en sus ojos, es inevitable no regresarla, me acerco a él, me inclino y atrapo su rostro para levantarlo un poco hacia a mí y devorar sus labios, sé que lo toma por sorpresa y eso por un momento, me encanta. Al separarnos, él aún tiene los ojos cerrados, aprovecho y dejo un beso en cada parpado, es algo que me ha nacido e impulsado a hacer, me separo y revuelvo su cabello, con gesto divertido. —Vaya, eso me gusta. ¿Has dormido bien? —asiento sonriente, intentando no mostrar la tristeza que está detrás de esa sonrisa.

— ¿Y tú? ¿Por qué no me has despertado? Te hubiese hecho unos panqueques deliciosos.

—Lo sé, pero eres mi invitada, lo que quiero es que te relajes. —sinceramente lo estoy, poco a poco, los recuerdos están llegando a mí, pero espero un recuerdo que pueda ayudarme a hacer justicia, tenía uno "el guardaespaldas de mi padre en esa camioneta negra viniendo directamente hacia a nosotros. " Pero algo en mí, llámalo intuición, gritaba que había algo más. Nos sentamos a comer, tomamos el sol un ratito, luego estamos recostados en uno de los dos camastros, Maximiliano está recostado con su pierna alzada, ya se había bajado lo hinchado, había tomado sus medicamentos, me he recostado en el mismo haciéndome ovillo a su lado, recostado mi rostro sobre su pecho, una de mis piernas enroscada con la pierna no lastimada, y descansa mi brazo por encima de su estómago. Estamos en silencio, escuchando como el viento nos arrulla con el movimiento del catamarán. Estábamos solos, el personal se había retirado en su lancha de nuevo a la ciudad.

—Es tan agradable el silencio...—susurro. Maximiliano comienza a acariciar mi brazo que me rodea, sus dedos hacen un camino de caricias.

—Sí. Pero lo más agradable es que estamos juntos.

—Y así será a partir de hoy. No pienso dejarte, Maximiliano. —puedo sentir como su corazón se agita, sonrío como una tonta. —Por más que digas que...—él me interrumpe.

—No diré nada si es esa la condición de que te quedes a mi lado. —muevo mi rostro de su

lugar y lo levanto para mirarlo a la cara.

—Por más que digas que no es seguro...no me alejaré de ti. —él se acerca y deja un beso en mi frente.

—No lo harás...porque eres mía, Mila.

—Y tú...mío.

Dos días más pasan que estamos en medio de la nada, solo Maximiliano y yo, su personal solo venía a ciertas horas del día para hacer la limpieza, -él no me dejaba hacerlo- la comida y para recoger en una ocasión unos documentos que le habían enviado de su empresa. Al final, en las tardes, nos recostábamos en ese camastro frente al horizonte y ver como el sol desaparecía a lo lejos, dando la bienvenida a la noche.

— ¿Te sientes bien? —pregunta en un susurro, lanzando una frazada encima de nuestros cuerpos. — ¿Necesitas algo?

—Estoy bien, tranquilo. —un destello de recuerdos aparece, es Maximiliano en un traje de etiqueta, le ayudo con su pajarita, él dice algo que no entiendo, estamos en el cuarto de baño de algún lugar, no lo reconozco, él sigue diciendo algo, pero no escucho, intento leer sus labios, pero no logro descifrar nada, él sale del baño y me deja ahí, entonces veo mi reflejo en el espejo, tengo un vestido de noche, mis manos se van a mi vientre. Me reincorporo bruscamente, el tema de nuestra pérdida lo habíamos hablado, pero prometimos darnos tiempo.

— ¿Qué pasa? —me levanto con cuidado mientras niego para no alertarlo. — ¿Mila? ¿Cariño? —esa última palabra cala en mi alma, la forma en que me llama, otro destello de recuerdo me golpea, haciendo que caiga en el suelo como un trapo, veo luces en el techo, luego personal de un hospital, siento como una electricidad me corre por todo el cuerpo, siento dolor, siento frío, siento terror, oscuridad, mi nombre, llanto de alguna persona, pero no es Maximiliano, otro golpe de electricidad me golpea haciendo que me retuerza y suelte un grito desgarrador, siento los brazos de Maximiliano rodearme, grita mi nombre, pero no puedo abrir mis ojos, más destellos de recuerdos, es mi padre, está furioso, maldice por toda la habitación, luego mi madre, llora desconsolada, “Debimos de intentar más en separarlos, Carla, la familia de Maximiliano es nuestro enemigo. Ella no puede saber que...” oscuridad, otro destello me golpea, mi madre llora a mi lado, mientras acaricia mi frente, dice algo entre el llanto que no entiendo, “Es mi culpa, es mi culpa, no debí...” un dolor punzante llega haciendo que un quejido salga de mi interior. Escucho mi nombre, abro finalmente los ojos, es Maximiliano, está pálido, su respiración está agitada, estoy tirada sobre el suelo frío.

— ¡Dime que hago! ¿Qué tienes? ¿Cariño? ¿Mila? Estoy aterrado...dime, no quiero perderte... —mi cuerpo está hecho gelatina, no tengo fuerza, es como si estuviese flotando. Las lágrimas de Maximiliano comienzan a caer sobre mi ropa. Un pequeño destello me hace cerrar mis ojos: “Prometo cuidarte, prometo que, aunque te hayas equivocado, nunca voy a decir “te lo dije”, no importa si realmente te lo había advertido, te amo Mila, juntos por siempre...” luego desaparece. El dolor se desvanece, abro mis ojos mientras Maximiliano me tiene rodeada a su pecho, me arrulla, son sollozos, mi mano la levanto para tocar su brazo.

—Max...—él se separa y me mira con pánico.

—Dime, ya viene la ayuda, te llevaré al hospital y...—levanto mi otra mano y acaricio su mejilla.

— “Prometo una cosa muy importante—tomo aire— Siempre voy a amarte, no importa las

locuras que diga o las tonterías que haga, lo cual será algo difícil porque soy una tonta enamorada que habla mucho...”—él abre sus ojos mucho más de lo normal.

—Son...Son...—su voz se quiebra y luego sonrío—Son tus votos... de nuestra boda.

—Sí...lo recuerdo, ahora. —me abraza y me asusto cuando veo que estoy sobre su regazo. —
Tu rodilla...—él niega.

—Tuve que inyectarme para calmar el dolor, he brincado del camastro hasta a ti, comenzaste a convulsionar... me has dado el segundo susto más grande de mi vida...

— ¿Cuál es el primero? —pregunto contra su pecho, él se separa y me sonrío, acaricia mi frente luego deja un beso.

—Cuando descubrí que estaba locamente enamorado de ti.

Capítulo 29. Final

Maximiliano

Mila dobla su ropa cuidadosamente en su maleta, al ver que la estoy viendo, sonrío.

—Ya solo falta lo del baño y listo, podemos irnos. —asiento, el personal ya estaban alistando todo para regresar a la ciudad, después del susto de anoche, necesitaba revisar que Mila estuviese realmente bien y yo mi rodilla, no había podido bajar la hinchazón, y eso me tiene preocupado. Tenía que estar bien para ella, para mí, para nosotros. —Me gustaría hacer algo. Solo tú y yo...

—Dime...—ella se acerca, repasa mi rodilla y veo su frente arrugarse.

—Sigue más hinchada, lo bueno que regresamos a la ciudad...—luego me mira, recordando que me estaba diciendo algo. —Quisiera hacer algo, mostrarte mi mundo, lo que he hecho en estos dos años... ¿Qué te parece?

—No quiero sonar que quiero arruinar tu petición, pero sé lo que has hecho estos dos años—ella suelta una risa y se cruza de brazos.

—Dices tú que lo sabes...—arqueo una ceja a su respuesta segura de sí misma.

—Bueno, solo dime hora y estaré ahí.

—Es más, mejor haremos algo más importante, pero te lo diré cuando nos veamos.

—¿Qué quieres decir con que "cuando nos veamos"? No pienso separarme de ti, señorita.

—Lo sé, pero primero hay que arreglar nuestros asuntos, tenemos que dejar de escondernos, no quiero estar a tu lado con el temor que nos vamos a separar...—tiene razón.

—Bien. —deja lo que está haciendo y se acerca hasta a mí, atrapa mi rostro y lo levanta hacia a ella.

—Quiero disfrutar de nosotros, como debe de ser. —asiento en que tiene razón. —Así que quita esa cara. —deja un beso en mi frente y camina en dirección al baño, recoge sus cosas. Llega Marco con la escolta, veo preocupación en su rostro. Se acerca a mí.

—Señor, ¿Podemos hablar? —asiento, me disculpo con Mila, nos alejamos un poco de dónde está.

—Dime, ¿Por qué esa cara de preocupación? —toma aire y lo suelta discretamente.

—El señor Raymond está esperando en el muelle, está con su equipo de seguridad y los abogados. —mi corazón se agita con brusquedad.

—¿Qué? —pensé que nos dejaría en paz. — ¿Mis abogados? —pregunto.

—Están esperando en el muelle. —intento pensar con claridad, mi mano acaricia mi rodilla que sigue hinchándose más.

—Dios...—escucho pasos. Y sé con seguridad quién es.

—Max—nos giramos hacia Mila. — ¿Todo bien? El capitán me ha preguntado por ti.

—Oh, sí, voy en un momento—Mila lee mi gesto que no puedo ocultar, se cruza de brazos y nos mira, Marco espera a que lo despache. —Voy en un...—ella me interrumpe arqueando una ceja.

—¿Qué es lo que pasa, Max? —trago saliva, miro a Marco quien me mira sorprendido.

—Mila...—ella mira a Marco.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Es acaso mi padre? ¿Lo está amenazando? —Marco me mira, pero finalmente nos rendimos.

—Nos está esperando en el muelle con los abogados y su equipo de seguridad. —Mila levanta

ambas cejas con sorpresa, casi atónita.

—¿Qué? —luego mira en mi dirección. —Voy a terminar con esto, ya.

—Espera, déjame a mí—ella niega. —Mila, por favor, están mis abogados y...—ella me interrumpe.

—Vámonos. Quiero estar ahí para lo que va a decir, necesito parar esto ya, Max. —su voz se quiebra cuando intenta hacerse la fuerte, levanto mi mano para que se acerque.

—Tranquila—miro a Marco. —dile al capitán que podemos irnos. —él asiente y se retira. Tiro sutilmente de la mano de ella y la siento en mi regazo, ella me rodea por el cuello y se queda con el rostro recargado parte de mi barbilla. —Tranquila. —susurro cuando la rodeo y dejo mi mano en su cadera.

—Quiero que todo termine...quiero tener lo que he perdido...—dice en un susurro.

—Pronto, pronto será así.

Media hora más, estamos llegando al muelle, es tarde, el catamarán se estaciona en el lugar que le corresponde, Mila sale y se queda observando la placa de dorada bañada en oro que está a la vista "**M.M RS**" por unos segundos se queda así, observando la placa, pone su mano y la acaricia, su mirada se gira hacia a mí.

—Maximiliano&Mila... Rogers. —mi piel se eriza hasta provocar un poco de dolor, ella ha recordado el significado. —Ahora...lo recuerdo todo...

—Sí...—su cara es de palidez, pienso que se va a derrumbar.

—¡Mila! —nos giramos a la voz ajena a nuestro momento.

Raymond.

—Padre—susurra Mila, palideciendo más, no se mueve de dónde está, Marco está de pie en el muelle, junto con tres hombres más. Mila me mira y con solo mirarme, sé lo que piensa hacer, le hago señas a Marco que espere.

—¡Me has tenido como un loco buscándote! —se gira hacia a mí que sigo en la silla de ruedas a cierta distancia de Mila, ella está en medio de nosotros. Raymond me señala con el dedo— ¡Tú! ¿Qué haces con mi hija? ¡La has secuestrado! ¡Vas a pagar muy caro, Rogers! —me amenaza.

—Deja en paz a mi hijo, Ray. —nos giramos sorprendidos al escuchar a mi padre, tiene su grupo de guardias detrás de él.

—Tú—dice con ira Raymond. —¿Qué haces aquí? —Mila me mira sorprendida, con dudas al igual que yo.

—Estoy aquí porque voy a terminar de tajo todo. No voy a seguir negándole la felicidad a mi hijo, y esa felicidad se llama "Mila"—mi padre mira a Mila, luego regresa su mirada a Raymond. —Creo que es hora que dejes de hacer más daño del que has hecho.

Raymond palidece.

—Cállate. —exige. —no tienes derecho de hablar.

Mi padre niega, da dos pasos más para quedar frente a Raymond.

—Tengo el derecho como tú lo tienes, como Mila debe de saber—se giran ambos hacia Mila.

—¿Saber qué? —pregunta confundida, acercándose.

—Mila—le llamo, pero no me hace caso.

—¡No hables! —exclama Raymond a mi padre, pero mi padre lo ignora, le ayuda a Mila a poner un pie en el muelle.

—Mila—le llama mi padre, pero Raymond se acerca cortando la distancia, empuja a Mila y

alcanza a tomar de la camisa a mi padre, me levanto sin pensarlo dos veces, Mila se alcanza a sostener del catamarán, llego a ella, maldiciendo por dentro por mi rodilla, pero mi prioridad es Mila. La rodeo y la pego a mi cuerpo, la seguridad intenta separarlos, pero ellos no se sueltan, se gritan cosas a la cara.

—Tienes que decirle. —exige mi padre a Raymond.

— ¿Tiene que decirle que? —pregunto a mi padre, se suelta con brusquedad del agarre de Raymond.

—Mila no es hija de Raymond—quedamos pasmados por la confesión de mi padre, Raymond intenta acercarse a Mila insistiendo que no lo escuche, pero ella lo esquiva y se acerca a mi padre.

— ¿Qué ha dicho? —Mila vuelve a repetir, luego se gira a su padre que llega detrás de ella. — ¿Qué es lo que ha dicho? ¿Cómo que no eres mi padre? —Raymond no puede hablar, su mano va a su pecho, Mila se asusta, parece ser que está teniendo un ataque de pánico o algo más, él pide que lo lleven al hospital, todos intentan ayudar, piden la ambulancia, pero Raymond niega, dice que, en el auto, veo a Mila, yo no puedo moverme de mi lugar, me he lastimado demasiado la rodilla al bajar del catamarán.

Mi padre se acerca.

—Tengo que decirle a Mila...—lo interrumpo al verlo desesperado. —Ella tiene que saber yo no...

— ¿De qué hablas? —Mi padre y yo miramos a Raymond que lo están guiando y lo llevan entre todos los de su seguridad al auto, Mila está de pie viendo como se lo llevan, el cabeza del grupo de seguridad de Raymond le dice algo, ella asiente preocupada, lanza una mirada hacia a mí, luego camina acercándose. —Si quieres hablar, hazlo, es el momento.

—Quiero saber qué pasa con mi padre...—Mila mira a mi padre. — ¿Puede acompañarnos y en el camino me dice todo? No quiero más mentiras.

—Sí, claro Mila—ambos ven mi rodilla cuando la muevo y suelto un gruñido de dolor.

— ¡Dios mío! ¡La tienes muy hinchada! —exclama asustada Mila, mira hacia dónde se han llevado a su padre, luego me mira, sé que se está debatiendo.

—Ve con tu padre, mi padre me ayudará...—ella duda con la mirada cristalizada.

— ¿Si? —mira a mi padre, quien asiente y le dice que se marche, se acerca y me deja un beso en mis labios y se marcha muy preocupada.

— ¿Qué es lo que pasa? —pregunto.

—Mila no es hija de Raymond, realmente es su sobrina.

— ¿Qué? —pregunto atónito.

Le hace señas a Marco.

—Hay que llevarlo al hospital, está muy hinchada la rodilla...—Marco asiente, se encarga de todo.

Mientras vamos en el auto, veo preocupación en su rostro.

— ¿Raymond tiene hermanas? —pregunto a mi padre para que termine lo que ha empezado a hablar.

—Raymond tenía una hermana. Ella murió en un accidente, conmigo. —entonces palidezco.

— ¿Qué? ¿Cuándo? —mi padre toma aire y lo suelta bruscamente.

—Antes de conocer a tu madre, Victoria, es el nombre de la verdadera madre de Mila, fue madre soltera, su hermano insistía que debía casarse, pero ella nunca quiso, Mila tenía dos años cuando la vi por primera vez en el supermercado, poco a poco las fui conociendo, Mila tenía un

encanto único, Victoria y yo nos quisimos en verdad, pero se enteró su hermano, pensó que estaba buscando su dinero, pero le dejamos claro que no era así, yo apenas estaba levantando mi propio negocio, un día, —detiene sus palabras. —Un día decidimos terminar por lo sano, ya que Raymond sobreprotegía a Vicky y nos había amenazado de hacer que mi empresa quebrara...y a ella de arrebatársela a la niña, él tenía mucha influencia no quiero imaginar actualmente, —Toma aire y lo suelta, aún falta para llegar al hospital. —Ella me citó en un restaurante, me dijo que quería huir del poder de su hermano, así que hicimos maleta, le dejé a cargo la empresa a tu tío William, pero nos comenzaron a perseguir a la salida de la ciudad, ella perdió el control del auto, y chocamos, Mila sobrevivió al igual que yo...—él se lleva la mano a su boca para callar un jadeo de dolor. —Realmente la quise, era una mujer hermosa, inteligente, pero su hermano la hizo tener miedo. Ella amaba a Mila...así que después, Raymond se encargó de limpiar todo lo que su hermana había dejado, toda su presencia, intenté ver a Mila, pero él se negó, luego a los años supe que la presentaba a todo mundo como su hija.

—Oh, Dios. —susurro con dolor.

—Cuando supimos que Mila y tú estaban juntos, nuestra reacción fue protegerte ya que yo conocía la influencia de Ray, le conté a tu madre y decidimos intentar alejarte, Lauren fue manipulada por él, mostró pruebas falsas de que ella te engañaba, él pensaba que creerías más en tu familia, y dejarías a Mila, pero fue una reacción distinta, tú y Mila siguieron...lucharon por su amor.

—Y vamos a seguir luchando. —aseguro.

—Lo sé, nosotros cometimos errores años atrás, pero todo tenía un motivo. Temíamos que hiciera algo contra ti, luego pasó el accidente...

—¿Sabes algo del accidente? —él niega.

—No encontraron el auto que los embistió y la grabación de la cámara...desapareció.

—Sí, lo recuerdo. —llegamos al hospital, me bajan con cuidado, entramos por urgencias, el dolor se intensifica cuando me bajan a la silla de ruedas. El doctor que me revisa, me informa que tendré que tener reposo absoluto, me ponen en una habitación y me medican para bajar la inflamación, parece una pelota mi rodilla. Tengo impotencia y frustración por no estar presente con Mila.

Mi padre entra y se sienta en el sillón que se encuentra a mi lado.

—¿Te duele? —niego cuando giro mi rostro hacia a él.

—Creo que es la morfina. —cierro los ojos. —Me ha avisado Mila que Raymond está en el hospital, no tiene nada. —mi padre niega.

—Con tal de evitar un enfrentamiento con ella.

—¿Hablarás con Mila? —pregunto. Él asiente.

Tocan la puerta, se abre cuando mi padre anuncia que pueden entrar, es mi familia, mi madre y mis dos hermanos, mi padre los pone con los últimos acontecimientos.

Mis ojos se cierran y pierdo la noción del tiempo.

—Max—susurran mi nombre, abro los ojos y veo a Mila, ella sonrío, podría decirse que ilumina el lugar. —Al fin despiertas...

—Lo siento...el medicamento es fuerte. —ella acaricia mi frente con sus dedos. —¿Y tú papá?

Ella se tensa.

—Raymond es mi tío. —me tenso.

—Tienes que hablar con mi padre...—ella sigue acariciando mi frente.

—Lo sé, he hablado con tu padre, y Raymond me lo confirmó hace media hora atrás.

—Dios, ¿Qué ha pasado?

—Max...—ella baja la mirada a sus manos.

— ¿Qué pasa? —estoy empezando a preocuparme, ella levanta su mirada.

—Mi madre...—se corrige —Bueno, mi tía, me ha confesado algo muy grave y Raymond la estaba protegiendo.

— ¿Qué es? —me impaciento.

—Ella fue quien manejaba el auto que nos embistió aquella noche, estaba bajo el alcohol, tenía el mismo odio hacia a ti por haberme alejado de ellos, así que esa noche, al salir, quiso detenernos, pero el mismo alcohol, perdió el control...Raymond se encargó de retirar toda evidencia en contra de ella, protegiéndola...pero no contaron con que yo...con que nosotros...—mi corazón se agita con fuerza, mi mano se va a ese lugar, Mila se alerta. —Tranquilo...

— ¿Cómo me pides que me tranquilice? ¿Sabes lo que ha hecho? ¡Ella mató a nuestro bebé! ¡Ella provocó que casi muriéramos esa noche! —me altero.

—Lo sé, lo sé, lo sé...—Mila solloza, intento controlarme. —Tuve un destello el día que fui a ver a Raymond, vi el rostro de su guardaespaldas, pero luego volví a tenerlo y era más claro, el guardaespaldas estaba de copiloto, el rostro de ella, su rostro gritando, la luz contra nosotros, luego oscuridad.

—Esto no puede quedar impune.

—Se está haciendo justicia, Max. —me tenso más.

— ¿Cómo? No veo que se haga justicia, ellos...—ella me interrumpe.

—Ella se ha entregado a las autoridades. —eso sí que es parte de la justicia que merecemos.

— ¿Cuándo? —Mila limpia el camino de lágrimas en sus mejillas.

—Hoy, ella misma habló a la policía y se la llevaron delante de mí y de Raymond en su propia habitación.

— ¿Estás bien? —pregunto preocupado, ella asiente intentando borrar las demás lágrimas.

—No puede regresar a nuestro hijo, pero por lo pronto, se está pagando lo que nos hicieron. —estoy atónito por todo lo que estoy escuchando, me frustra no haber estado ahí para ella.

— ¿Y Raymond? —ella baja la mirada, luego la sube.

—Creo que uno de los castigos más grande es saber que ha perdido definitivamente a su única sobrina, el único recuerdo de su hermana, Victoria. —ella llora, le extiende mi mano y se acerca, se hace ovillo a mi costado intentando no tocar mi pierna alzada. Lloro por un largo rato. —Max...—Mila susurra mi nombre.

—Aquí estoy...

—Ya no hay porque huir o escondernos...—dejo un beso en su frente.

—No, ya no, cariño. —ella levanta su rostro hacia a mí.

—Gracias...—susurra con el labio tembloroso.

— ¿Por qué? —pregunto confundido.

—Porque siempre estuviste ahí...—dejo otro beso.

—Todo lo hice por ti...—ella regresa su rostro a mi pecho.

— ¿Por mí? —susurra.

—Sí, necesitabas recordar como regresar a casa...

Capítulo 30. Epílogo

Mila

Años después...

Los acontecimientos anteriores, las verdades ocultas, así como las mentiras a medias, habían salido finalmente a la luz y esclarecido. Raymond había sido cómplice de Carla, a la que quería como madre, pero al final, solo descubrí que era mi tía. Había finalmente hablado ese día en la habitación de Raymond, estaba cansada de seguir guardando culpa por lo que me hizo, a nuestro bebé, a mí y a Maximiliano, entendí por qué de su actitud, intentó hablar, pero Raymond, siempre la persuadía, ahora, ambos están pagando el precio de sus mentiras, un juez había hecho justicia alejado de la influencia de Raymond.

Maximiliano había dado con algo muy importante: la tumba dónde descansaba mi madre, tenía un lugar dónde poder conectarme con ella, y aquí estoy, contándole que he regresado a casa de unas largas vacaciones. Todos los años, en su cumpleaños, veníamos a visitarla y en ocasiones especiales.

—Ella se llama Victoria, como tú, madre. Es la más pequeña...—la niña la siento a mi lado, —tiene dos años, la misma edad de cuando te perdí, sé qué dónde estás, estás mejor, que nos cuidas, me hubiera gustado conocerte...tenerte en mis recuerdos, aunque hay uno que otro borroso y dudoso, pero sé qué eras tú.

—Mami—escucho a Max Jr. poniéndose a mi lado. —Víctor no me deja jugar con la tableta. —Maximiliano llega con un arreglo floral, con su mano libre tiene a Mila, nuestra primogénita.

—Hoy es un día especial, es el cumpleaños de su abuela, —les informa Maximiliano. Todos prestan atención, y cada uno, saluda a su abuela. Después de un rato, nos despedimos. Miro por la ventana el paisaje de la ciudad, desvío la mirada al retrovisor, y los cuatro tornados, están dormidos. Miro a Maximiliano, que, sin girarse, sabe que lo estoy viendo.

— ¿Qué piensa señora Rogers? —sonríe cuando escucho como me llama.

—Qué soy demasiado feliz. ¿Y tú, señor Rogers? —él detiene el auto en un semáforo en rojo, se gira hacia a mí.

— ¿Qué si soy feliz? —él sonrío ampliamente. —Nunca en mi vida lo había sido hasta que te conocí, pero lo soy más...por qué me has dado cuatro motivos más para serlo.

Toma mi mano y besa mis nudillos, nos perdemos en el tráfico de la ciudad, con los corazones rebosando de amor, de felicidad y de emoción, al final, uno de los corazones había encontrado...el camino a casa.

FIN.

Escritora mexicana, nacida en la frontera de México, cumple su sueño de escribir y mostrarlo al mundo, puliéndose cada día, con muchas historias más próximamente: Indomable (Trilogía), Isabel, Rastros de mentiras (Trilogía) y entre otras más.

Casada, con dos hijos, se da el tiempo por la noche para poder escribir.

Le encanta leer fantasía, misterio.

Sus géneros favoritos: Romance, romance erótica, misterio y acción.